
PARA APRENDER, SI LA SUERTE NOS SONRÍE
BECKY CHAMBERS
TRADUCIDO POR PILAR RAMÍREZ TELLO
Cronopauta

To Be Taught, If Fortunate

Primera edición, marzo 2024

Corrección de May López
Maquetación de Pilar Caballero

www.crononauta.es
info@crononauta.es

Advertencia de contenido: Esta obra contiene escenas de violencia contra animales que pueden afectar a les lectores. Esperamos que disfrutes de la novela siendo consciente de tus límites.

ISBN: 978-84-128211-2-3
Depósito Legal: SE 777-2024
Impreso en Safekat (Madrid) / Printed in Spain

BECKY CHAMBERS

PARA APRENDER, SI LA SUERTE NOS SONRÍE

Traducción de

Pilar Ramírez Tello

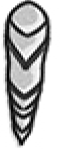
Corrección de

May López

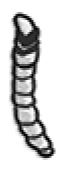


Para Emily, que no tiene que leer esto,
pero consiguió que pensara lo correcto.





LEED ESTO, POR FAVOR





No sé si leeréis algo de lo que hemos enviado a casa, pero, si lo hacéis, espero que sea esto. Lo pido siendo muy consciente de que se trata de lo opuesto a lo que creo de corazón. Los informes de nuestra misión contienen nuestra ciencia, y la ciencia es, de lejos, lo más importante en este caso. Mi tripulación y yo somos una preocupación secundaria. Terciaria, incluso.

Sin embargo, aun así, hay mucho en juego.

No es necesario que os deis prisa. Este archivo habrá tardado catorce años en llegar a la Tierra y, suponiendo que tengamos la buena suerte de que alguien lo lea nada más aparecer y conteste justo después, ese archivo tardaría otros catorce años en regresar. Así que, aunque no podemos esperar eternamente, la urgencia (como otras tantas cosas relacionadas con el viaje espacial) es relativa.

Supongo que podríais saltároslo todo para leer el final. No seríais las primeras personas que lo hacen y, la verdad, ahí es donde expondremos la parte que más nos afecta. Y quizá, si ya sabéis quiénes somos y lo que hacemos (si sois algunas de las personas que nos enviaron aquí, incluso), podríais hacer eso y comprenderlo todo. De todos modos, aunque así sea, creo que el porqué de lo que necesitamos de vosotros es importante. Tengo mis sesgos, claro, y por partida doble: no solo es este relato sobre mi tripulación y sobre mí, sino que somos científicos. Los porqués son el motor de nuestra existencia.

Han pasado cincuenta años desde que dejamos la Tierra, así que no sé a qué ojos u oídos ha llegado este mensaje. No sé cuánto puede cambiar un mundo en el plazo de una vida. Las causas varían y los recuerdos se desdibujan. Tampoco sé cuánto conocéis vosotros del universo más allá de nuestro planeta de origen. Puede que seáis algunas de esas personas bien informadas que he mencionado antes, de las que son capaces de recitar de un tirón la historia de los viajes espaciales mejor de lo que yo podré jamás y comparten mis mismos objetivos. O quizá seáis de las que viven fuera de mi burbuja. Puede que todo esto sea nuevo para vosotros. Cuando uso palabras como *exoplaneta* o *enana roja*, ¿sabéis a qué me refiero? Esto no es un examen y no os juzgaría mal, en absoluto, si esos términos no os dijeran nada. Todo lo contrario, deseo hablar con vosotros tanto como deseo hablar con mis colegas, o incluso más. Si solo pido lo que estoy

pidiendo a personas que están de acuerdo conmigo desde el principio, con las que ya comparto un sueño y un lenguaje, no tiene sentido pedir nada.

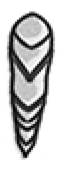
Por este motivo, haré todo lo que pueda por dirigirme tanto a alguien con experiencia como a alguien sin ella. También me parece importante empezar por el principio, para que quede claro el contexto de nuestra situación. Dudo que lo que escriba sea objetivo. Tengo la certeza casi absoluta de que me contradeciré.

Pero sí prometo contar la verdad.

Me llamo Ariadne O'Neill y soy la ingeniera de vuelo a bordo de la nave espacial Merian de ACA. Mi tripulación la componen los especialistas de misión Elena Quesada-Cruz, Jack Vo y Chikondi Daka. Formamos parte del programa Lawki, un amplio sondeo ecológico de exoplanetas (es decir, planetas que no orbitan alrededor de nuestro sol) conocidos o en los que se sospecha la existencia de vida. Nuestra misión (Lawki 6) se centra en los cuatro mundos habitables que orbitan alrededor de la enana roja Zhenyi (BA-921): la luna helada Aecor, y los planetas terrestres Mirabilis, Opera y Votum. En estos momentos estoy en la superficie del último de la lista.

Nací en Cascadia el 13 de julio de 2081. Ese día, hacía cincuenta y cinco años, ocho meses y nueve días del último viaje de un ser humano al espacio. Yo fui la persona número doscientos cuatro que regresaba a él, como parte de la sexta tripulación extrasolar. Os escribo con la esperanza de que no seamos la última.





AECOR (Y LA TIERRA)



Nunca conocí una Tierra que no fuera consciente de la existencia de vida extraplanetaria. La sonda Cetus recogió muestras cargadas de bacterias en los géiseres del satélite Europa veintinueve años antes de mi nacimiento; las primeras fotografías de fósiles de artrópodos tomadas por el rover de Marte llegaron cuando mis padres todavía estaban en formación profesional. No sé cómo serían aquellos años de aislamiento, cuando nuestra visión de la Tierra en el espacio era la de un refugio solitario, un oasis en un desierto galáctico. En cierto modo, ojalá lo supiera. Ojalá hubiera estado el día en que se recibieron los primeros resultados positivos de Cetus. Ojalá pudiera contarte cómo era estar en uno de los antiguos centros de control, laboratorios de investigación o salas de prensa, descubriendo en tiempo real con el resto del planeta que nuestra limitada visión del mundo había volado en mil magníficos pedazos. Pero cuando dio inicio mi existencia, tan solo tres décadas después, la vida extraterrestre ya era bien conocida, algo que hasta las criaturas más pequeñas daban por sentado. Ante todo, los seres humanos saben adaptarse a las circunstancias.

Otro deseo: ojalá poder deciros que siempre quise ser astronauta. Daría para una historia mucho mejor, ¿no? Parte de mis colegas podían (y pueden) afirmarlo. Una vida entera que se pone en marcha al ver los anillos de Saturno a través de un telescopio callejero o un objetivo inapelable en cuanto vieron las primeras imágenes borrosas de un exoplaneta verde azulado salpicado de nubes. No puedo hacer míos ninguno de esos momentos de inspiración. Tenía cuatro años cuando llegaron las fotos del telescopio espacial Tarter y, de hecho, recuerdo que me las enseñaron. Mi madre me subió a su regazo delante de su tablet. Se le notaba el asombro en la voz y me abrazaba con fuerza.

—Mira, cielo —dijo—. Es un planeta que da vueltas alrededor de otra estrella. Tiene aire y océanos, como el nuestro.

Lo que le respondí se perdió en el tiempo y la mala memoria, pero lo que sí recuerdo con claridad es mi más profunda indiferencia. La imagen era aburrida y, aunque la anécdota que la acompañaba era nueva y no estaba exenta de interés, yo tenía cuatro años. «Nuevo y no exento de interés» podía aplicarse al noventa por ciento de mi día, a cualquier cosa desde la formación de una costra en la piel

hasta unos dibujos animados que no había visto antes, pasando por un sabor inesperado de zumo en la comida de mediodía. Cuesta asignar valor a un descubrimiento cuando todavía no has puesto en orden los parámetros de la realidad. Por tanto, no comprendí la importancia de la primera confirmación fotográfica de la existencia de un exoplaneta habitable. Supongo que todas las infancias creen ciegamente.

Mis padres tenían un piso en la duodécima planta de un complejo que daba al río Fraser. Suena más bonito de lo que era. Yo solo conocía el apiñamiento urbano, y lo más parecido que tenía a la naturaleza eran los tiestos hidropónicos de nuestro balcón cuadrado, donde mi padre cultivaba las verduras de la cena. Un tiesto hidropónico es muy distinto a la naturaleza de verdad, aunque también sea un ecosistema en sí mismo. Pasaba las horas allí, al abrigo del aire caliente de la ciudad, fascinada por los insectos que, a su vez, se sentían atraídos por todo lo verde y en crecimiento. Aquellos bichos eran un pequeño milagro: monstruos diminutos y maravillosos que resultaban completamente incongruentes con los edificios de hormigón que nos rodeaban, como bestias en miniatura que aparecían por arte de magia y pertenecían a lugares mucho más silvestres que la cosecha de pimientos morrones de mi padre. Había escarabajos y abejas, arañas y orugas. Los veía revolotear y hacer rápel de hoja en hoja. Dejaba que me subieran por la palma de la mano. Me maravillaba que algo tan pequeño hubiera encontrado la forma de llegar a un lugar que era de una altura imposible incluso para mí, la gigante inconmensurable que compartía su espacio. Tenían sus propios dramas, sus propios objetivos. No me necesitaban, a diferencia de un perro o un pez de colores. Era su independencia, su absoluta separación del reino humano, lo que más me gustaba de ellos.

Algunos insectos nacen dos veces, en cierto sentido. Primero, ponen un huevo. Los huevos son el camino establecido para la mayoría de las especies de la Tierra y, para los animales más grandes que se reproducen de ese modo, es algo bastante simple: el huevo eclosiona, sale una cría (un pato, por ejemplo), y su forma no dista mucho de la de sus padres. Un bebé de pato no deja de parecer un pato. Crecerá, se volverá más hormonal y perderá esa pelusa tan adorable, pero nada, anadea y picotea. En los insectos, el proceso es más complicado. La polilla, pongamos por caso. Una larva sale del huevo; la llamamos oruga. Esa criatura tiene patas, órganos, una boca… Todo lo que un bicho vivo necesita. Está adaptada a la perfección para lo que debe hacer, que es comerse todo lo que se le ponga por delante e intentar ocultarse de los depredadores. Camina y come, camina y come, camina y come hasta que, un día, se detiene. Busca una rama o una hoja. Se envuelve en una red protectora de proteínas. Y entonces, ocurre lo improbable: se disuelve. La oruga se disuelve en una pringue orgánica y solo deja intacto lo mínimo imprescindible. En cuestión de semanas, la pringue se recombina y crea otra forma completamente distinta. Una vez que se ha rehecho

el cuerpo de la criatura, se produce una segunda eclosión, una que desvela a un ser tan distinto de su estado previo que, de no haber presenciado la etapa de la metamorfosis, se supondría con toda la lógica del mundo que la oruga y la polilla son dos especies distintas.

Puede que por aquel entonces no entendiera la importancia de los exoplanetas habitables, pero sí que entendía la de la metamorfosis. La fluidez de la forma siempre me ha parecido algo muy bello.

— oOo —

Despertar del letargo no es mi experiencia favorita. En una escala de incomodidades, lo pondría a la altura de la resaca moderada o de esos resfriados en los que te rechinan las fosas nasales si te presionas la cara. En realidad, es una sensación que no se parece a ninguna de esas dos cosas. Físicamente, sientes algo de rigidez, de debilidad, pero poco más. Despertar supone, más bien, un malestar mental, un periodo en el que la consciencia tiene que reafirmarse después de años de inactividad. Hay que tener en cuenta que el letargo inducido no es lo mismo que el sueño. El sueño supone el paso del tiempo, aunque no sueñes. No ocurre lo mismo con el letargo. Primero estás consciente, después no, después vuelves… Pero falta algo. Falta algo y es imposible discernir qué es.

En cuanto la Merian entró en órbita alrededor de su primer objetivo, se envió una señal desde nuestro ordenador de a bordo a las cámaras de letargo de la tripulación. Un sistema automatizado añadió una solución química a nuestros goteros de nutrientes y esa solución se abrió paso hacia cada uno de nuestros cerebros, donde comenzó el proceso de despertarnos. Me cuentan que ese proceso dura aproximadamente una hora, pero, desde mi perspectiva, sucedió en un instante. Luz. Formas. Confusión. Tuve que repasar lo más básico, como si revisara todo lo aprendido durante la primera infancia. «Tengo manos. Tengo boca. Eso que veo son colores. Soy Ariadne. Existo». Después llegaron los recuerdos, el contexto y, por fin, una sonrisa.

«Estamos en Aecor».

Empecé a sacarme el consabido algodón que me embotaba el cerebro y repasé el protocolo. Primero, tiré de las anillas que me soltaban las suaves sujeciones de tela de las muñecas, después me desaté las que me rodeaban la cintura y también las de las muñecas. Puede que suene macabro usar ataduras dentro de lo que no deja de ser un contenedor de transporte de alta tecnología, pero es por un buen motivo y quitárselas sin ayuda está chupado. Están bien pegadas a los lados de la cámara de letargo para dejarte suspendida en medio del contenedor durante la inconsciencia, de modo que no flotes hacia los lados. Es preferible a despertarte con moratones por todas partes.

Después de soltarme las extremidades, pulsé el botón que abría la puerta de la cámara. La intensidad de la luz de mi habitación era baja, pero hice una mueca de todos modos mientras los ojos recordaban cómo adaptarse. Aunque las cámaras de letargo bañan periódicamente a sus ocupantes, una rociada diaria de líquido limpiador no es lo mismo que un baño en condiciones. Se me habían formado costritas en los bordes de ojos, nariz y boca. Es lo que pasa cuando no te restriegas de verdad durante veintiocho años.

El pelo, que me había afeitado antes de partir, me llegaba ya muy por debajo de los hombros. Las uñas también habían alcanzado una longitud espantosa, más o menos lo que cabría esperar después de dos años sin cortarlas. Eso es lo que había envejecido en los veintiocho años de viaje: dos años. El letargo te ralentiza y el viaje interestelar a la mitad de la velocidad de la luz frena todavía más el reloj, aunque ninguna de las dos cosas lo detiene del todo. Las células se dividen y el corazón sigue latiendo. Con el letargo nos concedemos algo más de tiempo, no la inmortalidad.

Abrí el kit de higiene, que algún ingeniero de interiores muy listo había atornillado a la pared, al alcance de mi brazo al sacarlo de la cámara. Lo primero que busqué fue el cortaúñas, seguido de una diminuta bolsita de recogida de muestras. Me podé y recuperé la utilidad de los dígitos. Los fragmentos torcidos de queratina flotaron delante de mí, desagradables; los escondí en la bolsita lo más rápido posible. El pelo descontrolado tendría que esperar, aunque saqué una goma del kit y me recogí los tirabuzones flotantes de sirena. Está claro que los equipos de tierra piensan en todo.

Me despegué uno a uno los parches de electrodos que me cubrían de pies a cabeza. Sus firmes latidos habían evitado la atrofia muscular, y les di las gracias por ello. A continuación, me saqué del brazo el gotero de nutrientes, me vendé y recogí las pocas gotas de sangre que habían salido flotando. Después respiré hondo, preparé algunas palabrotas terapéuticas y me saqué el catéter de donde se meten los catéteres.

Ah, el glamur de los viajes espaciales.

Me llegaban los leves ruiditos de los miembros de mi tripulación, que pasaban por las mismas etapas del despertar. Las paredes de la Merian son finas, pero hay paredes, y eso es esencial. He visto fotogramas de películas clásicas en las que ponen a dormir a la tripulación de las naves espaciales, pero siempre tienen las cámaras, cápsulas o como se llamen alineadas unas al lado de las otras, como hileras lúgubres de contenedores de un depósito de cadáveres. Tengo que dejar algo claro: cuando te despiertas después de casi tres décadas de inconsciencia inducida, todos tus orificios están rodeados de pringue, tienes las uñas como garras, la piel te huele a una mezcla de baño de hospital recién lavado y jaula abandonada del zoo y acabas de sacarte de dentro un tubo mojado de orina… necesitas un momento a solas. Y eso teniendo solo en cuenta el tema de la

higiene básica y la vanidad. Hay otro asunto psicológico mucho más importante en ese momento.

El espejo.

Una vez que recuerdas quién y qué eres, y dónde estás, tu primer impulso al salir del letargo es mirar. Sin embargo, igual que despertar tras una cirugía visible puede afectarte, también lo pueden ser esos primeros momentos en los que observas tu cuerpo alterado. Eres una persona distinta. Necesitas un minuto para prepararte y, seguramente, varios minutos para procesarlo, y está clarísimo que no es necesario pasar por todo eso delante de un grupo. Así que cada camarote de astronauta cuenta con un espejo de cuerpo completo solo para ti. El espejo no está colocado frente a la cámara de letargo, sino en una pared a su derecha, fuera del campo de visión, pero visible en cuanto decides salir flotando. El espejo sabe que estás deseando verte, «pero tómate tu tiempo —dice—; estoy aquí cuando tú y solo tú consideres oportuno». Nunca antes he visto un objeto colocado con más delicadeza.

— oOo —

Por si nuestros métodos se han olvidado o malinterpretado (o, simplemente, no los conocéis), vamos a dedicar un momento a hablar sobre somaformación.

Se diga lo que se diga sobre el *Homo sapiens*, no se puede negar que se trata de una especie versátil. En la Tierra, podemos sobrevivir a una franja de calor y frío bastante decente. Comemos una variedad impresionante de flora y fauna y podemos cambiar nuestra dieta de forma radical dependiendo de necesidades o estados de ánimo. Podemos vivir en desiertos, bosques, tundras, pantanos, llanuras, montañas, valles, costas y cualquier lugar intermedio. Somos generalistas, no cabe duda.

Sin embargo, si nos sacas de nuestro planeta de origen, esa adaptabilidad desaparece. Los vuelos espaciales largos son un infierno para el cuerpo humano. Sin las exigencias de la gravedad, los huesos y los músculos no tardan en dejar de emplear recursos para mantener su masa. El corazón se vuelve perezoso al bombear sangre. Los globos oculares cambian de forma, lo que provoca problemas de visión y dolores de cabeza. Por más que estas dolencias resulten desagradables, palidecen en comparación con la arremetida de la radiación que llena lo que es, en apariencia, el vacío. En las primeras décadas del vuelo espacial humano, seis meses en órbita terrestre baja (a poco más de trescientos kilómetros de altura) bastaban para elevar unos cuantos puntos el riesgo de cáncer. Cuanto más te internas en el espacio interplanetario, lejos de las amables orillas atmosféricas de la Tierra, peor es la exposición.

El vuelo espacial se quedó estancado durante décadas justo por ese hueso

tecnológico tan duro de roer: ¿cómo mantener a los seres humanos vivos en el espacio durante el tiempo necesario para llegar a otros planetas? Nos estrellábamos una y otra vez contra la mesa de dibujo en nuestro afán por fabricar herramientas que hicieran lo que nuestra anatomía no podía. Les dimos vueltas y más vueltas a los algoritmos para intentar crear una inteligencia artificial capaz de aventurarse en otros mundos por nosotros. Sin embargo, nuestras máquinas no eran adecuadas y nuestro software no despertó. Sabíamos que existía vida en otros mundos, pero no lográbamos salir de nuestro patio trasero. Y, aunque las sondas y los telescopios espaciales nos aportaban cada vez más información sobre nuestro barrio galáctico, lo que se puede hacer a través de una mirilla tiene un límite. Para explorar de verdad un lugar hay que pisarlo. Se necesita la intuición humana. Se necesitan ojos que te digan si algo que parece una roca es algo más que una roca.

Una vez que la ciencia maduró, resultó ser mucho más sencillo manipular nuestro propio cuerpo.

No cambiamos mucho, nada que nos haga irreconocibles, nada que nos lleve más allá de la esfera humana, nada que cambie cómo pienso, actúo o percibo. Solo es factible añadir un puñado de suplementos genéticos y ninguno es permanente. Veréis, el cuerpo humano adulto se compone de un billón de células y, si el mantenimiento de los cuidadosos cambios que realices no es constante, revierten a su plantilla original al reemplazarse de forma natural o mutan en células malignas. De ahí el parche enzimático: un sistema de suministro sintético con aspecto de piel que le da a nuestro cuerpo ese pequeño extra que necesitamos para sobrevivir en distintos mundos. Si dejara de ponerme los parches, mi cuerpo acabaría expulsando los suplementos y volvería a ser como era antes de convertirme en astronauta (más los años y los recuerdos).

La somaformación es una solución elegante, aunque no un proceso inmediato. Si los parches de enzimas se siguen usando con fines médicos, sabréis a lo que me refiero (por ejemplo, si tenéis diabetes y no podéis producir insulina sin ayuda). Pero si nunca habéis llevado un parche (o si es algo que se ha quedado obsoleto), quizá os imaginéis algo más espectacular de lo que es. Una vez hablé con una cría en una de nuestras actividades de divulgación que se quedó muy decepcionada al saber que, al aplicar el parche, no se producía una transformación inmediata (con secuencia de animación y canción de fondo incluida, supongo). Los astronautas no somos superhéroes ni cambiaformas. Somos tan humanos como vosotros. A pesar de la extraordinaria maleabilidad de nuestro cuerpo, necesitamos tiempo para adaptarnos. Cuando se usan trasplantes de órganos o medicamentos para salvarnos la vida, a menudo se encuentran con cierto grado de resistencia fisiológica; igual ocurre con la somaformación. Es muy preferible estar inconsciente mientras el cuerpo se organiza.

De nuevo, no puedo negar mi sesgo, pero creo que la somaformación es la

opción más ética para salir de la Tierra. Soy una observadora, no una conquistadora. No me interesa cambiar otros mundos para adaptarlos a mí, sino que elijo un enfoque más delicado: cambiar yo para adaptarme a ellos.

— oOo —

Cuando pisé Aecor, mi aspecto no parecía muy distinto. El parche enzimático del hombro (que un práctico mecanismo robótico me cambiaba periódicamente durante mi letargo) me había estado suministrando el mismo kit de supervivencia básico para astronautas que mantenía desde mi primera sesión de entrenamiento en la órbita terrestre baja. Mi sangre produce su propio anticongelante para sobrevivir a las temperaturas extremas tanto del espacio como de tierra firme. Mi piel absorbe pasivamente la radiación y la transforma en sustento. Llevo mucho tiempo con esos añadidos. Sin embargo, mientras mi cuerpo sin peso se movía en la microgravedad, dejándose llevar como las algas marinas en las aguas calmas, apareció un nuevo suplemento bastante evidente.

Purpurina.

Se me ocurre como mínimo un técnico de laboratorio de la Tierra que frunciría el ceño si me oyera llamarlo así. Técnicamente, lo que poseía era reflectina sintética, una proteína que se encuentra de forma natural en la piel de algunas especies de pulpo. Pero… venga ya, es purpurina. Me brillaba la piel y, por un momento, sentí una alegría infantil, como si me hubiera volcado encima toda una clase de manualidades, como si me hubiera pintado la cara en la feria, como si hubiera volado hasta allí envuelta en una nube de polvo de hadas. Pero la astropurpurina era útil. Aecor está aproximadamente igual de lejos de su estrella que Urano de la nuestra, así que el sol no es más que una huella en el cielo. No hay gran diferencia entre el día y la noche. Allí, la purpurina servía al mismo propósito para nosotros que para los animales del mar en casa: captaba y reflejaba la luz. Aunque íbamos vestidos casi todo el día de trabajo, poder ver los rostros relucientes de tus compañeros de tripulación en un campo de hielo negro como el carbón no venía nada mal. También debíamos limitar el uso de las luces en dichos campos de hielo negros como el carbón, ya que la luz conlleva calor y no queríamos derretir nada. Y, en el interior, la reflectina ayuda a gastar menos energía en la iluminación, lo que viene genial en un mundo en el que los paneles solares no sirven para nada y todo funciona con baterías.

Además, qué queréis que os diga: brillaba. Me parecía una auténtica lástima vestirme, aunque lo hacía de todos modos.

Chikondi fue la primera persona que vi aquel día, y su rostro era aún más sorprendente que el mío. En mis recuerdos, era como si le hubiera dicho adiós una hora antes, pero allí estaba, con la cara rasposa, la piel brillante… y bastante

mayor. Es el más joven del grupo, y esos dos años tuvieron un efecto más patente en un rostro veinteañero. También estaba más delgado, igual que yo, pero me había pasado tanto tiempo preparándome mentalmente para mi cambio que no había pensado mucho en cómo cambiarían mis amigos.

Estaba claro que Chikondi sentía lo mismo, ya que se me quedó mirando un instante antes de reírse, lo que acabó con el momento incómodo.

—Buenos días —dijo.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?

—He tenido un sueño muy raro. Estaba ayudando a mi hermano a reorganizar una biblioteca gigante y los libros estaban escritos en un galimatías indescifrable, y de repente me di cuenta de que no eran libros, sino tartas…

Fruncí el ceño. Ninguna parte de su mente consciente debería haber estado activa. Empecé a repasar mentalmente lo que podía significar aquello, todo lo que podía haberse estropeado en la cámara, los errores de funcionamiento que, sin duda, se me habían escapado durante la inspección, las consecuencias imprevisibles para su cerebro…

Chikondi esbozó una sonrisa taimada.

—Ariadne, es una broma.

Se rio otra vez.

Le di un suave puñetazo en el hombro, bajé la cabeza, floté hasta dejar atrás la escalera y me empujé con las manos por las paredes.

—Entonces, estás bien, ¿no?

—Estupendamente —respondió él; hizo una pausa—. Odio los catéteres.

—Qué me vas a contar —respondí, solidaria.

Encontramos a Elena en la sala de control, haciendo una comprobación del sistema. Me pregunté si había necesitado algo de tiempo para observarse o si ya estaba más que acostumbrada. Elena es la mayor de nuestra tripulación; la diferencia de edad es nueve años con el siguiente, así que es la que más puede presumir de currículo. Había formado parte de la misión Eridania 8 a Marte, además de ser la primera en pisar Ceres. No era su primer rodeo. Sin embargo, al margen de lo que sintiera sobre su cuerpo, no cabía duda de lo ansiosa que estaba por ponerse a trabajar. Le había visto ese mismo brillo en los ojos todas las mañanas, cuando entrenábamos juntas, cada vez que se ponía las botas para salir a caminar o llenaba una bolsa de tarros para muestras. Me daba la sensación de que, para ella, la piel extraterrestre no era más que una señal de que empezaba lo bueno.

—Buenos días —la saludó Chikondi.

—Buenos… —Elena miró el monitor—. Buenas tardes, en realidad.

—Eso.

El día de Aecor tenía ocho de nuestras horas, pero seguíamos en tiempo terrícola.

Al menos, algunos de nosotros. Jack bajó flotando la escalera media hora después, tarde, como siempre. Llevo coincidiendo con él en distintas tripulaciones desde mis primeros días en ACA y siempre hemos sido íntimos fuera de ellas, pero, en ese momento, no sé bien si lo habría reconocido al verlo por la calle. Nunca lo había visto con el pelo largo, ni con una barba que no estuviera recortada a la perfección.

Nos miró uno a uno y se echó a reír.

—Estáis horribles —dijo.

—Tú también —respondió Elena, escueta.

—Sí. —Jack metió la nariz bajo su camiseta y arrugó la cara—. Puaj. —Se tocó el grueso moño que le rebotaba en la coronilla—. Tengo que librarme de esto. Aunque puede que me quede con la barba. ¿Qué me dices, Chikondi? ¿Quieres que seamos colegas de barba?

Se sonrieron desde sus respectivos arbustos faciales.

—Por supuesto —respondió Chikondi—. Aunque creo que la tuya podría suponer peligro de incendio.

Jack se rio con ganas.

—La tuya no es mucho mejor, amigo.

Floté hacia el monitor de comunicaciones.

—Nos están transmitiendo —dije.

—¿Algo urgente? —preguntó Elena.

Cualquier información que nos hubiera enviado ACA tendría catorce años, pero merecía la pena saber si había surgido algún problema, aunque fuera tan viejo. Le eché un vistazo a la lista de descargas. No había actualizaciones de protocolo ni avisos de emergencia. Negué con la cabeza.

—Los parámetros no han cambiado. La misión sigue adelante.

Observé el lento avance de las barras de progreso, byte a byte, y sentí que se me calentaba el pecho, igual que cuando un dron soltaba provisiones en la base móvil de ACA en la Antártida o cuando mis padres me enviaban paquetes a la universidad. Cuando el mundo que conoces está fuera de tu alcance, no hay nada mejor que un recordatorio mensurable de que sigue existiendo.

— oOo —

En términos de entrenamiento formal, no soy científica, sino ingeniera. Fabrico las máquinas y proporciono la propulsión que envían a los científicos a donde tienen que ir. Básicamente, soy personal de apoyo. Siempre me he sentido muy

cómoda con ese puesto. El día que solicité la plaza de prácticas en ACA (cuando estaba a punto de cumplir los diecinueve años), entré por la puerta del campus de Vancouver sin más propósito que mantener los pies bien plantados en tierra firme. Me imaginaba toda la vida mirando hacia el cielo, viendo mi trabajo desaparecer entre las nubes. No tenía ni idea de lo lejos que llegaría, pero, claro, creo que ni ACA sabía hasta dónde llegaría ella, por aquel entonces.

Es comprensible que los seres humanos dejaran de ocuparse del espacio en los años veinte del siglo XXI. ¿Cómo vas a pensar en las estrellas cuando los mares rebosan? ¿Cómo vas a dedicar un minuto de tu vida a los ecosistemas alienígenas cuando hace demasiado calor para habitar tus ciudades? ¿Cómo vas a comerciar con combustible, metales e ideas cuando las fronteras de los mapas no dejan de cambiar? ¿Cómo va a importarle a alguien la pregunta de si existen otros mundos cuando en el mundo en el que estás atrapado siguen sin contestarse las preguntas más vitales, las que tienen que ver con las necesidades más básicas de hogar, salud y seguridad?

Una cosa es mantener sondas y satélites dando vueltas; mantener vivos a los astronautas es otra muy distinta. En medio del Gran Cambio, no había nadie con los suficientes recursos estables (humanos, monetarios o materiales) para seguir trabajando en lo segundo. Y, aunque los hubiera habido, los que controlaban la billetera solían tener motivos que iban más allá de los gloriosos inicios que afirmaban apoyar. Si querías financiación e instalaciones para los vuelos espaciales, o bien acudías a tu Gobierno, cuyo apoyo a las ciencias podía ser nulo si no había una guerra que ganar, o a una entidad privada, que perseguía el progreso científico siempre que supusiera una correlación positiva con sus resultados netos.

Como ves, el bien de la humanidad era algo secundario.

Para las personas que trabajaban en estos programas (para los astronautas, sí, y para los científicos de vanguardia, pero también para los muchos miles de personas que trabajaban como ingenieras, matemáticas, doctoras, técnicas de laboratorio y documentalistas comunes cuyos nombres e historias no han llegado hasta nuestros días), ese no era el futuro buscado. Se les había vendido que los hallazgos y el progreso serían accesibles para todo el mundo. Habría una mentalidad global. Una humanidad más sabia. Sin embargo, descubrieron que ese sueño estaba inextricablemente anclado y paralizado por las mismas fuentes de miopía nacionalista y codicia materialista a las que se oponía. Me imagino que muchos desesperarían ante esa realidad y, quizá, se rindieran.

Pero nuestra historia recuerda a los que hicieron lo contrario. Al fin y al cabo, las personas que se dedican a la ciencia son tozudas hasta extremos impensables.

¿Alguna vez os habéis encontrado en un momento en el que la historia se hace tangible? ¿En el que, aunque permanezcas inmóvil, sientes que el tiempo y la importancia te oprimen, se te incrustan? Así me sentí la primera vez que estuve

en el jardín de astronautas de ACA en el Pacífico Noroeste. ¿Sigue allí? ¿Lo conocéis? Todos los campus de ACA tenían uno (y lo tienen, por favor, decidme que lo tienen): se trata de un enclave circular rodeado de paredes de piedra blanca y suave que se alzaba hasta cortarse abruptamente, tan definitivo como el final de una atmósfera, dejando espacio al cielo. En ordenadas hileras que partían de la tierra y se alargaban para alejarse de ella, con una alfombra de microtrébol igual de ordenada, había árboles, uno por cada persona que había salido de la Tierra en un cohete de ACA. Daba igual de dónde fueras, dónde te entrenaras y de dónde hubiera salido tu nave espacial: cuando alguien subía, todos los campus de ACA plantaban un arbolito.

Los árboles resultan impresionantes, pero tened algo en cuenta: el bosque de arriba no es el punto de entrada al jardín, sino que se entra desde abajo.

Recuerdo atravesar un tunelito y llegar a una cámara abovedada medio en penumbra que no tenía nada más que una escalera de caracol que conducía arriba. Las paredes eran de cristal grueso y, detrás de ellas, estaba la densa red que se encuentra debajo de todos los bosques. Las raíces se entrelazaban como dedos, con telarañas de hongos extendidas simbióticamente entre ellas, lo que permitía un intercambio pacífico de carbono y nutrientes. Los gusanos viajaban por sus propios caminos. Depósitos de agua y guijarros decoraban la escena. Al fin y al cabo, así son los bosques. No os creáis la mentira de los árboles individuales, como si cada uno fuera un monumento a su éxito individual, hecho a sí mismo. Un bosque es una comunidad interdependiente. Los recursos se comparten y la vida en aislamiento es una condena a muerte.

Mientras contemplaba las raíces se activó un temporizador oculto y las luces se apagaron, llevándose con ellas mi aliento. El cristal estaba grabado con una especie de colorante luminiscente, invisible cuando las luces estaban encendidas, pero reluciente sin complejos en la oscuridad. Al acercarme más, vi los nombres, miles de ellos, impresos con la letra más pequeña posible. Entendí lo que veía sin que me lo explicaran.

La idea detrás de Astronáutica de Cúmulo Abierto era simple: vuelos espaciales financiados por los ciudadanos. La exploración por la exploración. Apolítica, internacional, sin ánimo de lucro. Se aceptaban donaciones de cualquiera, sin sobornos, ni concesiones, ni promesas, ni nada más allá del ferviente deseo de acabar con la extinción de los astronautas. Empezó con un hilo de publicaciones en 2052, un brindis al sol casi literal de un colectivo de amigos frustrados procedentes de todos los rincones del mundo: intelectuales que habían trabajado para grandes nombres ya en bancarrota, académicos soñadores que querían hacer algo más que enseñar el pasado, miembros de agencias gubernamentales cuyos Gobiernos ya no existían. Si quieres hacer ciencia de calidad con dinero limpio y manos limpias, argumentaban, si quieres seguir alimentando el fuego aunque caigan logos y banderas, si entiendes que la exploración espacial es mejor cuando

se hace en nombre de las personas, son las personas las que tienen que hacerlo posible.

Y eso hicimos.

El nombre de esos primeros doce está en el cristal de las raíces, con el mismo tamaño de letra que los demás. Igual que los nombres de todos los que alguna vez han aportado algo a la causa. Da igual que seas un millonario cuyo dinero mantenía las luces encendidas todos los días o alguien que solo había donado una propina que le sobraba una única vez en su vida. La cantidad que se tiene de sobra es relativa; el valor de la generosidad no lo es. Todos esos pequeños adoquines bastaron para pavimentar el camino de vuelta a la Luna, después a Marte, al cinturón de asteroides y más allá.

Intenté encontrar mi nombre en la pared (le había dado todo mi dinero para cerveza a una empleada de ACA que había dado una charla en mi instituto cuatro meses antes), pero las luces se encendieron antes de poder localizarme. Me devolvieron a aquel mundo de zarcillos y gusanos, de hongos y rocas, todos unidos en una red indestructible. Después de eso, no vuelves a ver un árbol como una entidad única, a pesar de su dominio visual. Es alto. Es impresionante. Pero, al final, no se trata más que de una débil tentativa que solo puede sostenerse gracias a la contribución de muchos. Celebramos el árbol que se alza hacia el cielo, pero es a la tierra a la que debemos agradecérselo.

— oOo —

Después de ciento cincuenta y pico años fabricando naves espaciales que son capaces de aterrizar solas en otros planetas, mis responsabilidades como piloto son más un plan de contingencia que otra cosa. Es absolutamente necesario que esté ahí, con las manos literalmente al volante, por si algo sale mal, y me tomo mi trabajo con toda la seriedad del mundo. Aunque nunca sale nada mal, tengo que prepararme como si pudiera ocurrir.

En Aecor no ocurrió. Descendimos por la atmósfera sin ningún problema. El aire nos permitió atravesarla y la física tomó el relevo después. Mi cuerpo pasó por un espectro de gravedades: primero, nada; después, un rápido *crescendo* de peso indolente que fue transformándose en una ligereza cada vez mayor. El cambio se estabilizó en un estado nuevo para mí, más ligera que en la Tierra, pero más pesada que en su luna. Se trataba de un mundo amable, uno que ni te aplastaba ni te escupía hacia arriba. Aquellos 0,6 *g* eran una delicia. El equivalente gravitacional a un trago de refresco frío o un masaje rápido en los hombros.

Las patas de aterrizaje de la Merian apenas habían acabado de desplegarse cuando Jack empezó a desabrocharse las sujeciones.

—Me pido primero en la ducha —dijo.

El resto gruñimos a modo de protesta. Ducharse es una actividad de todo punto imposible en un entorno ingrávido, a no ser que te guste la idea de flotar en medio de una nube de gotas esféricas que van a cualquier parte menos a donde tú quieres que vayan. No habíamos podido lavarnos en condiciones tras salir del letargo y todos estábamos deseando meternos bajo el chorro de agua.

—¿No quieres un corte de pelo antes de ducharte? —le preguntó Elena, que también se desabrochaba las sujeciones.

El pelo sí que se podía cortar con microgravedad, aunque después había que usar la aspiradora. Es mucho más sencillo cuando los mechones caen directamente al suelo.

Jack la señaló para darle la razón.

—Me pido primero con el cortapelos.

—Vale —respondió ella, ya camino de la escalera—. Pero el primero en cortarse el pelo es el último en salir.

—Eh, eso no es justo —repuso Jack, siguiéndola.

Pulsé algunos botones.

—Todos los sistemas en orden, por si a alguien le interesa —dije.

En realidad, no estaba nada molesta. Si acaso, lo tomaba como una muestra de confianza en la Merian, lo que, por extensión, era una especie de cumplido a mi habilidad para mantenerla en condiciones.

Chikondi levantó el pulgar mientras bajaba la escalera.

—A mí me interesa.

—Gracias, Chikondi.

Terminé con mi secuencia de aterrizaje y seguí a los demás por la escalera. Siempre resulta raro poder moverse solo hacia abajo en un espacio por el que flotabas unos minutos antes.

A pesar de nuestro aspecto desaliñado colectivo, en el aire reinaba una impaciencia efervescente mientras nos afeitábamos la cabeza y nos turnábamos para entrar en la ducha compacta. Fuera teníamos una luna entera esperándonos, pero, primero, había que bañarse. Si quieres ver a unos astronautas altamente cualificados transformarse en críos inquietos de cinco años, ese es el momento. Nadie quiere darse un baño antes de salir a jugar.

Nos reunimos en la bodega de carga después de arreglarnos. Jack se sacó del bolsillo un dado de seis caras y lo colocó sobre un contenedor.

—¿Os sentís afortunados?

Elena recogió el dado y le dio vueltas entre los dedos.

—¿Al más alto o al más bajo?

—¿Al bajo? —preguntó él, que miró a su alrededor para ver si estábamos de

acuerdo. Todos asentimos con la cabeza—. Al más bajo. El uno es el mejor.

Elena lanzó el dado y resopló: un cinco.

Chikondi lo hizo después: tres.

Jack lo siguió. Se rio cuando se paró el dado: otro tres.

—Colegas de barba —le dijo a Chikondi, y chocaron la palma de la mano.

—Pero no os habéis dejado la barba —repuse.

—Gracias a Dios —añadió Elena.

—Da igual —dijo Jack—. En realidad, ser colegas de barba es…

—Un estado mental —concluyó Chikondi.

—Un estado mental —corroboró Jack.

Puse cara de hastío y lancé el dado.

Lo miré fijamente.

Dos.

No dejé de mirarlo, ni siquiera cuando Jack y Chikondi me dieron una palmada en la espalda.

Yo sería la primera en salir.

— oOo —

Si todavía existen los archivos de ACA, podéis buscar la grabación de la fiesta de lanzamiento de Lawki 6. El salón del campus estaba de punta en blanco; el elevado techo bajo el que había asistido a tantas reuniones apenas resultaba reconocible detrás de su disfraz de luces de colores y banderolas. Estaba abarrotado, como cabía esperar. Además de los equipos del proyecto y sus familias, habían acudido periodistas y sus familiares, junto con simpatizantes llegados de todo el mundo.

Si veis la grabación, nos veréis a nosotros también: cuatro personas navegando por un mar de humanidad, estrechando manos, abrazando y aceptando regalos. Veréis a Elena con un traje elegante y el pelo en alto, la profesional consumada, tan accesible y tranquila en una multitud de mil personas como si estuviera en un aula de cien o en una cena familiar de diez. Veréis a Jack con una sonrisa pícara en el rostro y la chaqueta impecablemente arrugada, borracho de atención gracias al grupo de ACA Oceanía, que bebía los vientos por su héroe criado en Melbourne. Veréis a Chikondi, con su belleza de modelo, más nervioso de lo que había estado en toda su vida, creo. Le encanta la gente y no lo considero tímido, pero se encuentra muchísimo más cómodo entre el público que siendo el foco de atención. Por eso me veréis a su lado; soy la del vestido azul, la que le susurra bromas estúpidas al oído para que siga sonriendo en un mar de cámaras. Yo también sonrío, en parte porque su risa alimentaba la mía, en parte porque no

era mi primera vez en un circo de relaciones públicas y, sobre todo, porque me lo estaba pasando bien de verdad. Una fiesta es una fiesta y, cuando es una fiesta para ti y para las personas que más quieres, cuesta no divertirse.

Sin embargo, si os fijáis bien, puede que captéis el momento en el que me cambia la cara. No sé en qué parte de la noche sucedió, pero sí que es lo que más recuerdo. Ocurrió cuando vi a mi familia entre los presentes: mis padres, mi hermano, mi cuñada, mis sobrinas pequeñas. Sabía que estarían, pero no esperaba verlos en el contexto de mi ronda pública por la sala. Mi familia me vitoreó. Me vitorearon y me llamaron mientras daban saltos. No obstante, también les vi el dolor en los ojos, un dolor a juego con el que yo escondía detrás de la sonrisa que tanto había practicado.

En las misiones Lawki, el regreso a la Tierra es un elemento clave. ACA se oponía con vehemencia a subir a la gente a bordo de un vuelo solo de ida. Nuestra misión consiste en catalogar, no en colonizar. Regresar al mundo para el que has estado recogiendo conocimiento es vital desde el punto de vista psicológico. Debías recordar para quién trabajabas. Debías saber que los confines de la nave espacial que te llevaba no serían tu último hogar. Sin un final sosegado que cerrara el círculo a la vuelta, un astronauta bajo presión podría decidir cortar el cordón umbilical e instalarse en un mundo que no fuera el suyo. Lawki 6 regresaría a la Tierra, tal y como afirmaban inequívocamente las instrucciones de nuestra misión.

Aunque lo haríamos dentro de ochenta años.

A los astronautas nos enseñan a compartimentar las realidades del viaje interestelar. La fiesta de lanzamiento es una celebración pública; el día familiar que comienza a la mañana siguiente es un momento de tristeza en privado. Ese día no hay programa; nuestro pastor de relaciones públicas no esperaba con aire nervioso, mirando el reloj y sosteniendo un paquete de pañuelos de papel. El día te pertenecía a ti y solo a ti.

No entraré en detalles sobre lo que hice o dije ese día familiar, ni repetiré las palabras que todavía me resuenan en los oídos. Eso me pertenece solo a mí. No pienso representar para nadie esa parte de mí. Tampoco diré cómo les fue a mis compañeros de tripulación (aunque nos hemos desahogado al respecto muchas, muchas veces). Os explicaré el día familiar de la forma más astronáutica que conozco: como un simple informe.

Entras en un coche y vas al lugar que elijas. Puede que un parque. Una playa. Una casa alquilada para la ocasión, con sus puertas que se cierran con llave y sus persianas.

Abrazas a todos, todo lo fuerte que puedes.

Les dices lo mucho que los quieres.

Les dices que lo sabes.

Les dices adiós.

Lloras. Mucho.

Sigues llorando después de regresar al campus. Lloras hasta que corres al fregadero y vomitas. Lloras mientras lo haces.

Te preguntas si eres una mala hija, una mala amiga, una imbécil egoísta que da prioridad a sus gilipolleces intelectuales antes que a la gente vivita y coleando que le había dado todo lo que podía darle y recibía como recompensa ver cómo se alejaba para siempre.

Es una pregunta que, no, nunca responderás.

Aun así, te abrochas el cinturón de seguridad de tu cohete espacial.

No se sabe cómo, pero consigues irte.

— oOo —

Me latía con fuerza el corazón al ponerme el traje. Llevamos traje, claro: trajes AEVT para el suelo (acrónimo de Actividad ExtraVehicular Terrestre) y los trajes AEV (Actividad ExtraVehicular sin más), mucho más voluminosos, para los paseos espaciales. Los trajes AEVT son, en parte, para nuestra protección, aunque, sobre todo, para proteger al mundo de nosotros. Es otro concepto erróneo que suele tenerse sobre la somaformación: que nuestros suplementos nos permiten pasearnos en (relucientes) cueros por los entornos alienígenas y atravesar cualquier bioma provocando el mismo impacto que una suave brisa. Es una imagen romántica, pero imprudente en grado sumo. Incluso después de lavarla, la piel humana está cargada de bacterias que son, para nosotros, buenas y necesarias, mientras que en un ecosistema nuevo sembrarían el caos. También exhalamos bacterias con las microgotas de humedad que viajan por nuestras vías respiratorias. Aparte de los microbios simbióticos, es imposible saber qué harían los contaminantes humanos a un medioambiente ajeno. ¿Será toxico para esa otra vida el aceite de nuestra piel? ¿Desprendemos alérgenos? ¿Somos venenosos de forma pasiva? No hay forma de saberlo. Además, también podríamos enfermar, lo que acabaría con la misión (y, probablemente, con nosotros). Por lo tanto: trajes.

No era la primera vez que pisaba tierra fuera de mi planeta. Me había pasado un año sumativo y medio en la Base Lunar New Millennium. Sentí que estaba haciendo algo trascendente en cuanto mi primera nave espacial alunizó, y cada mañana que despertaba en mi catre y recordaba que «ay, Dios mío, estoy en la Luna», me recorría el eco de esa emoción. Sin embargo, en cierto modo, la experiencia no distaba tanto de viajar por la Tierra. La Luna no era un misterio, sino un lugar que muchas otras personas habían visitado antes que yo. Me cuesta explicar ese sentimiento, ya que me da miedo que parezca que digo que, bah, ir a

la Luna no es para tanto. Es un lugar increíble, os lo aseguro. Todos los días había un instante de veneración absoluta. Pero había sentido algo parecido cuando me planté por primera vez al borde del Gran Cañón o me quedé sin aliento y temblorosa en la cima del monte Fuji. Eran lugares que había estudiado y anhelado, y que, de repente, se manifestaban ante mí. Lo mismo me ocurría en la Luna, en lo que creía que sería mi objetivo último y definitivo. Creía haber alcanzado el culmen de la maravilla y que todos los espectáculos naturales me hechizarían de un modo muy similar.

Pero no.

Descendí por la rampa. Estaba atontada, como en un sueño. Era todo tan abrumador que temía no recordarlo después. Pero lo recordé. Lo recuerdo. No lo olvidaré jamás.

Un silencio imposible me esperaba al otro lado de la escotilla, como si esta luna contuviera el aliento conmigo. Se oía el suave contacto metálico de las botas en la rampa, cada pie un poco por delante del anterior. El sonido cambió: ya no era el metal fabricado de la rampa, sino el suave crujido del hielo. Lo notaba ceder levemente bajo mi peso y después sujetarme con fuerza. Me rodeaba una extensión interminable de hielo, intacto y prístino. Un lienzo perfecto. Un bloque de arcilla liso. Y, cierto, se parecía más a la arcilla o al barro que al agua que lo componía. Gracias al espectro de luz roja proyectado por el sol, el hielo no parecía ni blanco ni azul, sino negro brillante. A lo que más me recordaba era a un campo de lava terrestre.

Me quedé allí, sin palabras en la boca ni pensamientos en la cabeza. A pesar del tentador rebote de la gravedad, permanecí inmóvil. En la Luna visité los lugares en los que habían alunizado los Apollo, como hacen todos los astronautas. Es nuestra peregrinación, nuestro rito. Vi las pisadas de Neil Armstrong, conservadas detrás de sus cúpulas de cristal protector, y, al caminar sobre ese mismo polvo lunar, sentí lo mismo que había sentido al entrar en las cuevas de Altamira y levantar la mano hasta casi tocar la huella pintada dejada por alguien treinta y seis mil años antes: como un eslaboncito en una enorme cadena.

Aecor era diferente. Sabía que allí no se grabarían mis huellas. Estaba pisando hielo, no roca, y los mismos géiseres que habían pulido el mar helado lo volverían a hacer, con el tiempo. Pero sí que estaba forjando una nueva cadena, y la inmensidad de esa idea es una sensación que dudo que pueda compararse con nada.

Jack rompió mi ensoñación.

—Un pequeño paso, ¿eh, Ari? —me dijo, leyéndome la mente.

Me volví y miré. Mis tres compañeros esperaban en la escotilla y supongo que llevaban rato esperando, porque se estaban riendo de mí. Bueno, Elena no. Ella

dejó escapar una especie de risita, pero acompañada de una sonrisa cómplice. Al fin y al cabo, había sido la primera en pisar un asteroide. Ella lo entendía.

— oOo —

Como buenos invitados, examinamos con detenimiento lo que nos rodeaba antes de establecer nuestro hogar temporal. Una sonda es capaz de localizar un buen lugar de aterrizaje para la nave, pero solo sobre el terreno se puede saber si estás a punto de desplegar un módulo habitacional en un charco o, peor aún, en el hogar de algo. Envié a todos lejos de la sonda, cada uno en una dirección distinta, en sentido contrario a las agujas del reloj. Examinamos el suelo que pisábamos por si había algo que era mejor no tocar. Hacemos todo lo posible por no dejar ni rastro.

Cuesta saber dónde poner el límite en ese sentido. Si le das demasiadas vueltas (un rasgo típicamente humano donde los haya), caes en el pozo sin fondo de los posibles desastres. ¿Y si la sonda ha aplastado algo? ¿Y si el sonido del aterrizaje ha asustado a algo y ha interrumpido su época de cría? ¿Y si el punto en el que has aterrizado es justo donde dos bacterias de distintas especies se iban a encontrar por primera vez? ¿Y si su unión hubiera producido una simbiosis que habría conducido a la aparición de una nueva especie y vosotros, cabrones, acabáis de borrar del mapa toda esa realidad?

Solía pasarme las noches en vela, paralizada de preocupación. No obstante, si te guías por esa lógica, es imposible dar un paso más. Tal y como yo lo veo, si el impacto de un objeto del tamaño de una casa basta para alterar todo un hilo evolutivo, es que ese hilo tenía pocas probabilidades desde el principio. El aterrizaje de una nave espacial no es muy distinto al movimiento de un canto rodado, la caída de un meteorito o el derrumbe de un árbol. Y, a diferencia de esos objetos, nosotros nos vamos y lo dejamos todo limpio. Intentamos ser inquilinos considerados y observadores éticos para que nuestro impacto sea el menor posible. Posible. En algún momento tienes que aceptar que cualquier movimiento crea ondas y que la única opción es quedarte quieta y no aprender nada.

Estos dilemas morales me inquietaban mientras examinaba el suelo. Al principio encendí las linternas de cabeza, pero era una yuxtaposición discordante. A diferencia de la débil luz del sol que se esforzaba por llegarnos desde el cielo, mis luces emiten un espectro completo de luz blanca, así que creaban a mi alrededor colores que nunca habían existido (imagínate que iluminas con luz negra una habitación a oscuras). Bajo mis charcos móviles de luz, el hielo negro se volvía blanco, teñido de franjas amarillas y marrones. En ese momento me resultaba desconcertante, así que preferí dejar que los ojos se me acostumbraran

a Aecor en su estado nativo.

—¿Alguien más ha encontrado respiraderos? —preguntó Chikondi por el sistema de comunicación—. Aquí tengo uno pequeño. Ojalá pudiera olerlo.

Jack estaba menos entusiasmado.

—Te llevaré a una boca de tormenta cuando lleguemos a casa —le dijo—. Y lanza dentro unos cuantos huevos podridos. Así disfrutarás más o menos de la misma experiencia.

Es lo que tienen estas lunas heladas tan majestuosas: el hielo de la superficie da para una postal encantadora, pero el agua líquida de debajo apesta a lo bestia. Es un océano entero de salmuera inalterada, cálida como el agua de una bañera, rebosante de bacterias, y hasta arriba de los restos de todos los nacimientos y muertes sucedidos en su interior. Como dejaban claro los lamentos de Chikondi mientras respiraba su oxígeno limpio enlatado, es un olor que solo puede amar un biólogo.

—¿Tenemos que preocuparnos por los respiraderos? —pregunté.

Yo también había encontrado uno: un hueco pequeño y humeante que conducía a profundidades ignotas.

—No —respondió Elena—. Queremos que haya respiraderos, siempre dentro de unos límites razonables y a una distancia segura. Considéralos como una válvula de escape.

—Sí —añadió Jack—. Algo sin agujeros podría estallar.

—Y eso no nos gustaría —apuntó Chikondi.

—En absoluto.

Tras completar la inspección visual, sacamos la barrena para comprobar el grosor del hielo y asegurarnos de que sostendría nuestra nave durante el tiempo suficiente. Luz verde para todo. Por fin había llegado la parte divertida.

Los módulos habitacionales inflables son uno de mis inventos favoritos. La Merian viene equipada con dos (uno para el invernadero y otro para el laboratorio limpio) que se acoplan a escotillas en el lateral de la cápsula. Son casi el doble de grandes que nuestro habitáculo, pero se convierten en unidades de contención que ocupan la mitad que un coche de tamaño pequeño. Solo hay que quitar las tapas de almacenamiento, desplegar la tela casi indestructible, pulsar un botón y ver cómo crecen.

Incluso después de extender los módulos, el espacio habitacional es, más o menos, el del hogar de una sola familia. Cabría pensar que pasarse varios años en una vivienda así podría provocar claustrofobia, pero hay que tener en cuenta que es el único hogar humano (el único edificio en general) de todos los mundos a los que viajamos. Ni siquiera los seres humanos más rurales entienden lo que significa encontrarse en un planeta sin ciudades, sin calles, sin estructuras artificiales de ningún tipo. Si habéis tenido la suerte de visitar una reserva

natural o algún otro tipo de espacio abierto, quizá alcancéis a comprender mínimamente lo que significa. La ausencia de ruidos de máquinas. La humildad asombrosa y frágil de saber que eres el único ser humano en varios kilómetros a la redonda. No obstante, incluso en esos lugares, incluso en lo alto de las montañas más remotas o en los viajes más largos de mochileros, sabes que en alguna parte hay una carretera, un puesto de guardabosques, un hotel con bañera y bufé de desayuno.

En Aecor no es así. Ni en ningún otro lugar que no sea la Tierra. Por el momento, no hemos encontrado otras formas de vida que construyan ciudades o máquinas. Cuando estás en uno de estos mundos más tranquilos, sabes que todo lo que hay en esa esfera, vayas hacia donde vayas, es naturaleza silvestre. Si te alejas demasiado de tu sonda espacial, lo que te rodea te recuerda al instante que no eres más que un animal y que, si nuestros antepasados inventaron las herramientas y las paredes, fue por algo.

Al enfrentarme a tamaña enormidad, el espacio reducido de la Merian es un gran consuelo. Cuando te pasas un día tras otro haciendo trabajo de campo en un entorno de amplitud infinita, no hay nada más acogedor que un cómodo catre detrás de una puerta cerrada.

Recluté a mis compañeros para supervisar conmigo el hinchado del módulo. Nos colocamos de tal modo que pudiéramos observar cada rincón y arruga en busca de rasgaduras ocultas.

—Cómo me gustan estos cacharros —dijo Jack, que observaba con satisfacción cómo se inflaban los cilindros con aspecto de nubes de azúcar.

Yo también disfrutaba del espectáculo, aunque estaba más ansiosa por pasar a lo siguiente: desembalar nuestros juguetes.

¿Habéis estado de acampada? Si es así, cuando comprasteis vuestro primer equipo, ¿hubo un momento en el que lo colocasteis todo delante de vosotros y os maravillasteis con ese batiburrillo de aparatitos? ¿El yesquero diminuto? ¿La toalla de secado rápido? ¿El menaje de cocina desplegable? ¿Esa herramienta tamaño bolsillo con una lupa, tres cuchillos y un descamador de pescado que no vas a usar nunca? Así me siento cada vez que montamos nuestros laboratorios de superficie. El espacio de almacenaje es un lujo en cualquier nave espacial, y hacen falta muchas cosas para equipar por completo una estación de investigación multiusos. Pero en la Merian se consigue fácilmente, ya que tiene una bodega repleta de tesoros para las necesidades científicas. Microscopios, termómetros, altímetros, sensores de luz, cámaras trampa, sondas de pH, tubos de turbidez, sonar de mano, hornos, cuadrantes, palas, platos para muestras, impresoras 3D, pinzas, escáneres moleculares, tubos de muestreo, monitores sísmicos, casetas de observación, cintas métricas, grabadoras de audio, aerodrones, hidrodrones, guantes, máscaras, etiquetas, portaobjetos y más gafas protectoras de las que quepa imaginar, todo lo más ligero y compacto que

pudieron diseñar las mejores mentes terrestres, bien guardado en cajas perfectas con etiquetas perfectas en hileras perfectas.

Resulta pero que muy satisfactorio.

Tras desplegar los módulos, volvimos al interior para desembalar nuestro tesoro, convertidos en una industriosa cadena humana.

—¿Primero el invernadero? —preguntó Chikondi.

—El laboratorio —contestó Elena.

—Oooh —dijo él.

El laboratorio limpio era la tarea más ardua, pero él estaba deseando ponerse a cultivar verduras. Cabría pensar que se trataba de un deseo pragmático, ya que la radiación por sí sola no nos proporciona todos los nutrientes que necesitamos para sobrevivir y, cuanto antes empecemos a plantar semillas, antes tendremos el picoteo. Pero no, Chikondi solo quería jugar con las plantas, igual que yo sabía que Elena estaba deseando recoger vapor de los respiraderos y Jack salir de excursión en busca de rocas. Por mi parte, ya me encontraba en mi lugar feliz. El aterrizaje había funcionado, los trajes funcionaban, los módulos funcionaban y estábamos desembalando las cajas perfectas. Para poder hacer ciencia necesitas herramientas, cobijo y un medio para llegar adonde vas. Esa era mi responsabilidad. Estaba fabricando una espaldera en la que pudiera crecer el buen trabajo. No había nada que deseara más, nada que me hiciera sentir más orgullosa.

— oOo —

—¿Echas de menos el café?

Se lo pregunté a Jack cuando se despertó a mi lado. Habíamos trasladado su catre a mi camarote la noche anterior, como hacemos a veces. O viceversa. O ninguna de las dos cosas.

Jack se lo pensó mientras parpadeaba, mirando el techo de metal pintado.

—Qué va —respondió mientras se rascaba la barba de tres días.

No me sorprendió en absoluto su respuesta. Jack no echa de menos tener que comer durante el día. En la Tierra, era el típico desastre de persona que comía con ganas (una barbaridad) si le ponías comida delante, pero, si no, se le olvidaba por completo, absorto en el juego o el trabajo hasta que el inicio de un dolor de cabeza descomunal y el mal sabor de boca le recordaban que tenía que tragarse una barrita de proteínas para seguir funcionando. De todos nosotros, era al que le había costado menos perder la satisfacción de tener la barriga llena. Para Jack, adoptar un medio de sustento alternativo fue una liberación. Estaba deseando librarse de la necesidad de hacer un descanso para comer a mediodía.

Me levanté y me vestí. Jack se estiró como un gato, doblando los brazos detrás de la cabeza y saboreando su sencilla almohada como si estuviera en el mejor hotel.

—Qué silencio —dije al asomarme por el ojo de buey. El hielo sin fin nos rodeaba por todas partes, yermo y bello—. Un buen día para todos los interesados en buscar rocas.

No hay nada por lo que Jack sienta una pasión más ardiente que las rocas, salvo la tierra, sobre todo la tierra que se ha convertido en roca, y sobre todo si esa roca tiene fósiles dentro. Asintió, como aprobando mi comentario, aunque no dio muestra alguna de querer salir de su modorra.

En otro momento de nuestra vida juntos, lo habría incordiado para que se levantase, le habría preguntado si sabía qué hora era. Esos días habían quedado atrás. Ahora sé cómo son las mañanas para Jack. Se queda ahí tumbado para apurar hasta el último segundo, después se pasea hasta el laboratorio con la misma urgencia de quien va de *brunch* un domingo y después trabaja tan bien que da igual a qué hora del día lo haga. Jack es un pavoneo, un guiño, un examen final clavado a pesar de no haber asistido a clase, un porro en la cama después de un día de trabajo de campo, una escalada y un baño en la playa. Sabe que se le da bien lo suyo y que es guapo a rabiar, y usa ambas cosas para irse siempre de rositas. Lo único que me fastidia más que todo eso es que a mí me guste tanto.

Me miré en el espejo y me rasqué el cuero cabelludo. No me había afeitado demasiado bien. Recogí mi tablet del armario cercano y miré el programa del día.

—Sabes que hoy tenemos que archivar los chequeos, ¿no? —pregunté.

El sistema de letargo controla nuestra salud, pero es imposible saber si tus mecanismos internos funcionan como es debido hasta que los usas como siempre. Después de establecer el campamento y organizarnos, lo siguiente eran los exámenes médicos completos.

Jack levantó el pulgar desde la cama. Difícil averiguar si quería decir que sí o que ya lo sabía, aunque al final resultaba irrelevante. Se acordaría. Ni siquiera él se tomaba a la ligera los chequeos de los parches.

Salí de mi camarote y bajé por la escalera a la cubierta inferior. Me encontré a Elena en la sala de control, revisando en la pantalla grande los datos de la mañana. Por el rubor de las mejillas, supe que ya había estado fuera, caminando a su ritmo constante de siempre, de estación meteorológica en estación meteorológica para asegurarse de que sus instrumentos estaban en condiciones. A ella nunca le basta una luz verde en un monitor. A Elena le gustan las comprobaciones visuales. Lo tangible. El viento y el cielo ya son lo bastante efímeros, según me dijo una vez. Si va a estudiarlos, quiere sentirlos.

—¿Algo bueno? —le pregunté mientras le ponía la mano en el hombro.

A veces también comparto su camarote. Ella nunca traslada su catre al mío. A Elena le gusta tener su propio espacio.

Conozco bien la expresión con la que me responde, esa media sonrisa segura de sí misma, rezumante de satisfacción; una cara que dice que tiene las ideas más claras que nadie del pasado, presente o futuro.

—Los números siempre son buenos —dijo; me miró y se fijó en los laterales de mi cabeza—. A tu pelo no le vendría mal una ayudita.

Me reí.

—Sí, espera que me…

Ella ya se había levantado de la silla y me gesticulaba para que fuera al baño. Cuando Elena te dice que la sigas a alguna parte, la sigues. Da igual que sea para bajar por un acantilado oscuro, para meterte en un callejón desconocido o solo para cruzar el salón. Cuando Elena decide adónde va, la única opción viable es intentar seguirle el paso.

Nos colocamos como siempre: yo en el suelo y ella en un taburete con la maquinilla en una mano y las piernas formando una silla a mi alrededor. Me echó una toalla sobre los hombros y me guio la cabeza hacia abajo empujándome con delicadeza la coronilla con la palma de la mano. El cortapelos me zumbaba contra el cuero cabelludo. Los mechoncitos nos caían sobre las piernas. Las de ella eran fuertes, acostumbradas a correr maratones y nunca demasiado orgullosas para bailar si se lo pedía. Allí me sentía a salvo, como siempre, y esa sensación me encantaba. Trece años conscientes viviendo y trabajando con Elena, apoyándome en ella, y, hasta el día de hoy, sigue intimidándome como nunca. En el mejor de los sentidos

—¿Echas de menos el café? —le pregunté.

Elena dejó escapar un gemidito.

—Buf, sí. Ni te imaginas cómo aumentaría mi productividad por aquí si tuviéramos cafeína. —Me empujó un poco la cabeza a un lado y siguió recortando alrededor de las orejas—. También echo de menos el chocolate caliente.

—Tía. —Cerré los ojos y recordé las cálidas navidades con la familia, el chocolate de sobre barato del colegio, los gratificantes termos en las acampadas —. Con nubes.

—A la mierda las nubes. O canela o nada.

Me reí y ella también. Terminó de cortarme el pelo, me sacudió los pelitos sueltos que me hacían cosquillas en el cuello y se miró en el espejo.

—A mí tampoco me iría mal un retoque, creo —dijo, pero no me ofrecí a devolverle el favor. Elena se corta el pelo ella sola, y ya había empezado a hacerlo sobre el lavabo—. Yo lo limpio. Sabes que hoy toca archivar los chequeos, ¿no?

—Sí.

—Yo ya he hecho el mío, pero creo que Chikondi no.

—¿Está levantado?

Ella asintió con un ruidito mientras se pasaba la maquinilla por la cabeza. La dejé seguir con ello y me dirigí a la escalera. No me cabía duda de dónde estaba el tripulante que faltaba.

Bajé la escalera, dejé atrás el soporte vital y salí a la bodega de carga. Entré en el compartimento estanco A y atravesé las paredes metálicas de la nave para meterme en uno de los módulos inflables. Me golpeó una oleada de humedad y entorné los ojos hasta que se adaptaron al brillo de las luces de cultivo.

Chikondi estaba de pie junto al banco de trabajo del invernadero, examinando sus primeros esquejes bajo el microscopio mientras cantaba en voz baja al ritmo de la música de sus auriculares. Me acerqué tranquilamente y lo observé trabajar, a la espera del inevitable momento de placer cuando se diera cuenta de que estaba allí.

El momento llegó y fue perfecto. Chikondi dio un salto de un metro.

—¡Ariadne! —Se quitó los auriculares y me empujó fingiendo enfado antes de reírse de sí mismo—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Solo un minuto.

Chikondi meneó la cabeza.

—Qué manera más horrorosa de dar los buenos días.

—Lo siento mucho —respondí, aunque no lo sentía en absoluto.

Él me miró, a la espera.

—Buenos días, Chikondi.

—Buenos días —respondió, remarcando bien las palabras—. Oye, mira... —Recogió una hoja diminuta de espinaca de crecimiento acelerado, diseñada para pasar de semilla a ensalada en cuestión de días—. Te la he guardado.

Acepté la ofrenda y la levanté. El tallo se había dividido para formar dos hojitas, una al lado de la otra.

—Son gemelas.

—¡Es una mutante! —exclamó, feliz.

No me dio más explicaciones sobre por qué la había separado del resto. La hoja era una mutante, y los mutantes molan. Fin. Alargó la mano para arrancar una de las hojas y se la metió en la boca.

Yo hice lo mismo con mi mitad.

—¡Qué mutante más rica! —dije.

Asintió con entusiasmo.

—Creo que esta mezcla de nutrientes ha triunfado. La cosecha ya es mucho

más resistente que la de nuestros lotes de entrenamiento. En nuestro siguiente informe anotaré los cambios que he hecho. ¿Cuándo toca?

—El martes. Oye, hablando de mutantes y protocolo…

Se me quedó mirando un momento, intentando descifrarlo.

—Los chequeos —dijo—. Vale. —Parecía que la idea de abandonar el banco de trabajo lo desanimaba un poco, pero asintió con la cabeza y dejó escapar un suspiro responsable. A diferencia de Jack, a Chikondi sí se le habría olvidado, sobre todo si tenía a mano algo tan emocionante como unas muestras de plantas —. Vamos a ello.

Volvimos a subir por la escalera juntos, charlando sobre el éxito de su abono. Llevaba varias semanas trabajando en ese proyecto antes de nuestra partida, y yo había pasado despierta muchas noches a su lado, en nuestro hogar compartido del campus, sirviéndole de cámara de eco para sus ideas sobre el potasio y el nitrógeno. A Chikondi no le interesa el sexo, ni conmigo ni con nadie, pero, cuando me visita en mi camarote para hablar, compartimos algo que, a pesar de ser diferente, es igual de bueno e íntimo.

—¿Primero tú o yo? —me preguntó cuando entramos en la enfermería.

Me fui hacia el armario de suministros.

—¿Tú? —sugerí.

Se sentó de un salto en la camilla y seguimos el protocolo paso a paso. Comprobé su peso y sus signos vitales. Noté que se relajaba conmigo, igual que yo con Elena al cortarme el pelo. Esa confianza mutua me calmaba.

—¿Echas de menos el café? —le pregunté mientras escuchaba los latidos de su corazón.

Tenemos un lector de pulso que es más preciso que el estetoscopio, pero Chikondi me había enseñado cómo habla un corazón. Gracias a él, soy capaz de deducir cada golpeteo y cada eco, de leer significado en un músculo. Por más que me gusten las máquinas, esta es una de las ocasiones en las que prefiero escuchar yo misma, sobre todo si lo escucho a él.

—Hmmm. —Esbozó una sonrisa ausente mientras le daba vueltas a la respuesta. Abrió la boca, la cerró tras pensarlo mejor y volvió a abrirla—. En realidad, nunca me ha gustado el café.

—¿Por la cafeína o por el sabor?

—Por el sabor. Pero… Bueno, supongo que sí lo echo de menos.

—¿Por qué? —le pregunté mientras lo arremangaba para sacarle sangre.

Miró al techo y se perdió en un recuerdo.

—Echo de menos ver a mi padre prepararlo por las mañanas cuando vivía en casa. Todos los demás se lo bebían, mi madre y mis hermanos. No echo de menos beberlo. Echo de menos estar allí. Echo de menos esas reuniones en las que pega

tomarse un café. —Se calló un instante y después miró al monitor al que le había enchufado su muestra—. ¿Todo bien?

Esperé a que el ordenador buscara su perfil de referencia para comparar. Cada cuerpo es un mundo y solo puede compararse consigo mismo. Todos los parches e intravenosas de nutrientes están hechos a medida para nuestras necesidades individuales. Por ejemplo, yo nací daltónica de rojo-verde y, con cuatro años, recibí terapia génica para tener una vista tricromática completa. Elena nació con una predisposición heredada al cáncer de mama, así que sus parches lo suprimen. Los de Jack cumplen una función doble: le suministran la testosterona que lleva recibiendo desde su segunda pubertad, como la llama él. Chikondi es el único de la tripulación con unas necesidades médicas completamente típicas.

—Tus exámenes son muy aburridos —le dije—. Ojalá tuvieras una deficiencia vitamínica o algo que pudiera anotar.

—Podría volver a romperme el tobillo, si estás tan aburrida.

Me reí al recordar el tremendo latazo que nos había dado cuando se fracturó el maléolo durante un entrenamiento de supervivencia de dos semanas por el desierto de Badain Jaran.

—Mejor no —respondí.

Él se bajó de nuevo la manga procurando tener cuidado en el punto en el que la tela pasaba por encima de su parche. Esa piel sintética es capaz de arreglar muchas cosas, pero los huesos rotos no son una de ellas. No soy muy fan de las enfermedades que no puedes controlar.

—¿Y tú? —me preguntó—. ¿El café?

Pensé un momento sobre la pregunta que se me había ocurrido plantear, pero no responder.

—Me va bien sin él, pero ya echo de menos el olor.

— oOo —

Era tarde cuando terminamos nuestro trabajo de preparación en el interior y, aunque nos habíamos pasado casi tres décadas inconscientes hasta hacía poco, estábamos cansados. Nuestro lado de Aecor le había dado la espalda al sol y, a pesar de la distancia, la ausencia de esa única luz tenue suponía una gran diferencia. Había llegado el momento de dar por finalizado el día.

Nos reunimos en la sala recreativa para ver el paquete de noticias que nos había enviado ACA. Nos sentamos alrededor del monitor con agua y brotes de verdura, en vez de palomitas y cerveza. El archivo de vídeo estaba en cola. Los altavoces vibraban un poco, a la espera de la entrada de audio. Y esperaron. Y esperaron. Y esperaron.

Nadie se movía para darle al play. La pantalla permaneció a oscuras.

Al cabo de un momento, Jack se aclaró la garganta.

—Va a ser la hostia de raro —dijo en voz alta.

Chikondi dejó escapar una risita. Yo respiré aliviada de que por fin alguien dijera lo que todos sentíamos. Elena esbozó su extraña sonrisa, alargó la mano hacia el panel de control y le dio al play.

Yo había intentado anticiparme a todos los paradigmas que podrían haber cambiado en veintiocho años. Había imaginado horrores una y otra vez, sabiendo que el progreso es más o menos circular y que las noticias rara vez son buenas.

Lo que no había previsto era el extraño corte de pelo. Estoy segura de que tanto el joven que sonreía a cámara como todas las personas que habían trabajado en el vídeo pensaban que tenía un aspecto presentable y profesional. Pero yo no conocía ese corte de pelo, la forma de la camisa era sorprendentemente rara y las pequeñas joyas llenas de burbujas que llevaba en las muñecas eran algo que no había visto nunca. Creía que me había preparado para el avance de la historia, pero se me había olvidado incluir el detallito de la moda.

En aquel momento fui del todo consciente de lo lejos que estábamos de la Tierra que habíamos abandonado.

—Hola, Lawki 6 —dijo alegremente el joven. Entorné los ojos. Sonaba norteamericano, pero no lograba ubicarlo. Puede que un crío del desierto, de cerca de la frontera con la República Cascadioamericana—. Me llamo Amado Guinto, soy especialista en comunicaciones aquí, en el campus de ACA de mi hogar natal, el Pacífico Noroeste.

Me quedé boquiabierta. Era de mi zona. A dos horas de dónde yo había crecido y me sonaba como alguien de mucho más al sur. Estaba deseando saber cómo se había producido ese cambio. ¿Migración? ¿Cultura popular? Pero a nadie se le había ocurrido explicarlo, ni tampoco qué pasaba con el corte de su camisa. Nuestro amigo Amado no estaba allí para hablar de los cambios lingüísticos ni de las influencias en la estética. Su propósito era informarnos sobre Las Noticias, con mayúsculas: política, titulares, grandes nombres. Ya sabéis. Las cosas importantes.

Lo que ocurre con las cosas importantes es que nunca te animan. Al menos, eso no había cambiado nada. Observamos a Amado en silencio, como alumnos en una clase deprimente, mientras él nos contaba con suma eficiencia lo que había pasado en esas décadas. Había algunas cosas buenas, claro, incluso maravillosas. Por fin habíamos erradicado la malaria. Habíamos conseguido volver a introducir los tigres en la naturaleza. Habíamos creado una batería del tamaño de un autobús que era capaz de suministrar energía eléctrica a un barrio durante diez años. Pero el resto era una extraña mezcla de cambios impredecibles que seguían

patrones trágicamente predecibles. Guerras, elecciones, líneas rojas. El perpetuo tira y afloja en el que unos países buscaban colaborar mientras que otros se parapetaban. Un desfile constante de drama social, poderoso dentro de su propia esfera, aunque impotente al compararlo con los ritmos colosales del planeta en sí.

—Las temporadas de tormentas han seguido empeorando en todos los rincones del mundo —dijo Amado en tono neutro—. Cada vez hay más ciudades costeras que tienen que retroceder o acelerar el desarrollo de soluciones tecnológicas. —Su neutralidad dio paso a una compasión muy educada—. Especialista de misión Quesada-Cruz, puede que la siguiente parte de este compendio le resulte difícil. Quiero que sepa cuánto siento tener que darle esta noticia.

Todos nos volvimos hacia Elena. Al principio de la grabación estaba relajada en su sillón, con un brazo sobre el respaldo, despreocupada. Ahora estaba inclinada hacia delante, con el rostro en calma y el cuerpo preparado para lo que viniera. Yo volvía la mirada hacia la pantalla y después hacia ella, una y otra vez, intentando seguir tanto los hechos como su reacción. Las márgenes de costas destruidas y diques rotos dieron paso a un mapa animado que, como procuró explicar Amado, mostraba la extensión de los daños catastróficos. Apreté los labios hasta que me dolieron cuando la zona roja llenó por completo la tierra que bordeaba el golfo de México. Cientos de ciudades habían sido abandonadas o estaban inundadas sin remedio. Para nosotros, un puntito resaltaba sobre el resto: Tampico. La ciudad natal de Elena.

Se levantó y salió de la habitación.

—Elena —la llamó Jack.

No oímos ninguna respuesta, tan solo el ruido de alguien bajando la escalera.

Chikondi alargó la mano hacia los controles del monitor.

—Deberíamos…

Jack lo detuvo.

—Déjala en paz. Cuando nos necesite, aquí estaremos. —Dejó escapar una larga exhalación—. Estoy seguro de que todos vamos a pasar por momentos así.

Como si supiera que lo necesitábamos, el reportero de ACA cambió radicalmente de tema.

—Deberían saber que tanto en ACA como en el resto del planeta Tierra estamos a su lado a cada paso del camino. Vamos a terminar esta transmisión con una especie de regalo que les envían nuestros colaboradores de todo el mundo. Les deseo mucha suerte, Lawki 6. Estamos deseando saber de ustedes.

La transmisión acababa con un montaje de mensajes caseros grabados por los colaboradores de ACA, todos saludándonos y animándolos desde sus salas de estar. Había niños, perros, carteles pintados a mano, y todo tipo de idiomas y sabores locales. Era una monada y lo apreciamos muchísimo, pero la persona que más necesitaba verlo no lo había hecho.

—Se lo pondré después —dijo Chikondi, que marcó la hora en la que había empezado el segmento.

Me levanté y me fui hacia la escalera. Sí, Elena sabía que estábamos allí para cuando nos necesitara. Sin embargo, en ese tipo de situaciones, a veces está bien un recordatorio.

Su traje AEVT no estaba en la bodega de carga; había salido. Me puse el mío y la seguí.

No estaba lejos de la Merian, solo a un paseo corto de distancia. La gélida superficie que pisaba era tan lisa y plana como la de un lago helado. Sin embargo, a nuestro alrededor, cerca de nosotras, se alzaba una pared de columnas irregulares.

—Hola —le dije.

Elena no contestó. Las luces de su casco le iluminaban la cara reluciente en la oscuridad, como el icono de una santa. Me resultaba imposible descifrar su expresión. No lloraba. No estaba enfadada. Simplemente… miraba.

—Esa es la diferencia —dijo al fin.

Detrás de sus palabras se adivinaba el alivio, la satisfacción de haber resuelto un problema que la incordiaba.

—¿Cuál?

Señaló con la cabeza las dagas de hielo, cuya superficie las luces del casco cambiaban de negro a blanco.

—Está muy limpio. —No lo entendí y debió de reflejárseme en la cara, ya que añadió—: ¿Alguna vez has visto un iceberg dándose la vuelta?

—No.

—¿Y un glaciar?

—¿Un glaciar… dándose la vuelta?

Me lanzó una única mirada rápida para regañarme.

—No, solo un glaciar, en general.

Conjuré la imagen y entendí a lo que se refería. Me imaginé aquellas montañas de hielo ya casi extintas en nuestro planeta, con sus impresionantes vetas grises y negras que, a veces, cubrían del todo el blanco. El hielo a gran escala que es más probable que vean los humanos en la Tierra es el hielo que se forma en el suelo y, por naturaleza, ese hielo está mugriento. Incluso los icebergs, que cabría suponer que se lavan con las olas que los mecen, están enturbiados por los restos de las playas rocosas, los cañones arenosos, los vientos cargados de polvo que llevan varios siglos erosionando las montañas. Pero, en la superficie de Aecor, no había ni arena, ni rocas, ni polvo. Los chapiteles escarchados que nos rodeaban no eran picos cubiertos de hielo, sino simplemente hielo, el hielo de mar más puro posible, del que solo se encuentra en el corazón de las aguas polares de la Tierra,

lejos de la mugre de la orilla. Aecor no tenía orillas, ni más cimientos que no fueran el lecho oceánico. Caminábamos por el agua, pura y llanamente.

—Pobre Jack —dijo.

Me reí.

—Ya te digo. —La miré—. Elena, lo…

Ella me sujetó por el brazo.

—Dios mío.

—¿Qué? —pregunté, notando un subidón de adrenalina.

—Apaga las luces. —Lo hice. Lo hizo—. Mira —añadió, y señaló algo.

Al principio no vi nada. Mis ojos se apresuraron a adaptarse a la oscuridad e intentaron analizar el borde entre el cielo negro y el hielo negro. Pero, antes de lograrlo, apareció otra cosa, más o menos a un metro de nosotras.

Era roja. Un parchecito rojo suave y fluorescente que proyectaba su brillo a través de una brumosa capa de hielo.

Se movía.

Debería mencionar aquí que el movimiento autónomo detectable a simple vista humana no es un indicador conclusivo de vida. Una roca que se desliza por una montaña no está viva. Un río no está vivo. Por otro lado, el liquen está muy vivo, igual que las algas de un estanque y la levadura de la masa del pan, pero jamás los verás levantarse de un salto y salir corriendo (o eso espero). Aun así, si ves que algo va por ahí arrastrándose cuando no hay nada más que se mueva, cualquier científico del mundo haría la misma suposición.

Elena recordó el protocolo antes que yo.

—Cámara —dijo.

Su voz me puso en marcha.

—Cámara —dije, y oí un pequeño clic en mi casco cuando el equipo de grabación de a bordo empezó a funcionar.

—Hay una luz en el hielo delante de nosotras —dijo ella, hablando con compostura académica—. La descubrimos unos segundos antes de empezar a grabar. No sabemos bien cuánto tiempo lleva ahí. La ingeniera de vuelo O’Neill y yo nos estamos acercando con precaución para examinarla mejor.

El hielo nos crujía bajo los pies. El pulso se me aceleró mientras el cerebro procuraba serme útil proporcionándome imágenes de rapes y luciérnagas que atraen a los hipnotizados a un final repleto de dientes. Me imaginaba que el hielo se astillaba, que la superficie sólida se destruía y la boca de un monstruo alienígena salía por ella y nos tragaba enteras mientras gritábamos desesperadas. Sin embargo, Elena avanzaba sin vacilar, así que yo también lo hacía, luciendo su valentía como si fuera la propia.

Sentí alivio (y puede que sorpresa) cuando el hielo no se rompió ni nos tragó

ningún monstruo. Lo que había era luz, más luz, y otra y otra más. Distinguíamos que las fuentes eran brillantes y estoy segura de que, si las hubiéramos visto en agua clara, sus siluetas habrían sido nítidas y precisas. Pero el hielo apagaba un poco la luz, emborronaba los bordes y la dispersaba formando auras brumosas que relucían mucho más allá de la superficie. Nuevos colores se unieron a la fiesta (naranja, rosa) y también nuevas formas. Había criaturas similares a serpientes, criaturas con cuerpo, gusanos, flores y crestas. Algunas se agrupaban en bancos por docenas. Otras viajaban solas. Algunas subían y bajaban. Otras perseguían. La capa de hielo que teníamos debajo era una sinfonía luminiscente, y Elena dejó de narrar para la cámara. Comprendí por qué. Ninguna palabra que pudiéramos decir bastaba para un momento semejante. Imagínate un carnaval de verano detrás de una ventana en invierno. Imagínate la aurora más fabulosa que hayas visto, pero bajo tus pies.

Elena y yo nos reímos. Le cogí la mano. Ella tiró de mí y me rodeó los hombros con un brazo para que apoyara la parte de arriba de mi casco en la de abajo del suyo. Éramos un solo ser, un solo momento, disueltos todos los límites de cuerpo y persona ante la presencia de una euforia compartida. Éramos como niñas, señalando y ahogando jadeos. Se me olvidó por qué había salido Elena al hielo. Al parecer, a ella también.

Oí el suave susurro del compartimento estanco detrás de nosotras, seguido por el ruido metálico de la rampa y pies corriendo. Chikondi (que sin duda había visto la transmisión de nuestras cámaras aparecer en el monitor) corría a toda velocidad hacia nosotras, imparable. Jack salió unos segundos después, corrió unos pasos, se detuvo para recolocarse la bota que se había metido de cualquier manera y siguió corriendo.

Chikondi estaba fuera de sí. El baile de las luces estaba en su momento culminante, y él se volvía hacia uno y otro lado, gritando sin palabras. Respiró hondo y empezó a chillar, cada vez más fuerte:

—¡Organismos… multi… celulares!

Alzó la mirada al cielo y levantó los puños enguantados como si acabara de meter el gol que ganaba un campeonato.

—La hostia —reía Jack. Se llevó las manos al casco—. ¡La hostia! —Nos miró a Elena y a mí—. ¿Todavía estáis grabando?

—Sí —respondió ella—. Cada palabra que dices.

—Ah. Vale. —Jack se acercó a ella y miró directamente a la lente de su cámara —. La hostia.

— oOo —

Chikondi no esperó ni un segundo para enfocar el hielo con su bandada de

cámaras trampa. Durante diez días, las maquinitas grabaron las resplandecientes veladas que se celebraban bajo el agua. Mientras tanto, trabajamos mucho recolectando verduras en el invernadero, haciendo inspecciones de rutina de los sistemas de la Merian y estudiando las imágenes orbitales que los cubesats nos enviaban todos los días. También empezamos a realizar estudios medioambientales, dirigidos por Elena. Estaba en su elemento sobre el mar helado, donde había núcleos de hielo que sacar, temperaturas de viento que medir y raspaduras que derretir en las láminas del microscopio. Trabajaba con concentración absoluta, tan eficiente como siempre.

No dijo nada de Tampico. Los demás decidimos no preguntarle.

Durante esos días fuimos sus técnicos de laboratorio y nos encantó serlo. No hay ningún astronauta que sea un especialista puro, igual que no hay ninguna persona de ciencia que trabaje sola. Para examinar un ecosistema es necesario contar con una comprensión básica de todos sus factores. Una bióloga no puede sacar conclusiones sin saber cómo se mueven los océanos y cómo es el aire. Un meteorólogo no puede estudiar la composición de la atmósfera sin saber qué está respirando en ella. Y yo… puede que sea la ingeniera, pero no solo mis manos son tan hábiles como las de cualquiera con una placa de Petri, sino que, además, eso me ayuda a saber para qué se utilizan mis herramientas. Quiero saber. Si nos encerráramos en nuestras respectivas burbujas de investigación sería como pegarnos un tiro en el pie. Nos beneficia saber lo que están haciendo los demás; incluso a Jack, que se quejaba todos los días sobre la falta de rocas.

—Haría lo que fuera por un puñado de tierra —gemía—. Solo una cucharadita. Una migaja.

Después suspiraba con aire teatral cada vez que diseccionábamos un reluciente núcleo de hielo, pero era todo en broma. Cada vez que entraba algo nuevo en el laboratorio limpio, se le iluminaban los ojos tanto como a los demás.

Al final del primer periodo fotográfico, Chikondi pidió que nos reuniéramos en el laboratorio de datos. Los tres nos sentamos alrededor de la mesa, con las tablets y la atención a punto.

Chikondi estaba sentado junto a la pizarra digital, con las manos llenas de lápices ópticos y el cuerpo a punto de estallar de la emoción.

—Dibujad cualquier cosa que no hayáis visto antes y avisad cuando lo hagáis, para que no acabemos «descubriendo» lo mismo dos veces. Bien, primero, todo tiene que ser algo que no hayamos visto antes, así que empezaremos revisando las imágenes en grupo hasta que empecemos a familiarizarnos con los fenotipos que hay ahí fuera. ¿De acuerdo?

Jack me miró.

—¿Puedes dibujar por mí? Se me da fatal.

—No.

—Elena, ¿puedes…?

La cara de Elena le dejó clara la respuesta, sin lugar a dudas.

—Siempre que les pongas la cantidad de patas correcta y una forma aproximada, va bien —le dijo Chikondi.

—Pero es para la posteridad —replicó Jack, señalando a modo de protesta la pizarra que grabaría digitalmente, archivaría y transmitiría todo lo que escribiéramos en ella—. No quiero que los libros de historia digan: «Este es Jack Vo, explorador, hombre del Renacimiento, pero, por desgracia, una mierda de dibujante».

Elena le lanzó una miradita.

—Te estás portando como un crío.

Jack arrugó la nariz.

—Tú te estás portando como un crío.

Chikondi le dio a Jack el primer lápiz. Después nos los pasó a Elena y a mí, antes de dejar los que quedaban en uno de los bancos del laboratorio.

—¿Por qué has cogido tantos? —le preguntó Elena.

—Bueno, por si uno se rompe. Vamos a estar aquí un buen rato. —Le dio unos toquecitos a su tablet para sincronizarla con la pantalla grande junto a la pizarra y después se acomodó en una de las sillas del laboratorio—. Vale, todo el mundo preparado. Día uno, imagen uno.

Nos inclinamos sobre la pizarra.

Estar de pie, en el hielo, observando aquellas formas de vida en movimiento, había sido hipnotizador. Ver una instantánea de lo mismo (aproximadamente una docena de criaturas brillantes congeladas en el tiempo, por fin lo bastante inmóviles como para diseccionarlas sin derramar su sangre) nos hizo suspirar de anhelo.

Jack se levantó de un salto, olvidadas ya sus inseguridades artísticas ante el canto de sirena de los datos sin procesar.

—Ponle una cuadrícula.

Chikondi pulsó su pantalla y apareció una ordenada red de cuadraditos sobre la imagen. Él también se levantó; no había durado mucho en la silla. Estaba electrificado, como si corrieras peligro de descarga al tocarlo.

—Vale, vale, ah… Primera fila, primera columna…

Jack asintió y empezó a dibujar.

—AAn, ¿no?

Con eso quería decir Análogo Anélido, una de las muchas clasificaciones oficiales de ACA. No es buena idea llamar pez o araña a una criatura alienígena en el contexto de la investigación de campo. Puede que se parezca a un animal de la Tierra y puede que incluso se comporte como un animal de la Tierra, pero no

es lo mismo, y meter todo lo que encontremos aquí dentro de las categorías que tenemos en casa es una trampa peligrosa. Sin embargo, hay que ponerle algún nombre a lo que ves y, como la taxonomía es la típica actividad a largo plazo que es mejor hacer en casa, los equipos de sondeo usamos unos acrónimos sencillos basados en los filos terrícolas para ayudarnos en la clasificación visual hasta que se pueda determinar otra más adecuada. Así que, como no queda muy técnico decir «parece un gusano», decimos Análogo Anélido (por ejemplo, lombriz): AAn. Se puede encontrar ese acrónimo en la misma lista que Análogo Reptil Aviario (ARe), Análogo Anfibio (AA), Análogo Mamífero (AM) y demás, junto al siempre emocionante NF para «Nuevo Filo».

Chikondi se acercó tanto al monitor como para quedarse ciego mientras evaluaba la representación de la criatura del cuadrado superior izquierdo. Se lo pensó un minuto y negó con la cabeza.

—No está segmentada, es lisa. Y compacta. Diría que AC.

Análogo Cnidario, el filo que incluye a los pepinos de mar.

—Espera —dijo Elena para unirse a la fiesta—. Tiene patas.

—¿Dónde? —preguntó Chikondi.

Elena señaló un cuadro distinto de la rejilla.

—Esto es la misma especie, ¿verdad? —Hizo el gesto de tirar del monitor para agrandar la imagen—. Mira, ¿eso no es una pata?

Yo también me levanté para mirar. Todos escudriñamos las masas amorfas diminutas que sobresalían de la grande.

—Cuesta saberlo —dijo Jack.

—Está en movimiento —apunté—. Necesitamos una imagen más clara.

—Os juro que eso es una pata —aseguró Elena—. O una especie de dígito.

—Los cnidarios tienen patas, así que AC seguiría siendo preciso —dijo Chikondi—. Aunque… —Meneó la cabeza, con esa mezcla de perplejidad y frustración a la que aspira todo científico. Hizo zoom y frunció el ceño—. ¿Tiene huesos?

Nos acercamos todavía más a la pantalla, con una sincronía caricaturesca. Miramos, miramos y miramos, y los píxeles parecían perder nitidez cada segundo que pasaba.

—Márcalo como no concluyente hasta que veamos más especímenes —le dijo Chikondi a Jack.

Jack empezó a escribir en la pizarra, bajo el dibujo de su criatura.

Elena observó el trabajo de Jack.

—De verdad que eres una mierda de dibujante.

Él la mandó a la porra con un gesto del dedo mientras escribía con la otra mano AC001 (no conc.).

Y así pasamos dos horas, hasta que gastamos todo el combustible con el que contábamos para discutir sobre categorías. Una colección de bocetos rudimentarios de cuerpos llenaba la pizarra: trece posibles especies nuevas. Trece animales únicos con sus propias vidas e historias. Trece criaturas que ningún otro ser humano había visto antes.

La cámara trampa es una de las invenciones más humanitarias dentro de las herramientas de sondeo ecológico y destaca al emparejarla con su mejor amigo, el software de reconocimiento de imágenes. En los viejos tiempos, los científicos tenían que revisar manualmente todas las imágenes que sacaban de un camino en la jungla o un corredor biológico, etiquetar con cuidado cada archivo indicando si contenía elefantes, osos o cualquier otra presa biológica que buscaran. Se tardaban mil horas y, a menudo, el trabajo era cosa de voluntarios porque nunca había financiación suficiente para pagar a la cantidad de personas necesarias para semejante tarea. El software capaz de hacer ese trabajo mucho más deprisa fue una bendición, y su desarrollo revolucionó el campo. Solo hay un problema con ese enfoque: tienes que enseñarle al software lo que debe buscar. Si se trata de criaturas que nadie ha visto nunca, no puedes hacer eso de primeras. La única forma es a la antigua usanza.

—De acuerdo —dijo Chikondi con energía mientras tocaba su tablet—. Pasamos al día uno, imagen dos.

—¿Cuánto tiempo hay entre una foto y la otra? —preguntó Jack.

—Dos minutos.

Jack suspiró y se crujió el cuello. Yo le di una palmada solidaria en el hombro. Elena esbozó una sonrisa muda y cruzó los brazos, con pinta de estar preparada…, no, deseosa de perder sueño para dedicarlo a esto. Estaba hecha para este trabajo. Como todos nosotros.

— oOo —

Un experto podría tardar días, puede que semanas, en revisar los informes que preparamos en Aecor. Para un lego, nuestros descubrimientos podrían resumirse así:

Encontramos un animal con un método de propulsión desconocido hasta entonces: *Tubuspiscis quesadae*, que parece un calcetín deportivo con los dedos cortados, si ese calcetín estuviera hecho de la carne de una medusa, en vez de tela. Comprime los costados de su cuerpo hueco para propulsarse por el agua y recoge nutrientes con el denso pelaje de filtros que lo recubre por dentro.

No encontramos ningún animal grande en Aecor durante nuestro sondeo. Eso no significa que no existan, pero no encontramos pruebas que lo sustenten. El organismo más grande que vimos fue el *Doliopiscis aecorii*, una especie análoga a

los peces que puede llegar a medir medio metro de largo. Conjeturamos que el difícil entorno acuático de Aecor ha limitado la evolución a criaturas de mayor tamaño.

Descubrimos que la mayor parte de la vida de Aecor es nocturna. Desconocemos qué importancia puede tener esto, dado que se encuentra a gran distancia del sol y bajo una capa de hielo. (Es un rompecabezas que Chikondi sigue intentando resolver y del que no deja de hablar).

Descubrimos enormes alfombras de organismos parecidos a las algas (*Pigertapete aecorii*) que se dejan llevar por las corrientes de convección siguiendo un circuito predecible. Multitud de animales se agarran a estas alfombras como medio, bastante sedentario, de migración.

Gracias a los núcleos de hielo, calculamos que la superficie de Aecor se renueva a un ritmo constante cada seis mil años. Parece que algún tipo de impacto interrumpió ese ciclo hace dos mil años. Determinar los efectos ecológicos de ese suceso exigiría un estudio en profundidad. Según los datos de los satélites, creemos que ese impacto tuvo lugar cerca de la península de Jemison, en el hemisferio sur.

Catalogamos novecientas veintiséis especies de organismos multicelulares, incluidas treinta y dos que clasificamos gustosamente como NF. Además, catalogamos más de trescientas especies de bacterias. No se trata de las cifras definitivas, ni de lejos.

Basándonos en nuestros hallazgos, recomendamos Aecor como futuro emplazamiento para un estudio ecológico especializado a largo plazo.

Me resulta increíble ver todo esto por escrito, porque, en realidad, esos resúmenes tan breves representan cuatro años de la Tierra viviendo en esa lunita. Veréis, la ciencia es aburrida. No me refiero al descubrimiento, ni tampoco al conocimiento. Me refiero a las actividades científicas: el proceso, el procedimiento. La lista que he incluido antes solo se puede escribir gracias a cuatro años de núcleos de hielo, fotografías, registros de viento, mediciones del hielo derretido, bases de datos, discusiones, lanzamientos y aterrizajes, embalaje y desembalaje del laboratorio, lavado de pipetas, amontonado de portaobjetos y descontaminación de guantes y gafas protectoras, siempre de la misma forma, todas y cada una de las veces. Es un trabajo tedioso. Lento. No es para todo el mundo, aunque los resultados finales sí lo son.

A mí, ese trabajo me consolaba, a pesar de la monotonía. La Merian funcionaba tan bien en Aecor que tenía poco que hacer por ella, salvo el mantenimiento estándar. Me pasaba casi todo el tiempo en el laboratorio, ayudando a procesar las muestras de salmuera y a programar el software de reconocimiento de imágenes (que, sí, pudimos empezar a usar al cabo de un año, aproximadamente). Estaba disponible para cualquier tarea en la que se necesitara

otro par de manos.

Recuerdo una noche en concreto, cuando estábamos estacionados en el lugar que apodamos como la Meseta Brumosa. Era tarde y la iluminación interior de la Merian nos envolvía en cálido contraste con la oscuridad absoluta del otro lado de las ventanas. Los géiseres estallaban a una distancia segura, un ramo repartido por una llanura glacial. Siempre había uno en funcionamiento, a veces dos o tres a la vez, y el siseo de su agua hirviendo contra el hielo obstinado era tan fuerte que lo oíamos a través del casco de la nave. Sin embargo, no se trataba de un sonido amenazador. Era el chocar de las olas, el viento soplando, una nana geotérmica. Estaba sola en el laboratorio limpio, pero sabía dónde se encontraban los demás. Elena y Jack estaban en el laboratorio de datos, en medio de una apasionada disputa sobre la naturaleza del núcleo de la luna (y estoy segura de que disfrutaban de cada segundo de aquella discusión). Chikondi estaba en el invernadero, atendiendo con mimo su frondoso cultivo. Y ahí estaba yo, lavando placas de Petri, la tarea más mundana y de novata que pueda imaginarse. Estaba allí, restregando el medio de cultivo más testarudo con la uña enguantada, feliz. Nunca me había sentido tan satisfecha, que yo recuerde. Rodeada de personas a las que quería, segura en un lugar sin el ruido, el jaleo y la parafernalia vacía de la civilización. Allí a nadie le importaba la posición social, ni el dinero, ni quién ostentaba el poder, ni quién besaba o mataba a quién. Solo importaba el agua y las maravillas que vivían en ella. En Aecor solo prestábamos atención a lo correcto. Soy laica, pero aquella luna me parecía un lugar sagrado, un mundo monástico que recompensaba el trabajo arduo y la tenacidad más paciente con el mejor de los regalos: tranquilidad; belleza; comprensión.

—Quiero quedarme aquí —le dije a Elena una noche que estábamos nariz contra nariz en su camarote—. Si nos hubieran enviado aquí solo para esto, me habría bastado.

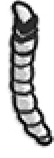
A ella le brillaba la cara, y me imaginé las ondas de luz rebotando de la reflectina de su cara a la reflectina de la mía y vuelta a empezar, en una reciprocidad infinita.

—Hmmm —respondió. Se lo pensó un momento, mientras me acariciaba la mejilla con el pulgar. Algo cambió en su interior y sonrió—. Pero piensa en lo que nos toca hacer después.





MIRABILIS





Ya no tenía purpurina en la piel, pero algo nuevo había echado raíces bajo ella. Recordad: el cuerpo humano evolucionó para acostumbrarse a la gravedad de la Tierra, solo a ella, y su estructura interna se ha adaptado a ese propósito específico. De igual modo que pasar demasiado tiempo en microgravedad puede causar problemas si no se cuenta con los suplementos correctos, lo contrario también produce el mismo efecto. Mirabilis es lo que llamamos una «supertierra», es decir, un gigante rocoso que casi dobla en tamaño a nuestro planeta. En la superficie, mi cuerpo pesaría el doble (aunque mi masa no se doblaría). Lo mismo ocurriría con el peso de todo lo que tuviera que levantar: cajas, herramientas, cepillos de dientes o la ropa que llevo puesta. Aun estando en la mejor forma posible, ese esfuerzo me minaría si no contara con ayuda. Desgarros, fracturas y lesiones por sobrecarga en abundancia, junto con la probabilidad muy real y aterradora de que mi sistema circulatorio acabara por rendirse, cansado por la laboriosa tarea de empujar la sangre hacia el cerebro. Lo que no sería demasiado propicio para el éxito de la misión.

Así que, para Mirabilis, había recibido un extra de fibra muscular. Un buen montón de fibra muscular.

Soy muy consciente de que los *Homo sapiens* somos grandes simios. Aunque la secuenciación genética no lo hubiera demostrado ya hace mucho, resulta evidente en todos los aspectos, desde las manos prensiles hasta nuestras extremidades larguiruchas, pasando por los cráneos gordos y omnívoros. Se cuenta la anécdota de que la reina Victoria visitó el zoo de Londres y se sintió asqueada por el claro parecido familiar con un orangután (su veredicto fue que era «humano hasta extremos terribles, dolorosos y desagradables»). Pero estoy segura de que, después de eso, regresó a su palacio dorado lleno de té, cuadros y demás, asegurándose así todos los grados de separación con los que la había bendecido el Señor. Todavía en la actualidad, aunque ya vemos a nuestros primos del bosque con mucho más afecto y respeto, nos gusta pensar que las diferencias entre nosotros son inconmensurables. Al fin y al cabo, nosotros nos vestimos, construimos casas y hablamos sin parar de la inteligencia que nos permite comprender que somos simios, ¿no?

Cuando observé el cuerpo que me había dado ACA para Mirabilis, la verdadera diferencia estaba clara: los seres humanos son los desechos de la camada simia. Somos esmirriados. Somos enfermizos. Habría que ganar campeonatos de halterofilia para acercarse mínimamente a la fuerza que posee el gorila más débil. Puede que hayáis visto un simio en el zoo, un chimpancé, por ejemplo, y, mientras trepan por cuerdas de dos plantas como si se pasearan por el parque, os hayáis fijado en que están cachas hasta niveles ridículos.

Creedme cuando os digo que no puedes ni empezar a comprender ese nivel de musculación hasta que lo notas en tu cuerpo.

Había estado en 2 *g* innumerables veces, durante periodos breves: lanzamientos, aterrizajes, giros bruscos en aviones de entrenamiento. Es como si te estrujaran, una presión. Como estar bajo el agua, pero sin la ventaja de la flotabilidad. También sentía eso en Mirabilis, aunque, gracias a la somaformación, podía funcionar con ello. Seguro que has oído la frase «la supervivencia del más apto». Normalmente se usa mal, partiendo de la interpretación errónea de que «apto» se refiere a «físicamente adecuado», lo que implica unos valores despiadados. El más fuerte gana la partida. Pero eso no es lo que Darwin quería decir, en absoluto. Se refería al más apto, a que las criaturas más preparadas para (o más adecuadas para) un entorno concreto son las que tienen mayor probabilidad de tener descendencia a la que pasar sus genes. Un perezoso es más apto para una vida lenta en las ramas. Un gusano es apto para masticar las hojas podridas en una oscuridad húmeda. Una garrapata es apta para esperar con suma paciencia en una brizna de hierba hasta que aparezca un viandante sanguíneo del que beber.

Por la misma razón, yo era apta para la vida en Mirabilis. Que también fuera apta físicamente no era más que una agradable sincronía (por no mencionar novedad) en mi caso. Sé lo que es ser lista. Sé lo que es ser creativa. Nunca antes me había sentido fuerte hasta ese punto. Mi cuerpo era poderoso. Mis extremidades, fornidas. Mi corazón, más denso, palpitaba con energía, con un latido intenso y robusto. Mis huesos también se habían modificado para la misión y estaban lo bastante fuertes como para ofrecer una estructura más fiable. No era ni una semidiosa ni un héroe de cuento. Era solo yo, salvo que reforzada.

Estaba deseando saber lo que podía hacer con eso.

— oOo —

Quiero que os imaginéis a las siguientes criaturas: un murciélago, un pájaro y una abeja. Sobre todo, imaginaos sus alas. Todas esas extremidades sirven al mismo propósito, pero, en términos estructurales, son muy distintas. Por simplificar, sus alas no tienen ninguna relación entre sí. En biología, eso se llama

«evolución convergente»: dos o más especies desarrollan de manera independiente rasgos similares que no se encontraban en su antepasado común más reciente. Los murciélagos y las abejas pueden volar, pero eso no significa que sean primos. Esas criaturas no son distintas ramas que partieron de un bisabuelo volador. El linaje de los murciélagos es terrestre, y dejaron su familia, similar a los roedores, en el suelo hace cincuenta millones de años. Por otro lado, las abejas forman parte de una línea muy antigua de insectos voladores que data del periodo Carbonífero, hace más de trescientos millones de años. Unos caminos evolutivos divergentes a más no poder dieron lugar a los mismos medios de locomoción esenciales.

Es un concepto que me parece precioso.

En la Tierra, el término *invertebrado* (cualquier cosa sin columna vertebral) abarca una variedad asombrosa de cuerpos: las arañas, las liebres de mar, los milpiés, las sepias, las libélulas y las almejas entran dentro de esta categoría. En comparación, los vertebrados (las serpientes, las cebras, los cóndores, tú y yo) son de un tedioso parecido bajo la piel. La columna evolucionó una única vez en la historia de la Tierra y todos los seres con esqueleto tienen su origen en la misma raíz. Seguimos un patrón básico: una disposición bilateral del cráneo, costillas y pelvis, típicamente acompañada de cuatro extremidades. Tenemos dos ojos, una boca y un cerebro. La estructura interna de nuestras extremidades también es predecible: un hueso superior más grande, dos huesos inferiores paralelos, y muchos huesecillos que forman la muñeca o el tobillo y los dígitos. Todos partimos del mismo esquema.

En Mirabilis no es así. No estuvimos el tiempo suficiente para hacer un estudio evolutivo completo, pero, en cuanto tocamos tierra, nos resultó evidente que la vida en ese mundo había seguido una trayectoria muy distinta. Solo a través de la observación (y con la montaña de advertencias que eso implica), planteamos la hipótesis de que, en Mirabilis, las estructuras similares a la columna vertebral evolucionaron de manera independiente al menos tres veces.

Como progenie de la Tierra, es imposible predecir la conmoción que supone meterte en un escenario repleto de vertebrados con distintas plantillas esqueléticas. Creemos saber lo que es la diversidad biológica. Imaginaos que estáis en plena naturaleza, digamos que en un prado ribereño de un bosque norteamericano. Digamos también que es finales de primavera y que tenéis mucha suerte con los animales que se cruzan ese día en vuestro camino. Sería lo más normal del mundo maravillarse con la variedad que se presenta: alces, osos, ardillas, halcones, salmones, salamandras, mapaches, pavos e incluso un lince. No hay dos iguales. Animales con diferencias físicas tan radicales y evidentes que son una de las primeras cosas que enseñamos a los niños.

Aun así, todas esas criaturas tienen dos ojos, una boca, extremidades con dígitos y demás. Son, en esencia, el mismo.

Jack ganó la tirada de dados en Mirabilis. Fue una suerte que no contáramos con cobertura de vídeo en directo, como en las misiones de Apollo y Eridania, porque las palabras para la posteridad que brotaron del especialista de misión Jack Vo al convertirse en el primer ser humano en pisar el nuevo planeta fueron: «¿Qué coño es eso?».

No incluimos esa parte del audio en nuestro informe oficial.

Lo peor es que no sé decir a qué «coño» se refería Jack, puesto que todo lo que teníamos delante evocaba la misma pregunta. Me cuesta explicar lo que vimos al bajar la escalera, unas horas después de aterrizar (tuvimos que darles a los residentes locales algo de tiempo para calmarse y, quizá, olvidarse del objeto ruidoso y amenazador que había bajado del cielo). Todas las palabras de mi vocabulario usan algo de la Tierra como punto de referencia, y Mirabilis supone un reto para todas ellas.

Para empezar, la cubierta vegetal. Si quiero ser una buena científica, no debería decir que aterrizamos en una pradera, porque lo que pisábamos no estaba hecho de hojas similares a briznas que brotaran de tallos, sino que se trataba de tallos en espiral y bastante flexibles que nos llegaban a la rodilla formando un apretado tirabuzón (*Spirasurculus oneillae*). Después descubrimos que esos autótrofos (organismos que no necesitan consumir una fuente viva de energía, a diferencia de los animales) no hacen la fotosíntesis. Hacen la quimiosíntesis, como las criaturas que se encuentran pegadas a los respiraderos oceánicos de la Tierra. Los *Spirasurculus* chupan la energía y los nutrientes que necesitan del agua subterránea que tienen debajo. Crecen hacia arriba no para alcanzar el sol, sino para proporcionar campo de aterrizaje a una criatura voladora diminuta a la que llamamos *Murmurus voii*, con la que mantienen una relación simbiótica. Sin embargo, de nuevo, si dijera que aterrizamos en un «campo de plantas rizadas», os estaría llevando por mal camino, ya que los *Spirasurculus* no son plantas. Aunque *planta* es la mejor palabra con la que cuento para dibujaros una imagen mental. Los *Spirasurculus* no os dirían nada si no os los hubiera explicado, ni tampoco os diría nada el inaccesible descriptor académico *quimioautótrofo monocotoloide*. Si me tuviera que detener a explicar lo que significa en realidad cada palabra, la mayoría desconectaríais antes de que terminara de describir la escena.

Así que, por el momento, vamos a sacrificar la precisión en aras del impresionismo: aterrizamos en una «pradera» alienígena rodeada de «árboles» larguiruchos tocados de «hojas» negras; negras, como todos los análogos de vegetales en Mirabilis, para poder absorber al máximo la sutil luz. Las colinas, onduladas como almohadas, tan redondeadas que casi parecían líquidas. El cielo era naranja pálido, una estética que solo sé describir como de «crepúsculo brillante», a pesar de ser mediodía. Al estar tan cerca de la órbita de Mirabilis, el sol se veía enorme en el cielo, aunque no cegador. Otros cuerpos orbitales lo

ornamentaban: unas cuantas de las diecisiete lunas de Mirabilis, además de sus planetas hermanos, Opera y Votum, que nos esperaban pacientemente. Habíamos aterrizado en verano, tan agradable y tranquilo. Había nubes, como un añadido de última hora. También corría la brisa, pero apenas. Para nuestra sensibilidad humana, era un día perfecto.

Las criaturas parecían estar de acuerdo.

Primero, me fijé en su fuerza. Todo en Mirabilis era robusto, enérgico, diseñado para la pesada gravedad y el sol fresco. La imponente musculatura de aquella casa de fieras me llamó la atención de inmediato. Mi fuerza suplementada era como una copia barata al compararla con el artículo genuino.

A continuación, me fijé en las extremidades, de las que Mirabilis tiene tres fenotipos principales. Primero, las parejas de tres: gigantes moteados que avanzaban a paso lento con seis patas como columnas y unos labios con solapas que se plegaban en cuatro direcciones para tragarse enteras las copas de los árboles. Herbívoros de cara arrugada con dos pares de patas de puntillas para locomoción, más dos intimidantes brazos con forma de guadaña (usados, sobre todo, para algo tan poco amenazador como el equivalente alienígena de segar el trigo). Bandadas sociales de criaturas voladoras cubiertas de zarcillos, del tamaño de una mofeta, sostenidas en alto por seis alas que se plegaban hacia atrás con suma eficiencia siempre que bajaban para serpentear por el agua estancada.

Después estaban los pares de siete (¡siete!): un trepador arbóreo de pies ágiles con un pelaje largo y sedoso, y un rostro como el del fantasma de un galgo, arrebatador por su extrañeza e impactante por su belleza. Un grupito de carroñeros de hocico dividido, similares a cerdos, estaban en plena riña por un arbusto cargado de frutos. Un ser solitario de piel suave que no tiene ningún equivalente terrestre, al que todos evitaban o gritaban. Temblaba entre las sombras y observaba a los cuerpos porcinos con intensidad, aunque sin amagar ningún movimiento. No abrió la boca mientras estuvimos allí, pero yo temía lo que escondiera dentro.

Y, por último, los pares únicos, que, inesperadamente, resultaron ser los más inquietantes de todos. La bipedestación no es un rasgo habitual en el planeta Tierra y solemos asociarlo con nosotros (y, por tanto, considerarlo un indicador infundado de inteligencia) o con los pájaros, cuyo físico es tan distinto al nuestro en todos los demás aspectos que a menudo nos olvidamos de que ambos caminamos más o menos de la misma forma. Sin embargo, aunque los pájaros no tengan brazos, siguen teniendo cuatro extremidades. Cuando observas el esqueleto de las alas de un pájaro, ves los hombros, las muñecas, las falanges. Entiendes que la plantilla es la misma que la nuestra. No ocurre así con las tres criaturas bípedas que descubrimos en la primera zona de aterrizaje de Mirabilis. Tenían patas unidas a un torso corto que, a su vez, se unía (sin nada ni medio similar a un cuello) a algo parecido a una cabeza, salvo que no contaba con más

orificios que un tubo de succión. Un tupido flequillo de antenas peludas era lo único que lo guiaba hacia las plantas que drenaba con aire distraído, trastabillando torpemente de un alimento al siguiente de un modo que parecía un insulto mordaz a cualquiera que alguna vez hubiera supuesto que «dos patas» significaba «listo».

Sabíamos de antemano que había vida en Mirabilis. Era de lo poco que dejaban claro los datos atmosféricos recogidos por ACA. Aunque no nos imaginábamos que dicha vida tendría ese aspecto. Fue un premio gordo, una ofrenda de una riqueza tan absurda que era casi como si el planeta nos gastara una broma. ¿Habéis visto esos cuadros de dinosaurios del siglo XIX en los que el artista metía todas las especies conocidas del Jurásico en la misma orilla abarrotada del río? Eso teníamos ante nosotros, salvo que la paleta del artista carecía de azul y verde, y que todo lo que creíamos saber sobre la evolución de los vertebrados había salido volando por la ventana.

—¡Cámara! —ordenamos todos, casi al unísono.

Elena parecía voraz. Jack no dejaba de mascullar «hala» una y otra vez, enfatizándolo de vez en cuando con palabrotas reflexivas. Chikondi lloraba en silencio. Pero yo no puedo decir qué sentía exactamente en ese momento, igual que no puedo llamar con propiedad hierba al *Spirasurculus*. Como astronauta, entiendes el concepto de ir a otro mundo, de que vas a ver vida alienígena. Sin embargo, aunque lo sabes, nada te prepara para ello. Es como ir al zoo y ver un animal del que nunca has oído hablar. Es como ver el vídeo de una medusa de las profundidades del mar cuya forma amenaza con volverte loca. Es el valle inquietante, repleto de aliento y sangre. Ese primer instante en Mirabilis me devolvió a la infancia; no gozosa, como en Aecor con nuestros nadadores relucientes, sino apabullante. Como volver a ser una niña pequeña que, rodeada de las rodillas y el ruido de los adultos, tiene que aprender desde cero cómo es el mundo.

Dicho lo cual, el gozo no tardó en hacer su aparición.

— oOo —

—He descargado las noticias, así que cuando estéis listos.

Si Chikondi se había enterado, no lo demostró. Sus cámaras trampa llevaban unas cuantas horas trabajando, pero no podía esperar. Estaba en el laboratorio de datos, repasando fotograma a fotograma las grabaciones de su casco tomadas después del aterrizaje; las reproducía un poco, pausaba el vídeo, dibujaba lo que veía y vuelta a empezar. Era una forma muy tediosa de revisar el material, pero no le importaba en absoluto. Dibujaba con frenesí, garabateaba extremidades y notas con tal energía que su letra, que solía ser muy ordenadita, resultaba casi

ilegible.

—Eh, Chikondi —le dije.

Levantó la vista por fin, sorprendido. Ni siquiera me había oído entrar.

—¿Quieres ver las noticias?

—Ah. Um. —Parpadeó, desconcertado. Se lo pensó un momento y después señalo el monitor de vídeo—. ¿Puedo…?

Asentí sin problema.

—-Sí, claro. No hay prisa. Sigue con lo tuyo.

Se zambulló de nuevo y siguió dibujando con entusiasmo.

Fui a buscar a los demás. Elena estaba en la sala de control, trasteando con un termómetro digital. Toda la mesa estaba llena de equipo meteorológico alineado en filas ordenadas.

—¿Le pasa algo? —pregunté, lista para ir a por la caja de herramientas.

Ella no levantó la mirada, pero me había oído.

—No, no. Solo estaba asegurándome de que todo funciona para mañana.

—Ya he ejecutado los diagnósticos.

—Lo sé —respondió Elena—. Solo lo comprobaba de nuevo.

Siguió clasificando.

La conocía lo suficiente para no tomármelo como un insulto, aunque me escoció de todos modos.

—¿Quieres ver las noticias?

Ni siquiera necesitó un momento para pensárselo. Negó con la cabeza.

—Las veré después.

Levantó la vista y esbozó una breve sonrisa, una de esas que dicen «no me estás molestando y te aprecio, pero déjame en paz para que pueda trabajar». Y eso hice.

No me costó encontrar a Jack. Lo oía resoplar por el pasillo, dándole fuerte al equipamiento del gimnasio.

—Hola —dijo con un jadeo. Tenía las mejillas ardiendo y le corrían ríos de sudor por las sienes—. No veas cómo jode esto con 2 *g*.

Sonreía al decirlo; le encantaba el reto.

—Ya lo veo. —Observé cómo se movía adelante y atrás en la máquina de remo; el cuero cabelludo recién afeitado lanzaba gotitas de sudor por todas partes—. Eres consciente de que tenemos mucho trabajo de campo por delante, ¿no?

—Sí.

Una repetición.

—Y que tendremos que caminar.

—Sí.

Otra repetición.

Hice una pausa para que reconociera que un día de trabajo normal le daría todo el ejercicio que necesitaba. Pero no funcionó. Me encogí de hombros.

—He descargado las noticias.

—Vale.

Dos repeticiones. Tres repeticiones. Cuatro.

—¿Quieres verlas?

Cinco. Seis. Siete. Ocho. Se detuvo, jadeando con ganas, y fue a coger su botella de agua.

—Nah —respondió.

—¿No quieres verlas… nunca?

—Por lo menos, no ahora mismo.

—¿Por qué?

Le dio un trago al agua y se limpió la frente con la camiseta.

—Hoy he visto cosas que jamás había imaginado. Que jamás podría haber imaginado. En Aecor estábamos bien, pero esto… —Se le notaba el asombro en los ojos, era un niño en pleno sueño—. Vamos, que, joder…

Se rio. Las palabras se quedaban cortas.

—Lo sé —respondí; y era cierto, lo sabía de verdad—. Pero las noticias…

—No importan —dijo sin más.

Fruncí el ceño.

—Claro que importan.

—¿Por qué? —preguntó él—. Tienen un desfase de una década. No nos afectan y no hay nada que podamos hacer para cambiar lo que haya pasado. Sabemos cuál es nuestra misión. Sabemos cómo hacer nuestro trabajo. ¿Por qué distraernos? Sobre todo cuando la distracción es una mierda.

—Pero tenemos… Tienen… —No estaba de acuerdo con él, pero me sentía en terreno pantanoso—. Las noticias es lo que les está pasando a las personas que nos enviaron aquí. Debería importarnos.

—Por supuesto que nos importa. No estaríamos haciendo esto si no nos importara. Pero este trabajo es nuestra forma de contribuir. Mira, cada vez que ponemos las noticias, el aire se queda cargado unos cuantos días. O más. Nos carcome. ¿Por qué estamos dejando que algo que está a millones de kilómetros y catorce años de distancia fastidie nuestra concentración en lo que nos han enviado a hacer? —Se terminó el agua—. Si hay algo importante, nos llegará una actualización de la misión. Pero las noticias… Vamos a ver, ¿cómo me ayuda saber que algún cabrón del que no he oído hablar nunca está dirigiendo un golpe de Estado o lo que sea? No me ayuda. Para demostrar que nos importa hacemos un buen trabajo. Porque cuando nos llegan, las noticias ya son historia. No

necesitamos saber cada estupidez política que vaya a ocurrir en las próximas décadas para poder adaptarnos cuando volvamos. En la Tierra nadie está tan al día. ¿Por qué tenemos que estarlo nosotros?

No supe qué responder. Había algo en su discurso que no me encajaba, pero no lograba encontrar ninguna razón. En realidad, yo tampoco quería ver las noticias. Quizá Jack estuviera en lo cierto: ¿por qué llenarme la cabeza de algo que no podía cambiar? ¿Qué más nos daba que hubiera una guerra en nuestro planeta? ¿Qué más nos daba la economía? ¿Qué más les daba a las criaturas de fuera? ¿A las plantas en espiral? A mi alrededor no cambiaba nada si decidía no ver las noticias, pero sí dentro de mí. Pensé en mi tripulación, en que, en aquel momento, cada uno de sus miembros estaba haciendo lo que quería hacer. Me parecía una opción mucho más cuerda. Seguía sin estar convencida, pero asentí.

Jack sonrió, se levantó y me besó en la mejilla.

—Me voy a duchar.

—Sí, por favor —respondí, arrugando la nariz.

Me miró con aire engreído, como diciendo que sabía que estaba hecho un desastre y que sabía también algo más.

—¿Quieres venir conmigo?

Sí que quería.

Ese día, nadie vio las noticias.

Nos pasamos cuatro años sin verlas.

— oOo —

En un principio pensé que nuestro tiempo en Mirabilis se nos haría largo, que se arrastraría junto con nuestros cuerpos, lastrado por la gravedad. Pero mis recuerdos de ese mundo son borrosos… No, esa no es la palabra correcta. Lo recuerdo todo con nitidez. Es más bien como un folioscopio. Mil imágenes que pasan a toda velocidad delante de mis ojos, tan deprisa que tienen vida propia.

Imágenes como despertar en el laboratorio de datos, con las marcas de las mangas grabadas en la mejilla y el cuello crujiéndome al levantar la cabeza de la mesa, con Chikondi dormido dos sillas más allá, debajo de una pizarra rebosante de complejos pensamientos sobre patas, pulmones y estructuras tróficas. Le colgaban los auriculares del cuello y a mí me llegaba el sonido enlatado de la música. Pensé en despertarlo, pero sabía que tampoco había dormido la noche anterior. Era un fénix tras haber ardido hasta las cenizas, descansando hasta que llegara la siguiente chispa. Le apagué los auriculares, lo tapé con mi chaqueta y salí de puntillas.

Como seguir a Elena al amanecer para recoger agua de los atrapanieblas a la

orilla del Al-Ijliya. Un animal había roto la red por un lado al chupar con demasiadas ansias la sal condensada. Aquel daño inesperado la frustraba; lo arreglé en el acto. Al regresar a casa, me dijo que echaba de menos mi pelo largo y poder tirarme de él; después me dejó con esa idea en la cabeza y desapareció detrás de un microscopio durante el resto del día. Esa noche me quedé dormida con ella cubriéndome la espalda como un caparazón protector. Yo sabía que seguía meditando sobre los frágiles elementos que viven en las nubes, y eso hizo que me apretara más contra ella.

Como Jack metiéndome los dedos enguantados en el cinturón de herramientas y tirando de mí para sacarme de la cámara estanca; yo atrapando al vuelo la pala que me lanzaba; los dos cavando, cavando y cavando hasta donde la tierra viva se transformaba en arcilla resbaladiza que nos lloraba, cálida y mojada, al apretarla entre las manos. El agua empezó a rodearnos los pies y volvimos a trepar hacia el sol con nuestras muestras, para después retarnos a ver quién podía transportarlas más deprisa en nuestros fornidos brazos. Empatamos. Reímos.

Como Chikondi despertándome después de la medianoche con una disculpa y una sonrisa, además de la noticia de que, por fin, por fin, había descubierto dónde ponía sus huevos el *Comusporcus dakaii*.

Como Elena de pie, recortada contra un atardecer, observando a los cazadores deslizarse por las columnas térmicas y dejarse caer vertiginosamente para perseguir a sus presas voladoras.

Como Jack silbando a lomos de un canto rodado para desenterrar un cráneo empotrado en él, limpiando sus cavidades oculares fosilizadas con un palillo de dientes.

Como la primera hora de la mañana, la última hora de la noche, las siestas fallidas, los sueños disparatados, las peleas, las epifanías, las respuestas a gritos, las preguntas emocionadas, las manos que dolían de trabajar, los ojos que ardían de permanecer abiertos, los moratones que me hacían sonreír, los pensamientos que corrían y nunca frenaban.

La gente dice cosas como «con haber encontrado una sola especie, habríamos tenido suficiente». Yo misma dije algo muy parecido en Aecor. Pero, en Mirabilis, nada era suficiente. Cada descubrimiento, cada hora pasada en las sábanas de otra persona, cada conversación, colaboración y paisaje nuevos, nos hacían desear más, más y más. En aquel mundo, estábamos vivos. Éramos reyes sin enemigos, niños al margen del tiempo.

Como estudiantes del universo que somos, deberíamos haberlo imaginado. No se puede escapar a la entropía.

— oOo —

Para comprender lo que sucedió, primero hay que entender el protocolo de descontaminación necesario para volver a meter en la Merian el equipo usado fuera.

Primer paso: Retirar todo el equipo del campo. Comprobarlo meticulosamente para asegurarnos de no dejar nada atrás.

Segundo paso: Limpiar polvo, tierra, materia orgánica o cualquier contaminante visible usando el kit de limpieza. En el kit hay un arsenal de herramientas para cualquier clase de limpieza, desde un soplador de aire concentrado a peróxido de hidrógeno, pasando por una lámpara UV portátil.

Tercer paso: Cerrar bien todas las cajas, cajones y demás contenedores de almacenamiento.

Cuarto paso: Entrar en la cámara estanca con el equipo. Orientar todos los contenedores de modo que el lateral A esté hacia arriba. Activar el sistema de plasma frío de la cámara para esterilizar el exterior de los contenedores, además del exterior del traje AEVT.

Quinto paso: Después de completar el primer ciclo de esterilización, orientar todos los contenedores de modo que el lateral B esté hacia arriba. Activar el sistema de plasma frío. Durante este ciclo, sentarse en el suelo para dejar expuestas las suelas de las botas.

Sexto paso: Abrir todos los contenedores. Activar el sistema de plasma frío para esterilizar el equipo y el interior de los contenedores.

Séptimo paso: Si se ha descubierto algún contaminante visible durante este procedimiento, limpiar y esterilizar de nuevo el equipo. Colocar los contaminantes recogidos en la cámara de incineración.

Octavo paso: Cerrar bien todos los contenedores. Entrar en la nave.

Este proceso es una pesadez interminable, pero resulta vital. No se puede permitir la entrada de nada que se haya originado fuera.

Los cuatro estábamos presentes en la bodega de carga esa tarde, nuestro último día en Mirabilis. Yo estaba haciendo inventario de las pilas de almacenaje para asegurarme de que todas y cada una de las cajas y correas estaban donde debían estar. Jack y Elena traían las últimas piezas del equipo del laboratorio limpio (que también cuenta con su propia cámara estanca y su cámara de plasma). Chikondi estaba en la cámara estanca de la «puerta principal», colocando sus cámaras trampa en una carretilla después del último ciclo de esterilización. A través de la ventana grande, vi los restos del plasma a su alrededor, una niebla morada luminosa que se retiraba hacia los conductos de ventilación de la pared.

Jack me pasó una caja de herramientas de laboratorio y yo la guardé en su sitio. Llevábamos varias horas así y, a pesar de la fuerza aumentada, empezaban a protestarme los brazos y las piernas.

—¿Alguien quiere pedir una pizza cuando terminemos? —pregunté.

Elena sonrió con guasa mientras seguía apilando.

—¿Y cerveza?

—Por supuesto —respondió Jack—. ¿Quién se come la pizza sin cerveza?

Taché sus artículos de la lista en mi tablet.

—¿Con aceitunas y champiñones?

Elena hizo una mueca.

—Odio los champiñones —dijo.

—¿En serio?

—Sí.

No me había fijado nunca, pero, en fin, llevábamos más tiempo comiendo juntas ensalada de la nave que comida normal en la Tierra.

—¿Jack? —pregunté.

Jack se encogió de hombros mientras levantaba otra caja.

—No soy muy de hongos, pero me los como.

—Hmmm. —Y me volví hacia Chikondi, que salía de la cámara estanca con la carretilla detrás—. ¿Nos ofreces tu opinión sobre el debate de los champiñones de 2162?

—No están mal, pero ¿por qué en la pizza? —respondió—. Prefiero limitarme a los clásicos: queso, salsa, pepperoni… ¿Por qué cambiar si…?

Sus palabras cesaron cuando una de sus cajas cayó al suelo.

Jack y Elena se volvieron hacia él. Fruncí el ceño; Chikondi también. El objeto errante del suelo no había caído de lo alto de la pila, sino que se había desencajado de una fila central. Solo tuvimos un par de segundos para asimilar esa información antes de que la caja brincara sola varios centímetros hacia la derecha.

Chikondi retrocedió de un salto.

—Coño —dijo Jack.

La caja se movió de nuevo. Siguió moviéndose, temblando de un lado a otro sin una dirección clara.

Elena se tapó la boca con una mano.

Chikondi respiró hondo una vez, dos, tres. Despacio, avanzó unos centímetros y alargó un brazo vacilante manteniéndolo lo más lejos posible del cuerpo. Si el origen del movimiento era una máquina estropeada que de repente se activaba sola (quizá uno de los ejes giratorios de una cámara trampa), seguiría moviéndose si Chikondi la tocaba. Le zumbaría en la mano, saldría con un estruendo caótico cuando abriera la caja y, quizá, nos dejaría con un par de tiritas y una historia graciosa que podríamos contar en las conferencias que diéramos más adelante, sobre un aparato roto que nos había provocado un ataque al corazón.

Pero los dedos tocaron metal y la caja se quedó quieta.

No había nada en el mundo que Chikondi deseara menos que recoger esa caja. Se le veía en la cara, claro como el agua. Sin embargo, se agachó. La recogió. Se oyó un fuerte ajetreo dentro al hacerlo.

—Ay, Dios —gimió.

Elena llegó antes que yo al panel de emergencia. Estampó la mano contra el gran botón rojo que ponía «Contención». Las puertas de los módulos y de las cubiertas superiores se cerraron al instante. Los filtros de aire se sellaron y dejaron de sacar aire de la bodega de carga.

—¡Cámara estanca! —gritó.

Chikondi corrió de vuelta a la cámara con la caja, como si estuviera en llamas y allí lo esperase un cubo de agua. El resto corrimos a la ventana y vimos a Chikondi agacharse con la caja para correr el cierre. Abrió la tapa y se alejó a toda pastilla.

Me pegué a la puerta todo lo que pude para verlo bien. No había problema en que el cristal se empañara porque, en aquel momento, contenía la respiración.

Algo del tamaño de un calcetín salió de un salto de la caja y se alejó de Chikondi. Después corrió al otro extremo de la cámara estanca, de un lado a otro, intentando encontrar la salida. Sus movimientos eran frenéticos, pero, poco a poco, conseguí procesar su forma. Seis patas rechonchas. Un delicado rabo peludo y dividido. Una cabeza de cara plana en lo alto de un cuerpo serpentino. Unas púas suaves y frágiles le engalanaban el lomo, y el pelaje blanco de los costados estaba salpicado de un asombroso surtido de puntos de colores. Una especie de agallas le rodeaban la boca apretada y, usándolas, vocalizaba un gorjeo lastimero mientras intentaba escapar.

Habíamos catalogado casi diez mil especies macroscópicas durante nuestros cuatro años en Mirabilis. Nunca habíamos visto nada ni remotamente parecido a aquello.

—No lo sé —dijo Chikondi para responder la pregunta que nadie planteaba en voz alta—. No… no sé cómo… Lo he comprobado. He comprobado las cajas después de coger las cámaras. Siempre compruebo…

—¿Le has dado la espalda a una caja abierta? —preguntó Elena.

—No.

—Tienes que haberlo hecho —insistió ella.

—Bueno… No recuerdo haberlo hecho…

—¿Cómo no lo has visto durante la descontaminación? —Elena abrió mucho los ojos—. ¿Es que no has pasado el plasma por el interior?

—¡Claro que sí!

—Lo ha hecho —intervine—. Lo he visto. Tres ciclos.

—Entonces, ¿cómo se le ha escapado eso? —dijo Elena.

—Puede… —Me devané los sesos en busca de una respuesta—. Puede que… Chikondi, ¿ves el interior de la caja?

Chikondi probó a moverse hacia la caja y, por tanto, hacia el animal, pero no tenía nada que temer de la criatura. El animal le tenía más miedo a él. Gimió y corrió al otro extremo de la cámara estanca. Los dos estaban jadeando cuando Chikondi miró en la caja. Dejó caer la cabeza. Levantó la caja para enseñarnos el punto en el que el revestimiento de espuma había empezado a pelarse del lateral, creando un bolsillito. No era gran cosa, pero una criatura veloz y flexible podría sentir curiosidad por un espacio tan acogedor.

Chikondi parecía macilento.

—Creía… Tengo que haber… Habría jurado…

Elena se restregó la cara y le dio la espalda.

—Por eso existe el protocolo.

—Venga, Elena —le soltó Jack—. Mira lo deprisa que va esa puñetera cosa. —Se volvió hacia Chikondi—. Podría haberle pasado a cualquiera.

El animal estaba ya en pleno ataque de pánico, rascando con fútil frenesí la unión de la pared.

Chikondi se sentó en el suelo y extendió la palma de la mano.

—Chisss —le dijo al animal—. Chisss, chisss, no pasa nada, no pasa nada.

Elena se fue a buscar algo.

—Estaba en la caja —dijo Jack—. Se quedó dentro de la caja. No la ha abierto en la bodega de carga, no ha respirado nuestro aire…

Cerré los ojos. Sabía adónde quería ir a parar. Yo también quería ir al mismo sitio.

—Las cajas no son estancas —le recordé—. No son contenedores de especímenes, sino almacenaje…

—Ha estado aquí medio minuto, como mucho.

—Y ahora está en una cámara estanca llena de nuestro aire —repuse.

—Además, ha pasado por los ciclos de plasma —añadió Elena, que regresaba a la puerta con algo en la mano.

—Mierda —dijo Jack, cerrando los ojos.

Todos sabíamos lo que significaba. Un ciclo de plasma de la cámara estanca no es como un tratamiento de plasma médico, donde se dirige una dosis pequeña a una zona de piel infectada. Esto era para todo el cuerpo, una exposición alta que no estaba diseñada para tejido vivo. Además de erradicar cualquier bacteria dérmica simbiótica que el animal necesitara para seguir vivo en su bioma natural, no se podía saber qué efectos secundarios sufriría, ni qué mutaciones llevaría consigo. No podíamos liberarlo.

—Chisss, chisss —le dijo Chikondi al animal—. Vamos, vamos, te vas a hacer daño… —Meneó la cabeza para sí—. Lo comprobé… —susurró.

Elena metió el aparato en el cajón del equipo y lo empujó a través de la pared.

—Ahí lo tienes —dijo.

Chikondi no la miró, ni miró el cajón. De rodillas, se acercó un poco más al animal, con la palma estirada.

—Vamos, no pasa nada.

—Chikondi… —dijo Elena con la voz tensa por culpa de la preocupación.

Él se volvió de golpe hacia ella; tenía los ojos brillantes de lágrimas.

—No quiero que muera asustado —replicó.

Elena frunció los labios y miró al suelo. Estaba claro que no lo aprobaba, pero no dijo nada más. Detrás de nosotros, Jack se paseaba con las manos cruzadas detrás del cuello.

Chikondi cerró los ojos y se recompuso. Alargó de nuevo la mano y apoyó la espalda en la pared, doblando las piernas bajo su cuerpo, intentando permanecer tranquilo por el bien de ambos. Permanecieron así varios minutos, el hombre afligido y el alienígena asustado. Al final, los movimientos del animal se ralentizaron y, aunque seguía buscando una salida, cada vez gritaba y escarbaba menos.

—Cámara —dijo Chikondi con voz hueca. Tomó aire, tembloroso, y empezó a grabar—. El espécimen es hexápodo, y tanto el pelaje como la forma del cuerpo son Análogos Mamíferos. No obstante, no se parece a ninguna de las especies de AM que hemos catalogado aquí. Sería necesario un estudio más exhaustivo, pero diría que es probable que se trate de un nuevo filo. —Apoyó la cabeza en la pared—. Fuera cámara. —Me miró a través de la ventana—. Ariadne, ¿me pasas un kit de examen?

Lo hice. Lo dejé caer en el cajón, junto al aparato que Elena había llevado antes: una pistola aturdidora. Chikondi cogió primero lo de Elena.

—¿Quieres que lo haga yo? —se ofreció ella—. Puedo ponerme el traje en un momento.

—No —respondió él, aunque su voz decía «sí»—. Debo hacerlo yo, es culpa mía.

—No es culpa tuya —dijo Jack.

Elena no lo secundó.

El animal huyó de Chikondi, pero no deprisa y no muy lejos. Estaba manteniendo la distancia, aunque, al parecer, empezaba a entender que no era una amenaza. Seguía en la esquina, con el rostro vuelto hacia él. Se levantó sobre las patas traseras y se sentó como una suricata mientras las estructuras que le rodeaban la boca se ondulaban sin parar. Era posible que lo estuviera oliendo.

Analizándolo. Era imposible saber qué hacía. Suponer que sentía curiosidad sería pura especulación.

Pero eso es lo que me parecía.

—Lo siento. —Las palabras brotaron de la boca de Chikondi como un desgarro—. Lo siento muchísimo.

Desde el otro lado de la ventana, lo vimos alzar la pistola. Lo vi subirla a una potencia que habría matado a un animal terrícola el doble de grande. Levantó el aparato y apretó el gatillo.

El animal gritó. Era algo de esperar, un grito final involuntario. Pero siguió gritando y agitándose en un baile obsceno de miedo y agonía. No había muerto.

Así que Chikondi disparó otra vez.

El pelaje empezó a echar humo, y la criatura seguía gritando.

Le disparó de nuevo.

Las patas sufrían espasmos, y la criatura seguía gritando.

Le disparó de nuevo.

Y, aun así, seguía gritando. A pesar de la baba que le caía de la boca, a pesar del pelaje achicharrado y de las ampollas que se le abrían por debajo, no dejaba de gritar.

Jack se volvió. Elena tragó saliva con dificultad.

Chikondi estaba temblando, la pistola aturdidora se le sacudía en la mano.

—¡Lo siento! —gritó—. Por favor… Por favor…

Le disparó una quinta vez. Se oyó un chillido, un estremecimiento.

Por fin, el animal estaba muerto.

Chikondi arrojó el arma y se fue tambaleándose hacia la esquina opuesta al desastre que nunca seríamos capaz de raspar del todo del suelo. Se apoyó en la pared mientras vomitaba dentro del casco.

Elena cerró los ojos.

—Tendremos que descontaminar de nuevo todas las cajas —dijo—. Todo lo que está aquí dentro, nosotros incluidos. —Suspiró—. Yo me encargo del informe.

—No —le respondí. Estaba enfadada con ella por el simple hecho de que necesitaba estar enfadada y el pragmatismo era lo que más a mano tenía—. Yo lo hago.

— oOo —

A la mañana siguiente, me desperté sola. Todavía tenía el cuerpo rígido y cansado después de esterilizar todo lo que contenía la bodega de carga y no me

apetecía escribir nada, por no hablar ya de levantarme. Pero me levanté. Fui a la consola de comunicaciones. Escribí el informe. Lo envié.

Eché un vistazo a la bandeja de entrada de comunicaciones. El número cuarenta y tres flotaba sobre la carpeta de descarga de noticias, en referencia a todos los paquetes de los que habíamos hecho caso omiso. Lo había visto cientos de veces después de archivar informes, aunque no era más que una molestia insignificante atisbada por el rabillo del ojo. Había dejado de prestarle atención hacía tiempo. Llevaba ahí tantos meses que no era más que ruido de fondo, un elemento gráfico. Sin embargo, aquel día, el número me fulminaba con la mirada, acusador. El hechizo de Mirabilis se había roto y la culpa se filtraba por las costuras.

Había algo que me inquietaba. Cuarenta y tres. Cuarenta y tres. El número me estaba fastidiando sin razón aparente. Fruncí el ceño mientras miraba la pantalla y, por fin, abrí la carpeta.

«Paquete de noticias para la Merian. Marzo de 2162», decía el último archivo.

Fruncí más el ceño. En tiempo terrícola, la fecha era 21 de noviembre de 2162. Teniendo en cuenta lo que tardaban los mensajes en llegar a la Mirabilis y el programa de salida de comunicaciones de ACA, el último paquete tenía que haberse enviado el 1 de noviembre. Por eso me incordiaba el número cuarenta y tres: dado el tiempo que llevábamos en aquel planeta, nos faltaban siete paquetes.

La Merian llevaba siete meses sin descargar noticias.

La carpeta de emergencia no tenía ningún número flotándole encima (nunca habríamos ignorado un mensaje recibido ahí), pero la abrí de todos modos. Vacía. Igual que la carpeta de actualizaciones de la misión. Vacía. No era nada inesperado. Cuando llegamos a Mirabilis, la Tierra acababa de recibir la confirmación de nuestra llegada a Aecor. Pero, dado el espacio de tiempo sin noticias, se me planteaba una pregunta muy desasosegante: ¿estaban esas carpetas simplemente vacías… o se había perdido en el éter algo crucial? Si las noticias no nos llegaban, ¿qué más se habría perdido?

Elena, recién salida del gimnasio, apareció unos minutos después de que empezara a ejecutar el diagnóstico del sistema de comunicaciones.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Se lo conté.

—Estoy comprobándolo para asegurarme de que seguimos recibiendo una señal.

Ella también frunció el ceño, pero por mí, no por el problema.

—¿No estabas ejecutando diagnósticos diarios?

—Claro que sí —respondí, y, en parte, por eso estaba preocupada.

El sistema de comunicaciones no había dado nunca ningún problema y, sí, lo comprobaba todos los días. Un fallo surgido durante las últimas veinticuatro horas no explicaría seis meses de mensajes perdidos.

Elena miró por encima de mi hombro mientras se ejecutaba el diagnóstico, como si no fuera a informarla en cuanto tuviera noticias. No sé si la insinuación era adrede, pero escocía.

Cuando apareció el informe final, era todo luces verdes.

Jack entró en la habitación con el pelo mojado de su última ducha antes de la siguiente ronda de letargo.

—¿Qué pasa?

Se lo expliqué. No le gustó.

—¿Y si los diagnósticos están mal? —preguntó Elena—. ¿Podría ser un problema de hardware?

—Es poco probable —respondí—. Me he pasado una semana entera haciendo comprobaciones para el despegue.

—¿Crees que deberíamos hacerlas otra vez? —preguntó, aunque en realidad no se trataba de una pregunta.

—Bueno, espera —dijo Jack. Un tercer ceño fruncido se unió a la fiesta—. ¿Y si no hemos recibido nada porque no nos han enviado nada?

ACA vivía para los planes de las misiones. Si querían que pusieras el despertador a otra hora, te enviaban una actualización. Si querían que cambiaras de pasta de dientes, te enviaban una actualización. Los paquetes de noticias eran una parte programada de nuestras comunicaciones. Si iban a dejar de enviarlas, habríamos recibido antes una actualización a tal efecto. Sin embargo, nada había aparecido en esa carpeta, ni una vez.

—Vamos a… —empezó a decir Elena.

—Sí —dije mientras abría el paquete más reciente. Miré a mi alrededor mientras se descomprimía—. ¿Dónde está Chikondi?

—Creo que sigue en su camarote —respondió Jack.

Miré la hora. Eran más de las diez. No era propio de él.

—¿Deberíamos ir a buscarlo?

Fuera lo que fuera lo que iba a decir Jack, nos lo perdimos, ya que el vídeo empezó a reproducirse. Estaba el logo de ACA y se veía a un empleado de ACA en una oficina de ACA, pero algo no encajaba…

—Hola, Lawki 6 —dijo el hombre de la pantalla. Después se aclaró la garganta. Parecía incómodo delante de la cámara—. Espero que vaya muy bien por ahí.

Tenía la vista fija en un punto al lado de la cámara; estaba leyendo de un teleprónter.

—¿Puedes subir el volumen? —preguntó Elena.

Lo comprobé.

—Ya está al máximo.

—Apenas lo oigo —repuso ella.

Coincidí; la calidad del sonido era mediocre, en el mejor de los casos. Escuché el discurso del hombre y, aunque no tenía pruebas, estaba dispuesta a apostar que no formaba parte del equipo de comunicaciones. Parecía un sustituto, la persona que había dicho «vale, supongo que puedo hacerlo» después de un largo silencio en una reunión. Empecé a notar otros detallitos extraños: la tela desteñida de la bandera de ACA, una esquina con la pintura pelada en la pared, la gruesa chaqueta que llevaba puesta aquel hombre, a pesar de estar en el interior. Algo iba mal.

Fuera lo que fuera, el paquete de noticias no daba ninguna pista al respecto. Lo único que nos ofrecía era una mezcolanza vertiginosa de conflictos sin contexto, de líderes políticos cuyos nombres desconocíamos, de dramas absorbentes que se olvidarían una generación después. ¿Alguna vez habéis leído los titulares de una página web extranjera de noticias y os habéis sentido muy perdidos? La experiencia era similar, aunque a escala planetaria. La trama se nos escapaba por completo.

—Cuidaos mucho —concluyó el hombre, que movió la mano en un torpe gesto de despedida—. Os contaremos más el mes que viene.

Y se acabó.

Los tres guardamos silencio, con el ceño cada vez más fruncido.

—Vamos a ver el anterior —dijo Jack.

Así que lo hicimos. Lo vimos y, como no nos dijo nada nuevo, retrocedimos diez meses para ver si el orden cronológico nos ayudaba. Chikondi se nos unió por fin, sin decir mucho, pero presente para colaborar en la resolución del puzle. Unas cuantas piezas empezaron a encajar. Aunque solo planteaban más preguntas.

ACA estaba teniendo problemas de financiación; eso nos había quedado claro, a pesar de que en los paquetes hacían lo que podían por restarle importancia. No se comentaba nada sobre de dónde procedía la escasez económica, pero el contexto general de las historias relacionadas con nosotros lo dejaba claro. Había guerra. Había hambre. Había demasiadas personas en ciudades que ya tenían demasiadas personas antes de irnos. Cuesta pensar en las estrellas cuando te traga la tierra. Y si ya costaba pensar, es lógico imaginar que más costaba darles dinero. Vimos que la ropa estaba cada vez más deslucida. Los rostros también. Pero, en cada uno de aquellos paquetes, concluían con la misma emoción: «Estamos orgullosos de vosotros. Cuidaos mucho. Os contaremos más el mes que viene».

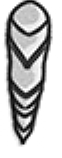
Hasta que, algún día anterior a abril del año 2162, dejaron de hacerlo. Sin más.

Guardamos silencio alrededor del monitor. Habíamos fastidiado nuestro programa de despegue por pasarnos el día empollándonos las noticias, aunque eso ya no parecía tener prioridad.

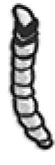
Jack meneó la cabeza delante de la pantalla. Se levantó. Empezó a pasearse.

—¿Dónde están? —dijo—. ¿Adónde se han ido?





OPERA





Permanecí frente al espejo mucho más tiempo que las dos veces anteriores. El sol que lucía en el cielo de Opera era muy grande, así que no necesitaba brillar. La gravedad era la misma que la de la Tierra, así que no necesitaba ser fuerte. De hecho, había muchas cosas en Opera similares a la Tierra: el tamaño, la atmósfera y el rango de temperaturas. No necesitaba nada especial para aquel planeta, así que no me dieron nada. Mis dones anteriores habían desaparecido, el parche del brazo ya no los mantenía. Por supuesto, ahí seguían los suplementos para la radiación y el anticongelante, pero, aparte de eso, no era más que… yo.

Al mirarme al espejo, no estaba segura de si me gustaba lo que veía. Era casi once años mayor que cuando salí de la Tierra. No es tanto tiempo, pero no había sido consciente de los cambios de la edad, al estar demasiado distraída por las diferencias drásticas de la somaformación. No me importaban las arrugas del rostro, pero tampoco recordaba haberlas visto formarse. El pelo no me había crecido demasiado en los cinco años de letargo, aunque, al afeitarlo con frecuencia, no lo había visto nunca más largo de un centímetro o así. Ahora veía bastantes mechones gris invernal entreverados con el negro. Mi cuerpo era corriente, saludable, nada fuera de lo normal. Ese era el problema. Sin la purpurina, me sentía aburrida; sin la fuerza, enclenque. Me veía con un aspecto enfermizo, y eso me hundió bastante.

Me encontré con mis compañeros en el mismo lugar en el que nos habíamos dado las buenas noches, la sala de control, colocados alrededor del monitor de comunicaciones. Jack negó con la cabeza cuando me vio flotar hacia ellos.

—Nada —dijo.

—¿Nada?

Negó de nuevo con la cabeza.

—¿Has ejecutado…?

—Sí —intervino Elena—. Está todo como lo dejamos. Luces verdes.

Chikondi flotaba en la esquina, pensando en silencio, con la mirada perdida.

—No pueden haber desaparecido sin más —dije.

—No —coincidió Jack—. Si se hubieran quedado del todo sin financiación, nos

lo habrían dicho. No es posible que haya sido en plan «ay, vaya, se acabaron las nóminas, así que a la mierda». No, algo va mal. Muy mal.

—Comprobaré de nuevo el sistema de comunicaciones —dije—. Y también comprobaré de nuevo todo el hardware.

El instinto me decía que el problema no era nuestro, pero, con estas cosas, cualquier precaución era poca.

—¿Qué hacemos si no nos llega nada? —preguntó Chikondi.

—Lo que hemos venido a hacer —respondió Elena—. No hemos recibido ninguna actualización de la misión, lo que significa que la misión sigue adelante. Hacemos nuestro trabajo aquí, después vamos a Votum, hacemos nuestro trabajo allí, nos vamos a casa y descubrimos lo que ha sucedido.

Me quedé mirándola mientras asimilaba la magnitud de lo que estaba diciendo. Mi noción interna del tiempo me decía que llevábamos siete meses sin saber nada de ACA, lo que, para mí, era un problema que habíamos descubierto el día anterior. Pero, claro, las cosas no eran así en absoluto, no si tenías en cuenta el tiempo de tránsito. Llevábamos cinco años y medio sin saber nada de ACA. Chikondi no preguntaba qué íbamos a hacer ahora, al ver que no había contacto. Preguntaba sobre la ausencia absoluta de contacto. La ausencia de todo contacto.

— oOo —

Recuerdo la reunión preliminar de la misión sobre Opera, en ACA Oceanía. Sophie Thomas, una de mis personas favoritas dentro del equipo de ciencia planetaria, dirigió ese día la presentación con su encanto enérgico de siempre.

—Este va a ser una auténtica patada en los ovarios —dijo alegremente—. La superficie del planeta está cubierta casi por completo por un océano.

—¿Un océano de agua? —preguntó Elena, que tomaba notas en su tablet.

—Sí. Así que no os tenéis que preocupar por mojaros las botas, aunque tampoco es que tengáis una gran variedad de zonas de aterrizaje entre las que elegir. —Un mapa apareció en la pantalla, detrás de ella—. Hay cuatro islitas, y vuestro estudio se limitará a esas ubicaciones, más lo lejos que puedan llegar los drones en un día.

—Cuatro islas —repitió Chikondi—. En todo el planeta.

—Eso es.

—Cuando dices «islitas» —dijo Jack—, ¿te refieres a que hay sitio para una pintoresca aldea de pescadores, aunque con pocos restaurantes entre los que elegir, o a rocas con delirios de grandeza?

—Lo segundo —respondió Sophie—. Podréis daros un paseo corto, poco más.

Elena le daba vueltas al lápiz óptico mientras procesaba la información.

—Pues sí que es una patada en los ovarios.

En la sala de control de la nave, mirando los mapas del planeta que ofrecían los satélites, nos lo tomábamos mucho menos a la ligera. Nadie sonreía. Creo que ni siquiera Sophie Thomas hubiera sonreído al ver los dos grandes problemas que mostraban nuestros satélites.

Primer problema: solo habían encontrado tres islas. Faltaba la isla en la que se suponía que íbamos a aterrizar.

—¿Se equivocaría la gente de la Tierra? —pregunté.

Lo dudaba, pero, como científica, tenía que considerar todas las posibilidades.

—No —dijo Jack—. Revisé con ellos los mapas de aterrizaje.

—Todos lo hicimos —aseguró Elena—. Debería haber algo ahí —añadió, señalando la pantalla.

—Esos mapas se hicieron hace más de cuarenta años —repuse—. Debe de haber sucedido algo. ¿Puede que algún tipo de actividad volcánica?

—Puede —respondió Jack— o incluso un impacto. Con eso habría bastado.

—Podría ser la elevación del nivel del mar —dijo Elena—. El planeta podría estar pasando por una especie de cambio climático.

—Eso también encajaría con un impacto —repuso Jack.

—O con muchas otras cosas. —Elena gesticuló en dirección al mapa—. No tenemos ningún dato. No hay cráter visible. No hay más que… agua.

—De acuerdo —dije—, ya resolveremos este misterio después. Podemos poner a ello a los cubesats. Por ahora…, ¿protocolo para el mal tiempo?

Protocolo para el mal tiempo es una forma elegante de decir que el programa de aterrizaje que nos proporciona ACA es una guía, no una orden. Saben que su información se habrá quedado obsoleta cuando lleguemos y, como con todo, contamos con autonomía para hacer los cambios necesarios. Si una zona de aterrizaje no funciona por el motivo que sea, podemos adaptarnos.

—En cuanto a eso… —dijo Jack, y rotó el mapa en pantalla para que pudiéramos ver las otras tres islas.

Salvo que no podíamos verlas por culpa del segundo problema: la mayor parte de Opera estaba ahogada en feroces nubes de tormenta. Veíamos relámpagos de luz y los remolinos grises de los huracanes. Un ejemplo de manual de para qué servía el protocolo para el mal tiempo. Evidentemente, habíamos visto las nubes de tormenta por la ventana, pero no éramos conscientes de que tratábamos con algo a escala global.

Elena estaba concentrada en los patrones de las nubes y se le veían en la cara los sentimientos encontrados. La meteoróloga que llevaba dentro estaba fascinada. La astronauta que necesitaba aterrizar de forma segura una nave, preocupada.

—¿Y si nos quedamos en órbita estacionaria unos cuantos días? —propuse—. Podemos recoger más datos de los satélites, ver si amainan las tormentas y tomar una decisión informada a partir de ahí.

—Coincido —dijo Elena.

Jack estaba ansioso por tocar tierra, pero asintió.

—Sí, me parece lo más inteligente.

Volví la cabeza.

—¿Chikondi? ¿Consenso?

Chikondi parpadeó un par de veces para regresar de donde estuviera.

—Sí, claro —dijo—. Me parece bien.

— oOo —

Durante diez días, esperamos y observamos.

Las tormentas no amainaron.

Nuestra isla no reaparecía.

Nuestras carpetas de comunicaciones seguían vacías.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Jack—. No vamos a descubrir nada que no podamos averiguar con una sonda.

—Esos sistemas tormentosos van a durar varias semanas —dijo Elena, que por fin contaba con datos fiables—. Y la velocidad del viento…

—Ahora la conocemos. Podemos hacer los cálculos.

—Esto no es como aterrizar un puto rover cargado de airbags. Estamos hablando de cuerpos humanos.

—Sí, el mío, soy consciente de ello. Pero no nos sirve de nada seguir tocándonos los huevos aquí arriba.

—Tampoco nos va a servir de nada acabar hechos una tortilla ahí abajo.

—¿Podéis parar, por favor? —les pedí, cansada.

Jack entrelazó las manos sobre la nuca y dejó escapar el aire mientras miraba el mapa. Le cambió el gesto.

—¿Qué? —le pregunté.

—¿Y las aguas poco profundas? —preguntó, señalando una región en el hemisferio norte del planeta—. Esta zona de aquí. El radar dice que el agua tiene una profundidad de… ¿Qué? ¿Entre uno y dos metros?

Elena entornó los párpados.

—Quieres amerizar.

—Lo que digo es que podemos aterrizar en la roca que está bajo una pequeña

cantidad de agua. Mira. El tiempo no es tan malo en esa zona.

—Pero no deja de ser malo.

—Pero no es tan malo. Se puede aterrizar con esa velocidad del viento. Y lo peor está aquí, ¿no? —añadió, haciendo girar la mano alrededor de los feroces remolinos del mapa—. Eso nos pone fuera de peligro.

—No —respondió Elena, refiriéndose a la idea en general—. Podríamos aterrizar con la nave principal en aguas poco profundas, podríamos anclarla en la roca, pero no inflar los módulos. No tienen suelos sólidos, nada se quedaría en su sitio.

—Podríamos montar parte del equipo de laboratorio aquí arriba. Simplemente, no meteríamos dentro las muestras.

—No estoy pensando en el laboratorio, sino en el invernadero.

—Cierto —dijo Jack—, pero no estoy diciendo que nos quedemos en el agua a largo plazo. Solo hasta que reaparezca uno de nuestros puntos de aterrizaje. Decías que los sistemas tormentosos podrían durar varias semanas. Así que nos pasamos unas semanas sin comer verdura. Suena a mi infancia.

—Y a tu madurez —añadí.

Me lanzó un guiño rápido.

—Sobreviviremos.

—¿Y las cámaras estancas? —preguntó Elena.

—¿Qué pasa con ellas? —dijo Jack.

—Calculamos que dos metros con marea alta. Eso significa que no podemos salir durante ese tiempo.

—Podemos organizarnos para evitarlo. Trabajo de campo durante la marea baja, trabajo de laboratorio durante la alta.

—Trabajo parcial de laboratorio. No tendrás un laboratorio completo.

Jack gruñó, frustrado.

—Joder, ¿podrías intentar centrarte en lo que es posible, por favor? Tenemos permiso para ser flexibles con el protocolo cuando la situación lo exija. —Gesticuló con ambas manos para señalar el mapa del satélite—. Esta situación es mala. Estoy intentando hacer algo con ella. Nuestra otra opción es seguir en órbita de manera indefinida, lo que sería una pérdida de tiempo. O marcharnos ya a Votum, lo que sería una pérdida de tiempo colosal.

Elena suspiró y me miró.

—¿Y la propulsión? —preguntó.

Me lo pensé detenidamente.

—No debería haber problema. Los motores están diseñados para mojarse.

—Están diseñados para la lluvia y la nieve —dijo ella—. No para pasarse varias semanas en una poza de marea.

—Soy consciente de ello. Y es verdad que no se ha probado en esas condiciones… Pero debería funcionar. Estoy bastante segura. Podemos sellar las toberas contorneadas en cuanto se enfríen.

Elena observó el mapa durante un buen rato. La veía repasar mentalmente la tarea hercúlea de cambiar de plan.

—Necesitamos cuatro votos para el consenso —dijo.

Me dio la sensación de que era lo más parecido a un sí que le íbamos a sacar.

—¿Todavía está echando la siesta? —preguntó Jack.

—Eso creo —respondí. Empujé la pared para impulsarme hacia la cubierta de la tripulación—. Iré a por él.

— oOo —

Aterrizamos de noche. No se veía nada por las ventanas, pero los sonidos de fuera me decían mucho. Oía el viento azotando el incómodo obstáculo de nuestro casco. Oía el chocar de las olas en las aguas agitadas. Oía la lluvia, que tamborileaba como dedos impacientes. No era una tormenta agradable, una de esas que invitan a taparse con una mantita y leer un libro. Era un clima que estaba molesto con nosotros.

Adentrarnos en un paisaje que no veíamos, aunque lleváramos luces en las escafandras y linternas, era una idea absurda, así que dedicamos las horas de oscuridad a montar un laboratorio destartalado. Como resultado, estaba atestado y era un poco irritante, pero solo lo usaríamos unas cuantas semanas, nos dijimos. Podíamos soportar aquel desorden durante unas cuantas semanas.

Di una cabezada de un par de horas antes del alba. Lo que me despertó no fue la luz de la mañana, sino un ruido. Algo arrastrándose. Algo que succionaba.

Me senté de golpe y miré afuera. Había un animal pegado al exterior del ojo de buey, más o menos del tamaño (y, hasta cierto punto, de la forma) de un balón de rugby, con la piel rasposa del gris apagado de las pelusas. Lo primero que pensé fue «babosa», pero no era correcto, puesto que la barriga no era un pie y no se estaba sosteniendo con ella. Su punto de succión era la boca, un orificio ovular rodeado de antenas que formaban un flequillo desgreñado. Vi también las estructuras afiladas que esperaban en el interior. Tenía extremidades, además, doce patas de aspecto debilucho. El animal no parecía usar las patas para apoyar el cuerpo, sino para mover la boca, que era lo que le servía de anclaje.

Estaba intentando ver mejor las patas cuando el animal levantó un rabo corto y grueso. Dos ordenadas filas de agujeros se abrieron en sus laterales y de ellas brotó un ruido que helaba los huesos. Seguro que, a sus oídos (o a los receptores de sonido que tuviera), el sonido era normalísimo. Para mí, estaba entre un

chirrido metálico y un caballo moribundo. Como científica, se me había enseñado a ser objetiva, pero no podía evitar ser también un animal con instintos propios. Ese sonido me gritaba que huyera.

El sonido no estaba dirigido a mí, ni se trataba de una amenaza, sino de una llamada. Aparecieron las bocas viscosas de otras dos de aquellas medusas que no lo eran, invitadas por la llamada de su congénere.

Todavía me temblaban las piernas después de semana y media en microgravedad, pero corrí por el pasillo de todos modos y entré en el camarote de Chikondi sin llamar.

—Hay… —empecé, pero no tuve que explicarle nada porque en su ventana había ocurrido lo mismo.

Estaba observando fijamente las criaturas mientras tomaba notas en la tablet que se había apoyado en el regazo. Me senté en el catre, a su lado, y juntos vimos que aquella cosita tan extraña se arrastraba por el grueso cristal dejando un rastro de saliva pegajosa a su paso. Chikondi y yo contemplamos la nueva especie juntos, en aquel silencio compartido, como habíamos hecho tantas veces antes. Por un segundo, creí que todo saldría bien.

Los animales no se limitaron a las ventanas de los camarotes. Oímos que más ejemplares se arrastraban con mucho estruendo por el casco y, al cabo de una hora, todas las ventanas de la Merian tenían al menos una de las criaturas chillando aquel horrible saludo. Al cabo de dos horas, apenas se veía el mundo del otro lado.

En nuestro informe oficial las bautizamos como *Fortisostium horribilis*, pero Jack las llamaba ratas.

—¿Por qué ratas? —le pregunté.

—Porque odio las ratas.

Lanzó una mirada asesina hacia la ventana de la cámara estanca, que se veía casi por completo de color gris. Era imposible salir al exterior con tantas criaturas cubriendo la escotilla, ya que corríamos el riesgo de atascar el mecanismo de la puerta con sus cuerpos y darles la oportunidad de entrar a las demás. Podríamos haber espantado a una o dos, pero, con aquella cantidad, nos habríamos metido en un buen lío.

—Solo nos están observando —dijo Chikondi—. Ellas también tienen ese derecho. Es su hogar.

Pero a las ratas no les importábamos mucho. Cuesta saber qué sentidos tenían porque no contaban con órganos visuales evidentes, pero no parecían interesarles nuestros movimientos dentro de la nave. No éramos nada más que paisaje.

Elena frunció el ceño.

—Si siguen así, podrían deteriorar el casco.

—El casco es fuerte —repuse—. Además, no lo están masticando. No creo que pase nada.

Ella me miró.

—Ese «no creo» deja mucho margen de error.

—Venga, fuera de aquí —les dijo Jack a las ratas.

Había entrado en la cámara estanca y se había acercado a la puerta exterior. Se las quedó mirando un instante, irritado por su presencia. Levantó un puño y golpeó la puerta tres veces, en rápida sucesión. Las ratas se asustaron; algunas se escabulleron, mientras que otras se quedaron paralizadas. Jack se animó.

—Sí, venga, largaos de aquí.

Golpeó de nuevo la puerta, lo que hizo que algunas más huyeran, pero menos que antes. Consternado, vio que otras ratas aparecían para ocupar los huecos, sin dejarse intimidar por el hombre enfadado que las mandaba a la mierda.

—Tendremos que esperar —dijo Chikondi.

Se sentó en el suelo y empezó a dibujar en su tablet. La actividad no lo vivificó, como solía ocurrirle. Hacía su trabajo, pero parecía más memoria muscular que verdadero entusiasmo.

—Voy a mirar de nuevo los datos de las tormentas —me dijo Elena—. ¿Puedes comprobar las comunicaciones?

—Ya lo he hecho.

—Ah. —Se lo pensó un momento; estaba claro que repasaba una lista mental —. ¿Y el soporte vital?

—Iba a hacerlo después, pero puedo hacerlo ahora, si lo prefieres.

—Si no te importa —respondió, aunque no me explicó por qué.

A Elena no debería haberle importado si hacía mis comprobaciones en aquel momento o tres horas después, pero estaba claro que algo la preocupaba. Si con eso la ayudaba a librarse un poco de la preocupación, no me suponía ningún problema cambiar de horario. Que a uno de nosotros le fuera mejor el día, por lo menos.

Subí a las cubiertas superiores y dejé a Chikondi dibujando en piloto automático mientras Jack golpeaba la puerta.

— oOo —

Las ratas no se marcharon esa noche, ni al alba, ni al día siguiente. El casco estaba cubierto de sus cuerpos y su saliva, y esa mezcla tapaba el sol a la perfección. Conseguíamos robar unos cuantos vistazos al exterior cuando las ratas se movían de tal forma que, por casualidad, dejaban un hueco en la ventana y uno de nosotros estaba allí para verlo. Las aguas bajas no tenían gran cosa, salvo

algunas rocas: unos pilares escarpados que brotaban del lecho marino como estalagmitas. Jack y yo nos acostumbramos a llevar prismáticos al cuello con la esperanza de encontrar una abertura, y al final logramos ver que las rocas también estaban cubiertas de una densa capa de ratas. Por su forma básica, nuestra nave cónica tenía que haberles resultado familiar: una cosa alta a la que trepar y pegarse.

—Podría tener que ver con el apareamiento —planteó Jack.

—Podría —dijo Chikondi.

—O con algún otro comportamiento estacional —añadí—. Los termómetros exteriores dicen que ahí fuera hace frío, así que quizá lo hagan para salir del agua.

Chikondi observó a un par de ratas que luchaban por el mismo espacio, sin despegar la boca del cristal.

—O podría ser un día cualquiera para ellas —dijo—. Es lo que hacen, sin más, y nunca sabremos por qué.

Después de otros dos días de contemplar vientres escamosos, empezamos a debatir si debíamos despegar y buscar otro punto de aterrizaje. Sin embargo, el despegue mataría a las ratas, lo sabíamos, y nadie quería hacerlo, a pesar de que se habían convertido en un problema evidente. Por otro lado, dado lo que veíamos fuera, era poco probable que provocáramos un daño permanente a su población.

Opera tomó la decisión por nosotros. El sistema tormentoso que había permanecido a una distancia segura viró de repente al sur y los vientos alcanzaron una velocidad sumamente peligrosa para despegar. Las aguas bajas subían y se agitaban. La lluvia azotaba las ventanas como una granizada de flechas disparadas de lado. No podíamos irnos a ninguna parte.

Las ratas se aferraron a nosotros; éramos su puerto en la tormenta. Ellas tampoco se iban a marchar.

— oOo —

Cuando era pequeña, me daba miedo la oscuridad. Estaba convencida de que unos ojos malvados me observaban desde las esquinas, de que unas manos temblorosas saldrían del vacío bajo la cama para agarrarme. «Es tu imaginación —me decía mi madre—. Dile a tu imaginación que mejor se vaya a un sitio bonito». Así que, cuando se apagaban las luces y se cerraba la puerta, y solo oía mi respiración alterada, me preguntaba: «¿Adónde quieres ir?». La respuesta pasó por varias fases, dependiendo de la edad y el momento. A veces era una casita en un árbol de un prado en calma, cuyo interior era más completo con cada noche que pasaba pensando en él. A veces era un barco pirata desde el que yo, la

capitana, saludaba a las sirenas que me conducían a un tesoro. A veces partía de los andamios de otra persona y me imaginaba las mejores partes de una historia que había leído o un juego al que había jugado, aunque modificando las escenas que creía poder mejorar. El caso es que la pregunta me funcionó y, durante muchos años, esa era mi forma de quedarme dormida, acurrucada en el nido entretejido por aquellas historias.

En las aguas poco profundas de Opera, era incapaz de dormir. De haberse tratado tan solo de la tormenta, podría haberme aclimatado. El viento aullaba como un motor, pero era un ruido constante, seguro. Por otro lado, las ratas… Dios, las ratas. No lograba desconectar de ellas, por más que lo intentaba. El cerebro humano está programado para gritar «peligro» ante cualquier ruido de un animal que no ve, lo que dispara una manguera de adrenalina para despertarte y defenderte del enemigo prehistórico que está a punto de morderte los dedos, de contaminarte la cosecha de cereales o de robarte a tus bebés en plena noche. Daba igual que las ratas estuvieran al otro lado de una pared. Daba igual que no estuvieran en mi espacio, sino pegadas a él. Sus sonidos eran impredecibles, así que mi cerebro actuaba en consecuencia. Pegarme las mantas a las orejas me ayudaba con la percusión irregular de sus patas, pero no servía para ahogar los chillidos que lanzaban cada hora, cada media hora o cada pocos minutos, lo que me arrancaba de cualquier sueño a medio formar en el que hubiera conseguido sumirme, y me devolvía a mi desgracia y mis ojeras.

Empecé a plantearme la pregunta que me había guiado por la profunda duermevela de mi infancia: «¿Adónde quieres ir?»

«A Mirabilis —contesté—. Quiero volver a Mirabilis».

Me obligué a conjurar los recuerdos de aquel mundo exuberante, pero se habían vuelto agridulces. Sabía que esas sonrisas se apagarían, que esas aventuras acabarían. Todos los días de Mirabilis conducían a Opera. Contemplarlos era regresar al camino que nos había llevado a los aullidos, los correteos y las noches sin dormir. El dolor de volver a un momento ya perdido era casi peor que el miedo.

— oOo —

En el sonido de las ratas habitaba el caos, mientras que los sonidos de Elena eran como un mecanismo de relojería. No necesitaba estar en la misma cubierta que ella para saber lo que estaba haciendo.

Salía de su camarote cada mañana a las seis en punto.

Ejecutaba un diagnóstico completo de los sistemas.

Comprobaba las carpetas de comunicaciones, aunque no habíamos recibido ninguna.

Comprobaba las cámaras estancas para ver si las ratas nos habían dejado algún hueco.

Repasaba los datos meteorológicos del día que recogían los cubesats. Los estudiaba con absoluta concentración y actualizaba sus previsiones en consecuencia.

Hacía una hora de ejercicio. Pesas, máquina de remo, cinta de correr.

Se duchaba, diez minutos.

Trabajaba en un proyecto. A veces, consistía en revisar sus informes antiguos para reescribir las partes sobre las que tenía alguna idea mejor y después volver a reescribirlas. A veces recorría la bodega de carga para volver a comprobar el inventario. A veces yo no tenía ni idea de en qué trabajaba porque no me lo quería explicar.

Una mañana, alguien llamó a la puerta y me despertó. La forma de llamar de Jack es una melodía, cuando se molesta en llamar, y nunca espera respuesta. La de Chikondi es un tamborileo educado, casi demasiado bajito. Elena llama con tres golpes firmes, altos y directos. Miré la hora: 05:36. Había conseguido dormir cuarenta y tres minutos desde la última vez que la había consultado. Me senté y me restregué la cara.

—Sí —respondí.

—Hola —me saludó al entrar. Hablaba con un cariño que llevaba algún tiempo sin oírle, y eso me hizo sentir mejor—. Siento haberte despertado.

—No pasa nada. ¿Qué ocurre?

—Puede esperar.

—Ya estoy despierta.

Se metió las manos en los bolsillos y se apoyó en el marco de la puerta.

—Estaba pensando en hacer una inspección del hardware.

—Vale. ¿De qué sistema?

—De todos —respondió Elena.

—De todos —repetí, parpadeando.

—Lo sé, es mucho trabajo. —Era una forma muy suave de decirlo. Una inspección completa, correcta, punto por punto, requería varios días—. Pero llevamos en el agua tres semanas, y esas cosas… —Como si la oyeran, en ese momento dejaron escapar un coro de chillidos. Nos tapamos las orejas y esperamos a que acabara—. Vete a saber qué están haciendo esas cosas de ahí fuera.

Nada que afectara al hardware interno, pero yo sabía que ella lo sabía.

—El cuadro de mandos solo tiene luces verdes —le dije—. ¿Has notado algún fallo en el funcionamiento? ¿Algo raro?

—No. Es que… —Parecía inquieta, nerviosa—. Es que creo que no pasa nada

por comprobarlo. Mejor prevenir que curar.

Me restregué de nuevo la cara. Me latían las sienes. Me picaban los ojos. Me sentía borracha, y no en el buen sentido. Mis pensamientos eran ideas tenues que se esforzaban por encadenarse, pero se evaporaban antes de realizar la conexión.

—Vale, sí, podemos hacerlo. —Nos miramos un instante—. ¿Te referías a hacerlo ahora mismo?

Ella levantó las palmas de las manos.

—Cuando estés dispuesta. Sé que es un coñazo —dijo, aunque su rostro decía algo diferente.

«Sí —es lo que decía—. Ahora mismo».

Me vestí y nos pusimos a trabajar.

— oOo —

—Vale, vamos a probar —dijo Jack.

Estaba tumbada en el puente de mando, con el panel de control encendido y listo. Siguiendo la sugerencia de Jack, había revisado la secuencia de lanzamiento para poder «acelerar» los motores sin llegar a despegar del todo. Así retumbarían un poco, bastante fuerte y sin propulsión. Lo único que buscábamos era ese ruido. Esperábamos asustar a las ratas. El viento nos impedía despegar, pero, en vez de eso, quizá lográramos salir al exterior. Y, si no era seguro, al menos nos libraríamos de las ratas, aunque fuera temporalmente. Un sueño sin interrupciones era victoria de sobra.

Hablé por el intercomunicador:

—Comienza la prueba de motor.

Pulsé los botones correctos. Fuera, los motores rugieron como debían. Como el perro de Pavlov, una parte de mí reaccionó con emoción al ruido; le recordé que no íbamos a ninguna parte.

Se oyó un segundo sonido. Una fracción de segundo después de que los motores entraran en funcionamiento, todas las ratas del casco empezaron a chillar, alarmadas.

—Por Dios bendito —dijo Jack tapándose los oídos.

El estruendo me llevó a cerrar los ojos, pero me obligué a abrirlos para mirar por la ventana. Las ratas bramaban, incluso para ser ellas, y los orificios vocales de los costados se les abrían al máximo. Sin embargo, me fijé en otra cosa, en algo que me revolvió las tripas: la viscosidad de sus bocas cambiaba, se aferraban con más fuerza. En una situación de peligro, se pegaban más.

—Dales otro minuto —chilló Jack.

—No está funcionando —le grité a mi vez.

—Otro minuto más.

Soportamos aquel ruido unos segundos más, y la armonía infernal de metal chirriante y animales aterrados me subía a zarpazos hasta los dientes, hasta el torso. Miré las lecturas. Miré a aquellos cabrones cabezotas que se agarraban a la ventana. Apagué los motores.

Las ratas tardaron varios minutos en calmarse.

—Mierda —dijo Jack, que se limpiaba la frente de sudor.

Dejé que se me cerraran los ojos y saboreé aquella paz relativa. La tormenta seguía aullando, pero eso me resultaba soportable.

—Tiene sentido, encaja con lo que sabemos de ellas —dije—. Si han evolucionado junto a tormentas como estas y su respuesta ante ellas es encontrar una roca y aferrarse a ella, quizá… Quizá interpreten el ruido y el temblor como un empeoramiento de las condiciones climáticas.

—Es decir, que redoblan esfuerzos.

—Puede.

Jack meneó la cabeza.

—Ha sido una idea estúpida. No debería haberla sugerido.

—No era estúpida —repuse—. Teníamos que hacerlo para saber que no iba a funcionar.

Sacudió de nuevo la cabeza.

—Estúpida —repitió, y bajó la escalera sin decir ni una palabra más.

La puerta del camarote de Chikondi estaba cerrada, así que llamé.

—Entra —dijo.

Estaba sentado con las piernas cruzadas en la cama, observando las ratas del otro lado del cristal. La tablet estaba en el suelo, apagada.

—¿Por qué no tienes la luz encendida? —le pregunté; era media tarde.

—Estaba intentando probar con la luz solar. Con la que nos llega, por lo menos.

No nos llegaba mucha. Se veía un poquito brillar a través del agua de lluvia que corría sin pausa por los huecos entre las siluetas. El efecto era como el de una vidriera de colores al revés, lo que resultaba algo lúgubre.

Me senté a su lado y también crucé las piernas en la cama. Guardamos silencio mientras observábamos el movimiento de las ratas. Miré a Chikondi y recordé cuando era un aprendiz con cara de niño y un millón de ideas. Me pregunté qué pensaría aquel crío del hombre flaco y serio que meditaba a oscuras. Me pregunté qué pensaría de mí.

Alargué la mano para acariciarle la mejilla con un nudillo.

—No te vendría mal afeitarte.

Él dejó escapar una única risita.

—Probablemente.

De nuevo, guardamos silencio.

—Sácalo fuera —le dije—. Lo que sea.

Chikondi suspiró.

—¿Crees que deberíamos estar aquí?

—Elabora.

Señaló las ratas con la cabeza.

—Nos irritan porque se interponen en nuestro camino. Pero ellas están en su elemento. Este es su nicho, no el nuestro.

—Las especies migran. La mayor parte de la historia evolutiva se resume en encuentros fortuitos entre especies que no se habían cruzado nunca antes.

—No estamos migrando, estamos metiendo las narices donde no nos llaman. No estamos aquí porque necesitemos comida o territorio. Estamos aquí porque queremos estar aquí. Estamos dándoles la vuelta a las piedras porque sentimos curiosidad.

—A ti siempre te ha gustado darles la vuelta a las piedras.

—Sí, me gusta. A los animales que están debajo de ellas no. Supón que hay gusanos debajo de la piedra. Los gusanos odian la luz solar. Les hace daño. ¿Es justo para los gusanos provocarles dolor para que yo pueda averiguar algo más sobre ellos?

—Siempre dejas la piedra donde estaba. Siempre dejamos las piedras donde estaban.

—Aun así, les duele antes de que lo hagamos. ¿Es un trato justo? ¿Su dolor a cambio de nuestro conocimiento?

—¿Si ese conocimiento significa que podemos ser justos con la población de gusanos imaginarios en general? ¿Que podemos alterar nuestro comportamiento y nuestras prácticas para que todo en un ecosistema, gusanos incluidos, no sufra daños en un futuro? Sí, creo que es un trato muy justo. El sacrificio de uno o de unos pocos en beneficio de muchos.

—Solo puede llamarse sacrificio si es consensuado. Nadie les ha preguntado a los gusanos de esa piedra lo que pensaban del asunto.

—Si no les hacemos daño a unos cuantos gusanos, no sabremos si pueden sufrir daño. Ese camino tiene un potencial mucho mayor para la destrucción.

—¿Eso crees?

—¿Tú no?

Pensó en silencio.

—Probablemente sí —respondió al fin—. Pero, ahora mismo, no lo sé.

Observé a Chikondi mientras él observaba las ratas.

—¿Qué es lo que más ganas tienes de hacer cuando volvamos a casa?

Él parpadeó.

—¿Qué?

—¿Cuál es el primer sitio al que quieres ir cuando salgamos de la cuarentena?

Lo había sacado de su hilo mental y me daba cuenta de que le costaba cambiar de dirección.

—Una cafetería.

—Ajá, ¿alguna en concreto?

—No, me da igual. —Me miró; seguí esperando—. De esas que parece como si hubieran saqueado el garaje de la abuela y lo hubieran puesto todo en las paredes. Sillas cómodas. Buena música, pero no demasiado alta. Quiero una bebida fría y un dulce con pinta ridícula, y quiero sentarme en una esquina a leer un libro y escuchar conversaciones que no entiendo entre gente que no conozco.

Entendí al instante el atractivo del último punto, que no me ofendió en absoluto.

—¿Qué clase de libro?

—Pues… no lo sé.

—Seguro que sí. Venga.

Se lo pensó. Una sonrisita pugnó por tirarle de las comisuras de los labios.

—Algo con un robo.

Me reí.

—¿Desde cuándo lees sobre robos?

Se encogió de hombros.

—No lo hago. Pero pega leerlo en una cafetería mientras te comes un dulce.

—Vale. ¿Y dónde está esa cafetería? ¿En Lusaka, cerca del campus o en algún lugar en el que no has estado nunca?

—De verdad que me da igual. Las cafeterías son muy parecidas en todas partes.

—Yo…

El grito de una rata me cortó en seco. Chikondi y yo dimos un brinco. El sonido murió en cuestión de segundos, pero él siguió alterado. Miré la sábana y vi que la aferraba entre los dedos, como si temiera caerse. Yo había conseguido acumular cinco horas de sueño no consecutivo la noche anterior; ¿cuánto había dormido él?

Le cogí la mano apretada entre las mías. Se relajó, aunque solo una pizca.

— oOo —

«¿Adónde quieres ir?».

«A casa», pensé. Pero ¿dónde estaba eso? La Merian había encajado en esa descripción durante años, pero ya no me parecía mi casa, sino una máquina en la que nos habíamos quedado atrapados. ¿Quería ir al piso de mis padres, donde me había criado? Seguro que ahora era de otra persona, si es que no lo habían derribado. Lo segundo era lo más probable, supuse. Me imaginé las paredes de mi dormitorio de la infancia, que entonces era una fortaleza robusta e inmutable. Me las imaginé arrasadas por un equipo de construcción, que la pintura alegre daba paso a la madera al aire, los clavos doblados y el aislamiento desgastado, un espacio dentro de un espacio, una dimensión provisional en un lugar que antaño fuera un refugio eterno.

Un nuevo hogar, entonces. Me obligué a contemplar esa idea, a pesar del dolor de cabeza del que no conseguía librarme, producto tanto del ruido constante como de mi creciente desnutrición. ¿Qué clase de hogar quería? ¿Un piso en la ciudad? ¿Una casa rural? ¿Quería un lugar propio, un sitio en el que echar raíces, o me sentiría más satisfecha alquilando habitaciones amuebladas, rebotando de país en país según se presentara la oportunidad o el impulso de hacerlo?

Las ratas chillaron. Los truenos rugieron. El mar picado golpeaba el casco. Me rendí, no era capaz de ponerme cómoda en el futuro. El presente era demasiado ruidoso.

«Por favor, quiero dormir —pensé. Era una súplica penosa, a nadie en concreto, aunque me saliera del fondo del alma—. Por favor, por favor, quiero dormir».

No lo hice.

— oOo —

Elena sacó la cabeza de las tripas del sistema de filtración del agua, con una llave inglesa en la mano enguantada.

—¿Crees que podrían atravesar el casco? —preguntó.

Parpadeé y bajé la linterna.

—¿El casco que soporta micrometeroides a la mitad de la velocidad de la luz?

—No es lo mismo un único impacto que tener a algo arañándolo todo el día, todos los días. ¿Podrían erosionar el blindaje exterior?

—No —respondí, aunque su pregunta me hacía dudar.

¿Podrían? La idea parecía absurda.

Pero ¿podrían?

—No van a entrar —le aseguré, a pesar de mi falta de certeza—. Estoy segura.

—Vale, eso está bien —dijo Elena; al cabo de un momento, añadió—: Aunque

no entren, ¿podrían deteriorar el casco de tal forma que pusiera en peligro nuestra seguridad en el vuelo?

La miré. No lo había pensado.

—Lo dudo.

—Pero ¿es posible?

—Pues… —Ahora notaba una comezón terrible y me preguntaba qué otras posibilidades peligrosas no había tenido en cuenta—. Me lo pienso.

Ella asintió y se quedó satisfecha al ver que me había tomado en serio su pregunta. Siguió inspeccionando todos y cada uno de los cables y tuberías. Habíamos hecho cuatro inspecciones completas como aquella en los dos últimos meses. Una extraña parte de mí quería encontrar algo mal, algo que le dijera a Elena que su instinto era correcto, que algo no funcionaba, pero que, en fin, nuestra diligencia tenía su recompensa y habíamos resuelto el problema antes de que sucediera; que habíamos evitado la catástrofe.

Sin embargo, seguimos sin encontrar nada.

Cuanto menos encontrábamos, más desconfiaba ella.

— oOo —

No tenía ningún motivo para unirme a Jack en el laboratorio de datos, y habría seguido caminando de no haberlo oído mascullar una palabra.

—Idiota.

Retrocedí y asomé la cabeza por la puerta.

—¿Quién?

Por la cara que puso, no se había dado cuenta de que estaba allí. Negó con la cabeza y señaló el monitor.

—Los cubesats han terminado con el mapa del lecho marino.

—¿Y?

Entré en la habitación y miré la pantalla. La superficie de Opera se extendía ante nosotros, aplastada como la piel de un animal. Los cañones inundados horadaban las profundidades rocosas tentándonos con secretos que nuestros hidrodrones podrían revelar de tener alguna forma de lanzarlos.

—¿No es bueno tener un mapa? —pregunté.

—No hay indicios de ningún impacto reciente.

No sabía bien de qué me hablaba. Entonces surgió un recuerdo borroso: Jack sugiriendo esa posibilidad cuando llegamos.

—Bueno, entonces podemos descartar esa hipótesis.

—Era una estupidez —dijo.

—No, no lo era.

—No teníamos datos. Estaba diciendo gilipolleces, como siempre.

Fruncí el ceño.

—Era una idea. Siempre estamos planteando ideas erróneas.

No me escuchaba. Meneaba la cabeza mientras miraba los mapas del lecho marino.

—Esto es culpa mía.

—¿El qué?

—Aterrizar en las aguas poco profundas fue idea mía. Es culpa mía que estemos atrapados.

Lo observé. No pensaba permitir que siguiera con eso.

—Llegamos a un consenso. Todos estábamos de acuerdo.

—No sé por qué —me espetó—. A estas alturas ya deberíais saber que no sé qué hostias digo. Sonrío y digo chorradas. Siempre he sabido que algún día se volvería en mi contra y, ahora que ha pasado, os he jodido también a vosotros.

—Jack…

Se levantó y se fue, hecho una furia. Unos minutos después, unos golpes retumbaron por toda la nave: otra vez intentaba espantar a las ratas de las ventanas.

— oOo —

La puerta del camarote de Chikondi estaba cerrada, así que llamé. No respondió. Entré de todos modos.

Estaba tumbado en la cama, medio vestido, con las manos cruzadas sobre el pecho. No me saludó, aunque tampoco me dio la espalda. Me senté al borde de su cama.

—¿Hay algo que te gustaría ver cuando volvamos a casa? —le pregunté—. ¿Un festival, unas vacaciones o…?

Cerró los ojos.

—No lo sé.

—Pues piénsatelo.

Suspiró.

—La Copa Mundial de Fútbol —dijo—. Si todavía existe, me gustaría verla, donde sea.

Asentí para dar mi aprobación.

—A mí me gustaría ver un eclipse solar.

Él levantó la cabeza de la almohada.

—¿Nunca has visto un eclipse solar?

—Parcial, sí, claro. Pero quiero ver uno total.

—Eres una astronauta. Cabría pensar que un eclipse solar es poca cosa para ti, teniendo en cuenta todo lo que has visto.

—No sé, nunca he visto uno. ¿Y tú?

—Sí.

—¿Dónde?

—En casa, en 2095. Creo que era junio. Mis padres se tomaron el día libre para poder coger un coche y verlo juntos.

Primero esbozó una sonrisa, pero la sonrisa se desvaneció y un recuerdo sombrío lo arrastró al pasado, en vez de al futuro. En sentido contrario al que yo deseaba empujarlo.

—Háblame de la Copa Mundial —le pedí—. Si siguieran los mismos países de antes, ¿quién querrías que…?

Me detuvo amablemente, levantando una mano.

—Ariadne…, entiendo lo que intentas hacer. Te lo agradezco, pero de verdad que ahora mismo prefiero estar solo. Lo siento.

Tragué saliva. Asentí.

—Ven a verme si cambias de idea —le dije, obligándome a sonreír.

Le di un apretón en la pierna y me fui.

— oOo —

Durante los dos primeros meses, me iba a la cama por la noche y cruzaba los dedos deseando que la tormenta hubiera desaparecido por la mañana.

El tercer mes, suplicaba a quienquiera que me estuviera escuchando que detuviera la tormenta y nos dejara ir.

En el cuarto mes, empecé a olvidar que la vida podía ser de otro modo.

Pasé junto a Elena, que repasaba punto por punto la lista de verificación de su inspección. Le daba igual que yo ya no la ayudase. Seguía necesitando hacerlo.

Pasé junto a Jack, que le daba patadas a la puerta de la cámara estanca.

—Estúpido —decía—. Estúpido de mierda.

Las ratas no le prestaban atención.

Entré en la cubierta de la tripulación. La puerta de Chikondi estaba cerrada, así que llamé. No respondió. Pegué la oreja. Lo oía moverse por el camarote. Como no deseaba mi presencia, no entré.

Me fui a mi cuarto, me tumbé en la cama y me tapé con la manta hasta la barbilla.

«¿Adónde quieres ir?».

Intenté visitar mi casita del árbol infantil imaginaria, pero había ratas (ratas de verdad) corriendo por las esquinas, moscas arrastrándose por el techo y moho negro comiéndose la madera.

Intenté subir a bordo de mi barco pirata, pero las sirenas estiraban los labios para sonreír y dejaban al descubierto unos dientes destrozados. Solo querían ver cómo me ahogaba.

Intenté recordar historias que antes me habían dado fuerzas, pero solo recordaba su esqueleto, no el corazón que les latía dentro. Su calidez se había enfriado.

«¿Adónde quieres ir?».

No podía responder. No había adónde ir. No había nada más que aquello. Nunca habría nada más que aquello.

— oOo —

Al día siguiente, me levanté. No quería hacerlo, pero lo hice. No sé por qué. No había ningún buen motivo para hacerlo.

Bajé a la sala de control. Elena estaba allí, con sus diagnósticos matutinos. No nos dijimos nada. No había nada que decir.

Una luz en el monitor de comunicaciones me llamó la atención. Noté una chispita diminuta de esperanza que murió al instante. La notificación no era nada de la ACA, sino los datos meteorológicos de la mañana, recién descargados de los cubesats.

Miré a Elena, que parecía ir por la mitad de los diagnósticos. Sabía que no dejaría de observarlos hasta que acabara, igual que sabía que después pasaría a los datos del tiempo, así que no corría prisa abrirlos. Pero lo hice de todos modos. Por lo menos, era algo que hacer.

En los años que llevo trabajando con Elena, he aprendido lo que significan todos los remolinos y colores de un mapa del tiempo. Me falta su fino sentido para la coreografía atmosférica, pero sé leer un mapa. Esa mañana había un cambio en concreto que captó mi atención.

—Elena.

—¿Hm?

—¿Puedes echarle un vistazo a esto?

Ella miró hacia mi pantalla.

—Ya revisaré el mapa del tiempo cuando acabe con esto.

Porque todo tenía que seguir su preciado orden.

Me levanté, le giré la silla hacia mi monitor y señalé.

—Dime que esto es lo que creo que es.

Entornó los párpados, molesta por mi interrupción, aunque después abrió los ojos de par en par. Y vino corriendo.

—¿Cómo se me ha podido escapar eso?

—El tiempo hace cosas impredecibles —contesté.

Ella misma me había enseñado esa norma sempiterna, pero no le bastaba la explicación. Durante todos los días pasados en Opera se había dedicado a defenderse con desesperación de lo impredecible. Si sucedía algo, ella quería…, no, necesitaba tener un plan preparado de antemano.

El caso es que se había pasado tanto tiempo concentrada en lo que podría salir mal que se le había olvidado la posibilidad de que algo saliera bien.

—Iré a por los chicos —dije, corriendo hacia la escalera.

La puerta de Chikondi estaba cerrada. No llamé. Asomé la cabeza.

—A la sala de control —le dije, y él se incorporó en la cama y me miró—. Mejor que no te lo pierdas.

No esperé a su respuesta, ni cerré la puerta.

Encontré a Jack sentado de cualquier manera en la bodega de carga, mirando con rabia la cámara estanca. Le di la mano y lo conduje arriba.

Elena seguía molesta por encontrarse en una realidad que no había previsto.

—La velocidad del viento ha… ha disminuido. —Su mirada volaba por el mapa, todavía esperando un error—. No parece que vaya a durar mucho. Puede que un par de días, teniendo en cuenta estos sistemas de presiones.

Chikondi se enderezó un poco.

—¿Cuánto ha disminuido? —preguntó Jack.

Ella lo miró a los ojos.

—Lo suficiente.

Vi que Jack recuperaba una chispa que llevaba varios meses perdida.

—¿Y los otros puntos de aterrizaje?

Ella reorientó el mapa para centrarlo en cada una de las islas. Sus prognosis no eran buenas. Habían pasado cuatro meses, pero la única tierra firme de Opera seguía siendo inaccesible.

—Podríamos orbitar durante un tiempo —sugirió Jack, vacilante—. Las tormentas globales que duran tanto… Quiero decir, lo hemos visto en los gigantes de gas…

—Las tormentas de polvo de Marte —añadí.

—… pero no con la lluvia. Esto es nuevo. Así podríamos… podríamos sacar algo del tiempo que estamos pasando aquí.

No parecía demasiado convencido de sus palabras, como si las dijera porque era lo que debía decir, nada más.

Elena se lo pensó.

—Sería una pérdida de ese tiempo —dijo—. Desde la órbita no podemos hacer más de lo que haría un equipo de investigadores desde casa con los mismos datos. No se envía a nadie si solo vas a estudiar mapas de los satélites. No hemos venido para eso. No nos han enviado para eso.

Todos guardamos silencio un momento. No hacía falta decir lo que ya sabíamos: no queríamos quedarnos. Queríamos largarnos lo más lejos de aquel lugar que nos permitiera el universo. Nos habíamos pasado la tercera parte de un año en Opera, y habíamos acabado con un retrato parcial de una única especie nueva y unos datos meteorológicos no concluyentes. No habíamos conseguido nada.

—Podríamos dejar en órbita un par de cubesats —sugerí—. Para que la gente de casa pueda estudiarlo.

—Me parece bien —dijo Elena—. Tendrán mucho que estudiar.

Guardamos silencio de nuevo.

—¿Consenso? —preguntó Jack.

—Sí —dije.

—Sí —dijo Elena.

Chikondi asintió con la cabeza.

Nadie se movió durante un momento. ¿Íbamos a abandonar nuestra misión? ¿O hacíamos lo que necesitábamos, lo que nosotros, como animales vivos, necesitábamos para seguir adelante con la misión?

Todavía no lo tengo muy claro.

Jack rompió el silencio.

—Vamos a empezar con los preparativos.

Nadie se lo discutió. El consenso era innecesario, en realidad, puesto que lo teníamos claro desde hacía meses.

Todos nos pusimos manos a la obra, guardamos el equipo de laboratorio, que no se había usado, y empaquetamos las herramientas que habíamos dejado por allí. Reconozco que no fuimos cuidadosos. Ni meticulosos. No usamos nuestras listas de verificación. Simplemente, echamos todo en cajas, anclamos las cajas y pasamos a lo siguiente. Se había abierto una puerta y de ningún modo íbamos a permitir que se cerrara.

— oOo —

Lanzar una nave espacial es un acto violento. A pesar de la tecnología avanzada, de los increíbles avances por los que tanto nos felicitamos, el proceso de abandonar un planeta siempre ha sido el mismo: empujar con todas tus fuerzas y volar lo más deprisa posible. Antes de Opera, había pasado por más de una docena de despegues. Era una experiencia que siempre me sobrecogía; me maravillaba la energía pura que se generaba detrás de mí y, sí, claro, también la temía. He oído a algunos astronautas describir la sensación como si alguien les apoyara un pie enorme en el centro de la espalda y los apartara de un empujón. Yo nunca me he imaginado un pie, sino las manos de todos los científicos y colaboradores elevándonos a un lugar al que nadie puede llegar solo.

Salir de Opera fue distinto.

No es que fuera distinto, lo sé, ni en la mecánica ni en el proceso; en nada, salvo el contexto. Estábamos sujetos, todos los sistemas en orden. Los motores rugieron. Los asientos se agitaron. No sentí manos protectoras al ascender, sino todo lo contrario: los dedos de un planeta que tiraba de nosotros porque no quería dejarnos escapar. El cuerpo se me hundió mientras la fuerza de la gravedad se acumulaba cada vez más. La Merian estalló en un coro de chillidos metálicos en su lucha contra la física imparcial de Opera. Ya no navegábamos en una nave espacial, sino a lomos de un pájaro diminuto, atrapado en un enorme pozo de brea, que batía las alas tan fuerte que se arriesgaba a dejar atrás un pedazo de sí mismo.

Las ratas estaban aterradas. Algunas se habían caído con el estallido inicial, pero otras seguían aferradas a las puñeteras ventanas, demasiado estúpidas para comprender que, cuanto más se agarraran, más segura sería su muerte. Las vi estremecerse cuando el aire las lanzaba al vacío, vi que las llamas se tragaban a las que no caían y las reducían a cenizas. No sentía nada más que aversión hacia ellas, y la pureza de esa emoción es lo más feo que he sentido nunca. «No es culpa suya —razonaba con poco entusiasmo la científica buena que llevaba dentro—. No pretenden hacerle daño a nadie. Es una muerte horrible. No se lo merecen».

«Me da igual», respondía el rencor puro que también llevaba dentro. Y así era. A pesar de toda mi imparcialidad, de haber intentado dejar a un lado los sesgos antropocéntricos para ver la belleza en todas sus formas, de verdad que me daba igual. Las vi arder y sentí un alivio muy retorcido.

Desde entonces, odio lo que eso dice de mí.

Como si alguien hubiera activado un interruptor, todo cambió. El último jirón de atmósfera se desvaneció. Donde antes amenazaban las nubes, ahora brillaban las estrellas. Mis extremidades, cabeza y pecho se separaron de la silla y empujaban las correas que me mantenían sujeta. Me desabroché el arnés sin echar ni un solo vistazo a las lecturas; a la mierda el protocolo. Cerré los ojos. Dejé el cuerpo inmóvil. Floté en todas direcciones y ninguna, olvidado el

concepto del peso. Me mordí con fuerza el labio para reprimir el gemido que me subía por la garganta. Era el momento en el que hacía efecto el analgésico, el trago de agua que evita que mueras.

Más. Necesitaba más.

Me volví y me fui derecha a la bodega de carga para meterme en mi traje AEV. Oía a los demás llamarme, pero no presté atención a lo que decían.

—Oye —me dijo Jack, que puso una mano en la ventana de la cámara estanca cuando yo ya me preparaba para salir—. ¿Qué estás haciendo?

—Tengo que hacer un examen, por si hay daños —respondí, lo que era cierto.

No habíamos podido inspeccionar el casco exterior y, aunque claramente estaba todo bien para el despegue, tenía que asegurarme de que las ratas no hubieran estropeado nada vital.

Jack abrió la boca para discutir conmigo, pero Elena apareció detrás de él y le puso una mano en el hombro.

—Tiene razón —le dijo—. Deja que lo compruebe.

La puerta de la cámara se abrió al vacío sin límites del otro lado. Allí no había viento, ni olas. Solo la fría constancia de las estrellas, para las que yo no era más que un tosco pedazo de carbono mojado, una escama de piel que apartas de un manotazo. No importaba mi dolor, ni mi mezquindad, ni mis errores, ni mi ineptitud. Yo no importaba. Nada de lo que hiciéramos allí importaba. Nada de lo que pudiéramos hacer importaba al compararlo con aquello.

Oí el crepitar del sistema de comunicaciones.

—Ari, el amarre —dijo Jack—. Se te ha olvidado el amarre.

No se me había olvidado. Es que no había querido llevármelo.

Comprobé los asideros metálicos de la cámara estanca con los gruesos guantes, como una cría preparándose para soltarse del borde de la piscina para impulsarse hacia la parte honda. No sabía lo que hacía. No lo había meditado. Solo sabía que una de mis opciones era fácil. Muy fácil.

—Ari… Me cago en…

Elena se hizo cargo del comunicador y me habló con voz fría y dura.

—Si vas a buscar posibles daños, me parece bien, pero tienes que seguir el protocolo. Si no puedes hacerlo ahora, regresa y lo haces después.

Solté uno de los asideros. Levanté un dedo y recorrí con él las estrellas. Madre mía, eran preciosas. ¿Cómo era posible que algo tan tosco como nosotros procediera de algo tan bello?

Oía a Jack de fondo:

—Me voy a poner el puto traje…

—La cámara estanca está abierta, no puedes…

—Bueno, ¡pues ella tampoco! Ari, escucha…

El sistema de comunicaciones guardó silencio de nuevo. Respiré hondo. Eso era lo único que oía: mi respiración. Ni los gritos del viento, ni las olas interminables, ni la succión de bocas viscosas. No oía nada más que el aire que entraba y salía de mí. Me gustaba. Me gustaba mucho. No quería nada más que eso, nunca más. Ni siquiera necesitaba seguir mirando las estrellas. Me bastaba con saber que estaban allí y que no había ninguna pared entre nosotras. Podía vivir detrás de mis párpados. Me gustaba.

Oí que el comunicador se encendía de nuevo. Por un instante, solo brotó silencio.

—Ariadne —dijo Chikondi.

Abrí los ojos.

—Ariadne, vuelve a la nave.

Me volví hacia la puerta de la cámara estanca, lejos de la oscuridad tranquilizadora, de regreso a las luces frías y las paredes opresivas. Salvo que ya no resultaba tan horrible como antes. No, porque Chikondi estaba allí, flotando al otro lado de la ventana, con la palma de la mano en el cristal.

—Cuando volvamos a casa, ¿quieres tener una mascota? —me preguntó.

Me quedé mirándolo.

—Me gustaría tener un perro —dijo—. Nunca he tenido uno. Mis hermanos eran alérgicos, pero yo no.

Cerré los ojos. No quería tener un perro. Quería las estrellas. No quería paredes.

—Creo que me gustaría un *beagle*. No es ni demasiado grande, ni demasiado pequeño. Me gustan sus orejas. Davide, el de astrofísica, tenía un *beagle*, ¿te acuerdas?

Se me cortó el aliento y después se me aceleró. Quería que Chikondi se fuera, quería que todos ellos desaparecieran. Quería desaparecer.

—Venga, Ari, te necesitamos aquí. —Apretó más la mano contra la ventana—. Aquí dentro.

—Es que…

Al salir, me daba igual por qué estaba ahí fuera. Sin embargo, de repente, esa falta de conocimiento me desconcertaba. ¿Qué estaba haciendo? ¿Quién era yo en ese momento?

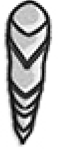
—Lo sé —dijo, aunque yo no había pronunciado palabra. Esbozó una sonrisa triste—. Lo sé. Vamos.

Dejé que la puerta se cerrara y la presión se igualara. Jack tiró de mí. Elena me quitó el casco y los guantes. Chikondi me sacó del capullo de mi traje. Todavía oía mi respiración, aunque era más tranquila, y también oía la de ellos, cada aliento y cada latido mientras me abrazaban, mientras nos abrazábamos flotando

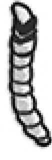


en el centro de la sala, en una unión sin principio ni final.





VOTUM





Nuestra especie evolucionó para adaptarse a un mundo que gira. Los largos días y noches de los polos de nuestro planeta son un desafío para nuestra mente diurna, e invitan al insomnio en verano y la depresión en invierno. Dormirse y seguir dormidos era una de las frustraciones más habituales para los astronautas de principios del siglo XXI que vivían en la Estación Espacial Internacional, ya que veían salir el sol cada hora y media por su constante caída libre gravitacional. Pero la rotación planetaria estable no es una constante en el universo, ni siquiera la norma. Los sistemas de enanas rojas tienden a la rotación síncrona, es decir, un estado en el que el periodo rotativo de un objeto dura lo mismo que su periodo orbital. Para ilustrarlo de una forma más sencilla: pensad en el aspecto de nuestra Luna desde la Tierra. Cuando vemos una luna llena en una noche despejada, siempre vemos la misma disposición de cráteres. Algunas culturas distinguen un rostro; otras, un conejo. Sea cual sea la interpretación, la verdad subyacente es la misma: un lado de la Luna siempre mira hacia la Tierra. El otro lado nunca lo hace. Eso es una rotación síncrona.

Es raro que, hasta llegar a Votum, no hubiéramos aterrizado nunca en un mundo que se quedara quieto. Aecor está en rotación síncrona con su planeta madre, pero no es una estrella, así que experimenta la noche y el día a un ritmo periódico, como la Luna (conoceréis el ciclo del día lunar como un lento intercambio de sombra y luz: las fases). Si Mirabilis y Opera hubieran tenido atmósferas tenues, seguramente habrían estado en rotación síncrona con Zhenyi, pero sus gruesos edredones de nubes cuentan con su propio giro y empujan la superficie con su fiero movimiento. Sus empellones son lo bastante fuertes como para hacer girar un planeta (un efecto que también se ve en Venus).

En ese aspecto, Votum, con una rotación síncrona típica, es un planeta más convencional. Su atmósfera tiene un dieciséis por ciento del grosor de la de la Tierra, así que le falta fuerza para empujar las montañas hacia delante. Un lado está siempre a oscuras, mientras que, en el otro, es siempre de día. Por si no bastara con eso, al estar muy cerca de Zhenyi, Votum está constantemente bombardeado por partículas solares. El robusto campo magnético que lo rodea ayuda, pero tiene sus límites. Esta combinación de factores da lugar a unas

temperaturas superficiales extremas y a una protección mínima frente a los rayos de Zhenyi. Este pequeño mundo no es de los que permiten relajarse.

Los astronautas ya estamos protegidos de ese tipo de peligros en la desnudez del espacio profundo, pero viajar a un planeta así, uno que planta cara al sol sin parpadear nunca, era territorio desconocido para ACA. Cuando dejé la Tierra, no habíamos enviado todavía ninguna misión tripulada a la ardiente superficie de Mercurio, y las otras misiones Lawki seguían en los primeros tramos de su viaje cuando despegó la Merian. En términos fisiológicos, no sabíamos qué esperar. Así que, para ir sobre seguro, se aumentaron las ganas de radiación de mi piel para proporcionarme una capa extra de protector solar incorporado. Y, aunque nuestro programa de estudio nos llevaría a la sombra helada del planeta, nuestra primera parada era en la zona iluminada por el sol. Allí no nos ayudaría nuestro anticongelante, ni tampoco teníamos un suplemento a mano para perder calor, en vez de retenerlo. Los mamíferos de sangre caliente somos así de engorrosos. Para ese desafío necesitábamos una solución tecnológica: nuestros trajes AEVT, que por fin usaríamos con todos los controles climáticos de los que disponían.

Eso fue todo lo que me encontré al despertar en Votum: una piel más gruesa y las herramientas que ya llevaba. Floté hasta el espejo para examinar mi forma desnuda. No veía diferencias con respecto a Opera, al menos que pudieran verse o tocarse. Sin embargo, sí que era distinta, tan distinta como una desconocida. Por fin tenía la mente en calma, pero la sensación era tan preciada que era reacia a aceptarla. Estaba tan acostumbrada a la cacofonía que parte de mí la anhelaba perversamente; confiaba más en una discordancia eterna que en una paz que pudieran robarme. No volvería a ser la Ariadne que no había estado en Opera, igual que no volvería a ser la Ariadne que nunca había salido de la Tierra, igual que no volvería a ser la Ariadne que nunca había abandonado el hogar familiar, que no había sangrado, que todavía no había aprendido a caminar. Una polilla antes fue una oruga, pero ya no lo es. No puede volver a deshacerse, no puede hacer la metamorfosis al revés. Si intentara volver a comer hojas, moriría de hambre. Si se arrastrara de nuevo al interior de su capullo, no obtendría refugio. Es una paradoja: la imposibilidad de reclamar lo que quedó atrás mientras vives en una forma compuesta en su totalidad por los pedazos reconvertidos de ese mismo pasado. Existimos donde empezamos, pero permanecer ahí significa la muerte.

No obstante, yo no soy una polilla. Soy humana. Y, en los humanos, no hay solo dos etapas, sino muchas más. No podría haber predicho cada versión mía por la que iba a pasar, pero, a lo largo de mi historia, siempre ha habido una constante: el cambio en sí mismo. Puede que no sea capaz de regresar a las Ariadne anteriores, aunque tampoco sería siempre la Ariadne que flotaba frente al espejo. No sabía quién era la que esperaba a que empezara a moverme hacia ella. Aun así, sentía curiosidad por conocerla. Estaba deseando hacerlo.

Me corté las uñas. Me vestí. Salí del camarote para reunirme con mi tripulación.

— oOo —

Elena se negó a tirar los dados en Votum. Dijo que ella ya había sido la primera en otra parte y que el honor le correspondía a Chikondi. Él protestó; al final, ganó ella.

Chikondi se quedó un buen rato al pie de la rampa, asimilando aquel mundo nuevo. Nadie le tomó el pelo, como habían hecho conmigo cuando pisé Aecor. No le metimos prisa. Allí no pensábamos hacer nada con prisa.

Casi me desmayo al sentir de nuevo la tierra bajo los pies. Quería rodar por ella, escarbarla, restregármela por las mejillas. Ante nosotros no había nada más que tierra; era una llanura llena de cantos rodados, sin rastro de vida. Las montañas marcaban el horizonte y se alzaban apaciblemente hacia el cielo naranja. Zhenyi se veía enorme, aunque tan tenue como siempre, y la fina atmósfera permitía que la atravesara una modesta bandada de las estrellas más brillantes, a pesar de aquel día interminable.

Jack se sentó y arrastró los dedos por el suelo. Recogió un puñado de tierra y la examinó en la palma de la mano, para después esparcir los granos a uno y otro lado. No sé qué estaba haciendo o buscando. Creo que no era más que un hombre jugando con tierra. No tenía ningún interés en interrumpirlo.

Al contemplar Votum, quizá algunos vieran un páramo. Era el polo opuesto de Mirabilis, el vacío que equilibraba la riqueza del otro. Aecor también era un mundo tranquilo, pero, incluso antes de ver a los nadadores relucientes, las aguas bajo el hielo eran prometedoras y la respiración cíclica de los géiseres nos decía que el planeta tenía pulso. Pero Votum… Nada se movía en Votum, nada salvo los guijarros más pequeños que el viento se llevaba de un lado a otro.

Sabía que ACA había debatido mucho sobre si llevarnos allí o no, pero se podía aprender mucho de un planeta que, a pesar de estar en una zona habitable, había muerto o nunca había tenido vida. La información sobre el primer caso serviría como advertencia; la del segundo nos acercaría más a comprender por qué empieza la vida, en general. En cualquier caso, conseguiríamos unas cuantas pistas más sobre el mayor «porqué» de la existencia.

En aquel momento, a mí me daban igual los porqués y los cómos. Tampoco veía un erial. Cuando contemplaba Votum, aquella llanura enorme y resonante, veía justo lo que mi alma anhelaba. Un lugar tranquilo, una pizarra en blanco, una realidad en la que todo permanecería quieto durante todo el tiempo que necesitara. Si algo se movía, sería porque yo me moviera, porque yo decidiera moverme. No era emocionante, pero tampoco aterrador. No era apasionante,

pero tampoco abrumador. Simplemente, era. La neutralidad encarnada.

Me tumbé. Apoyé las palmas de las manos en el suelo. Me pegué a la curva exterior de Votum y recorrí la galaxia con él. A pesar de tener la espalda en la tierra, me sentía como si flotara en agua salada. El cielo me saturaba los ojos. El tiempo se disolvía. Seguí respirando hondo. Inhalando y exhalando. Votum no me necesitaba, pero yo sí lo necesitaba a él. Lo necesitaba desesperadamente.

—¿Montamos el campamento? —preguntó Chikondi, al final.

Era una obviedad, el siguiente paso del protocolo. Elena miraba el horizonte con expresión testaruda.

—Más tarde —dijo.

Dio un paso adelante para probar la ligera gravedad. Dio otro paso, y luego otro, y otro. Yo me senté justo a tiempo para verla echar a correr. Su cuerpo no estaba acostumbrado todavía al peso en Votum, aunque se notaba un ritmo depurado debajo de sus traspiés, unas piernas que recordaban cómo se corrían maratones y se bailaba toda la noche. Jack la observó un instante antes de salir corriendo también. La fuerza de cada paso era visible, palpable. Como si alguien hubiera soltado un muelle comprimido.

Chikondi se me acercó.

—Vamos —me dijo.

Dejé que me levantara y echamos a correr juntos, a toda velocidad, detrás de los otros dos. Elena sabía adónde iba. Yo no, pero me fiaba de ella. Jack confiaba plenamente en su capacidad para seguirle el ritmo. Yo no, pero, si él podía, yo también. Y Chikondi… Chikondi no era un gran atleta. Aun así, vi que saboreaba la forma en que su cuerpo flotaba una fracción de segundo en el aire antes de cada paso tambaleante. No le importaban ni el destino ni el aspecto que tenía corriendo hacia él. Si él era capaz de disfrutar de la torpeza, yo también.

Corrimos hasta lo alto de una colinita y llegamos jadeando a la cumbre. El desierto se extendía ante nosotros angular, desmenuzado, de un rojo cálido, como el terreno debajo de una fogata.

Elena lo examinó. Le puso una mano a Jack en el hombro, amistosa; él puso una mano sobre la de ella.

—Es precioso —dijo Elena.

Entre jadeos, Chikondi y yo llegamos hasta ellos y nos pusimos a su lado. Apoyé el casco en su hombro. Él le dio la mano a Elena, que la aceptó de buena gana. Nos convertimos en una molécula, con sus distintos componentes unidos mediante enlaces naturales.

—Es precioso —repetí, contemplando la nada—. Es lo más bonito que he visto en mi vida.

— oOo —

La cámara estanca se abrió con un silbido, nos metimos dentro y charlamos mientras nos cambiábamos.

—Los cañones que vimos desde la órbita indican la presencia de agua —dijo Jack—. Aquí hubo agua en algún momento.

—No voy a discrepar de la geología —dijo Elena—. Y la rotación síncrona encaja con la ausencia de agua actual. —Se refería a la temperatura; cualquier agua líquida del eterno día de Votum habría estado encantada de evaporarse—. Lo que me pregunto es cómo es posible que tanta agua durara el tiempo suficiente en la superficie como para crear cañones.

Jack coincidió con un ruidito mientras se quitaba el casco.

—Bueno, ¿y si Votum no hubiera empezado aquí? ¿Y si su órbita estaba más lejos, tenía atmósfera, rotación y todo eso, y algo lo sacó de allí de un empujón?

Elena se quitó los calcetines y asintió.

—Te refieres a un cometa.

—Sí, o a un planeta que se autodestruyera en el proceso.

—Eso podría encajar.

—Pero ¿queda algo de agua? —intervino Chikondi—. Es lo que me gustaría saber.

Elena parecía escéptica.

—No en la superficie, hace demasiado calor. Y no hemos visto casquetes glaciares en el otro extremo.

Jack se rascó la barba de tres días.

—Pero están los cañones —reflexionó—. Tienen una profundidad increíble. Podrían contar con la sombra suficiente para conservar algún charquito. O cuevas, podría haber cuevas. Apuesto por las cuevas.

—No tienes dinero —dijo Elena.

—Bueno, si lo tuviera, apostaría por las cuevas. Me lo pido: cuevas.

Una vez fuera de los trajes, nos fuimos a la escalera.

—Si hay cuevas, no pienso volver a entrar en una con Ariadne —dijo Chikondi mientras subíamos.

—¿Qué? —me reí—. ¿Por qué?

—¿No te acuerdas? ¿En Mirabilis?

Me devané los sesos y me reí con más ganas al entenderlo. Al explorar un viejo tubo de lava, encontré un hueco lateral más o menos de mi tamaño y, por tanto, una oportunidad irresistible para meterme dentro y esperar a que pasara Chikondi.

—Ah, fue muy divertido. Me dijiste que te había parecido divertido.

Él puso una cara muy graciosa, como si fuera a regañarme, justo cuando llegábamos a la sala de control.

—Está claro, clarísimo que no me pareció…

El lenguaje corporal de Elena nos detuvo en seco. Seguí su mirada hasta el monitor de comunicaciones.

Sobre la carpeta de descarga flotaba un número.

1, decía.

Lo rodeamos.

Ella pulsó el play.

El mensaje no procedía de la Tierra en sí, sino de la frontera atmosférica superior. Veía mi planeta natal por la ventana detrás del hombre que salía en pantalla, que flotaba en una sala igual a la nuestra. No me había dado cuenta antes de lo mucho que echaba de menos el color verde.

—Hola, Lawki 6 —dijo el astronauta—. Aquí Lawki 5.

—La hostia, es Lei —dijo Jack.

Lei Jian, quería decir, uno de nuestros colegas. Lo conocíamos, habíamos estudiado juntos, habíamos ido juntos a varias fiestas de lanzamiento. Había viajado en letargo, como nosotros, y, como nosotros, los años habían dejado su huella en él. Me pregunté si alguna vez dejaría de sorprenderme al ver un rostro más viejo de lo que recordaba.

—Voy a suponer que vosotros tampoco habéis sabido nada de casa —dijo Lei—. Estamos bastante seguros del porqué. Llegamos anteayer, pero no recibimos ninguna señal de la Tierra. No llega nada de la Tierra. Hemos intentado llamar a la base lunar y sí que hemos recibido una señal de vuelta, pero es automática. Su equipo funciona, pero no hay nadie en casa. Así que nos enganchamos al satélite más cercano y… bueno, está frito. Todos están fritos, nadie nos responde. Seguimos reuniendo información, aunque todo apunta a una gigantesca tormenta geomagnética.

«Ah, claro —fue lo primero que pensé. Y después—: Oh, no. No. No».

No sé describir lo que sentí cuando empecé a comprender la magnitud de lo sucedido sin insultar en el proceso vuestra experiencia en el suelo después de la traición del sol. ¿Cómo va a ser comparable mi malestar al vuestro? Ni me imagino lo que habréis tenido que soportar. La tecnología en la que vivo (la tecnología que la Tierra fabricó para nosotros) no falló, nunca ha fallado. No nos hemos muerto de hambre ni nos hemos congelado. No hemos temblado de frío en la oscuridad mientras la comida se nos pudría y los vehículos se paralizaban. Y, lo peor de todo, sabíamos que esto podía suceder. Llevábamos desde principios del siglo XX preocupándonos, impotentes por lo que podría hacerle una erupción

solar a nuestra infraestructura electrónica. Pero mi generación estaba tan absorta en arreglar los problemas generados por el desastre medioambiental (que, a pesar de ser bien conocido, no se había tratado) creado por la generación anterior que cometimos el pecado de la procrastinación criminal contra la vuestra. No pido perdón porque no me lo merezco. No sé cómo habrán sido las condiciones para vosotros y los vuestros; solo puedo suponer que serían devastadoras, dado que vuestro silencio está durando años y no meses. ¿Cuánto habréis reconstruido? ¿Cuánto habrá podido salvarse?

¿Cuántas personas quedan?

—Vamos a aterrizar esta noche —dijo Lei—. No sabemos quién habrá ahí abajo ni si nos espera alguien, pero la buena noticia es que, como nuestro sistema de comunicación sí que funciona, podremos ponernos en contacto con vosotros en cuanto nos hagamos una idea de la situación. Mañana, con suerte. Pero… hay algo más —dijo, y perdió toda expresión en el rostro mientras intentaba hablar en tono neutro—. Nuestro casco ha sufrido daños en el camino de vuelta a casa. Todavía no sabemos por qué, pero tenemos un puñado de luces amarillas.

—Dios mío —susurré.

Los daños en el casco podían significar muchas cosas. Algunas inocuas. Muchas no. Una es la posibilidad de arder en la reentrada. Y, sin forma de llamar a la tripulación de tierra para pedir ayuda, sin que nadie estuviera esperando para recoger a Lawki 5 si se veían obligados a usar el sistema de escape… La astronauta que llevaba dentro había sido entrenada para enfrentarse al riesgo al que todos nos enfrentamos y no se hacía ilusiones sobre nuestra mortalidad. Sin embargo, mi parte humana no podía evitar las náuseas.

El rostro de Lei reflejaba las mismas emociones.

—Os vamos a enviar todos nuestros informes de la misión, por si acaso, em… Pero, de verdad, no os preocupéis. Nos tomamos algo juntos cuando volváis a casa, ¿eh? Tened cuidado ahí fuera. Os llamaremos mañana.

El vídeo acabó. Nunca había notado tan cargado el ambiente de aquella sala.

—Podrían ir a la Luna —dijo Chikondi—. Podrían esperar allí.

—¿Esperar durante cuánto tiempo? —preguntó Jack, aunque en tono amable—. Ya sabemos lo que pasa con las esperas.

—Yo también habría decidido volver a casa —dijo Elena—. Para saber. Para ayudar.

—Además, es imposible saber cuándo se abandonó la base —intervine—. Que funcionen las comunicaciones no significa que funcione el soporte vital.

Sacudí la cabeza; el estómago no quería asentarse.

Elena me apretó el hombro.

—Esperaremos a mañana —dijo—. No podemos hacer otra cosa.

Llegó la mañana, seguida de otra y otra, y otra más.

Lawki 5 no volvió a ponerse en contacto con nosotros.

— oOo —

Cuando el día no termina nunca y el mundo no tiene ritmo, resulta vital crear el tuyo. Mis primeras semanas en Votum dormí como una adolescente, dejando que mi cuerpo decidiera su ciclo. No presté atención al reloj. Bebía cuando tenía sed, trabajaba hasta que necesitaba descansar y descansaba hasta que me aburría. No abandoné el protocolo, pero no necesitaba usar unas listas de verificación inflexibles para seguirlo. Conocía las reglas. Sabía lo que estaba haciendo. Me escribía recordatorios, no órdenes militares. No me reprendí por los días en los que no hacía nada más que dormir y prepararme una ensalada, porque se emparejaban con otros días en los que arreglaba, excavaba, tomaba muestras y estudiaba. A veces, salía de paseo al exterior; no para hacer trabajo de campo ni para explorar, solo para caminar y ya está. Había un destino que me encantaba y que descubrí por accidente (una cresta desmoronada que daba a una llanura hipnotizadora), y, me dirigiera a donde me dirigiera, a menudo acababa allí arriba, siguiendo el sendero estrecho abierto tan solo por mis pies.

Esta simplicidad no me deleitaba como en Aecor. No sé cómo llamar a esa otra emoción. «Vacío» suena deprimente; «quietud», aburrido. Creo que Votum es como el espejo de mi camarote. No presupone nada, no te obliga a tomar decisiones. No se vuelve hacia mí. Me deja pensar sin más. Siento un enorme respeto por él.

Después de cada paseo, regresaba a la Merian cubierta de una fina capa de polvo rojo, que se me pegaba al traje como una segunda piel. Me encantaba verlo bailar a mi alrededor cuando los ventiladores de la cámara estanca lo soltaban. Las partículas formaban bandadas de estorninos que volaban con elegancia hacia los respiraderos que los expulsaban al exterior. Cada vez que veía la tierra desaparecer, que el plasma esterilizado me envolvía en remolinos de morado etéreo, regresaba a la nave sintiéndome un poco más ligera que la vez anterior. Sé que solo me limpiaban el traje, pero algo más, algo sin nombre y que se originaba en mi interior, se desperdigaba por el aire junto con el polvo. Fuera lo que fuera, no quería recuperarlo.

— oOo —

Chikondi entró en el camarote sin llamar y nos despertó a Elena y a mí.

—Cubesats —jadeó. Empezó a decir algo más, pero se rindió y se puso a

hacernos gestos frenéticos—. Agua —consiguió articular.

Nos vestimos como pudimos y salimos corriendo.

Jack ya estaba en el laboratorio de datos, introduciendo a toda prisa comandos en la consola.

—Está entrando —dijo.

—¿El qué está entrando? —preguntó Elena.

Una imagen ocupó toda la pantalla: Votum desde arriba, una superficie parcheada de rocas salpicada por alguna que otra nube vaporosa. Ya había visto la zona que estábamos mirando: una serie de cañones que el equipo de la Tierra había bautizado como los Surcos. Los telescopios de la órbita terrestre no habían podido ver su interior, pero nosotros sí. La gran mayoría estaban vacíos, no eran más que arrugas geológicas, poco más. Sin embargo, en uno de ellos, en lo más profundo de las sombras, había algo prometedor. Una línea diminuta que reflejaba la luz. Un filamento que nadie habría visto al mirarlo de pasada.

Contuvimos el aliento.

Jack esbozó una amplia sonrisa.

—Os lo dije —susurró.

—Esto parece un buen sitio para aterrizar —dije, señalando una meseta cerca de los cañones—. Sé que acabamos de montar el laboratorio, pero…

Chikondi empezó a recoger todo lo que no estaba atornillado: lápices ópticos, botellas de agua, la chaqueta de alguien. Mensaje recibido: íbamos a hacer las maletas *ipso facto*.

— oOo —

Despegamos y aterrizamos.

Montamos el campamento, otra vez.

Salimos de la Merian al alba del día siguiente y caminamos unos cuatro kilómetros.

Descendimos en rápel por las antiguas paredes, camino de la oscuridad en sombra. El viento del cañón silbaba al pasar junto a nosotros, a modo de saludo espectral.

Caminamos un rato, oyendo por todas partes el eco de nuestros pasos. ¿Eran los primeros ecos que recorrían aquel lugar? Le di vueltas a la pregunta. ¿Estaba el aire del cañón acostumbrado a transportar sonidos, aparte de los que él mismo creaba?

Doblamos un recodo y ahí estaba: un río estrecho, más bien un arroyo, para ser exactos. No iba con mucha prisa y apenas me habría llegado a las rodillas si me hubiera metido dentro. Brillaba con un tono gris mercúrico a la luz de nuestros

cascos. Su meandro producía una cháchara agradable al pasar por encima de las piedras que había ido puliendo. Era consciente de la ironía: mientras que en Opera anhelaba un respiro del clamor acuático, allí agradecía con toda mi alma el sonido del agua.

Sin embargo, faltaba algo, y noté que el buen humor colectivo sufría un pequeño bajón al darnos cuenta de ello. El río no tenía ni plantas, ni moho, ni siguiera alguna tira de verdín que nos animara. Nada nadaba bajo sus ondas ni caminaba de puntillas hacia la orilla para beber. Puede que el número de organismos vivos de Votum se limitara a cuatro, pensé; y, encima, se trataba de residentes temporales.

Chikondi abrió su juego de herramientas y se arrodilló al lado del río. Sacó un microscopio de campo y lo metió en el agua.

Lo rodeamos pacientemente.

La pantallita se encendió y la imagen proyectada era blanca, blanco puro, el mismo color que la base de la cámara de muestras. Chikondi movió un poco el microscopio para que otras partes de la muestra se deslizaran hasta quedar a la vista. Vimos un trozo de roca, un fragmento de cieno. Estaba bien. Estaba bien no encontrar nada. Todavía teníamos mucho que aprender, aunque no…

Entonces, por la esquina inferior izquierda apareció una forma. Era una masa gelatinosa con estructuras diminutas en el núcleo que flotaba hacia el encuadre.

Bullíamos de emoción contenida. Era una célula, solo una. Sencilla y soberbia.

Tras una pausa y un estremecimiento sutil, la célula se dividió en dos.

Decir que estallé en vítores no es del todo correcto. Rugí. Bramé.

—¡Ahí va! —exclamó Jack.

—Dios mío —dijo Elena, que sonreía de oreja a oreja.

—¡Ahí va! —gritó Jack, estrellando sus puños contra el aire porque toda la energía que se le acumulaba dentro exigía salir.

Chikondi se rio. Se rio sin parar y así llenó el hueco de las palabras que resultaban insuficientes.

— oOo —

Jack había hecho bien apostando por las cuevas. Encontramos una escondida en la pared de un cañón y era como un umbral muy estrecho que conducía a otro mundo. Tuvimos que arrastrarnos de rodillas para recorrer el pasadizo delantero, a veces chapoteando, pero, más adelante, el agua había abierto una magnífica cámara interior. El río Lei, porque así lo llamamos, une dos canales subterráneos y, en su nexo, hay un estanque cristalino de una serenidad insólita. Sobre las aguas, que llegaban más o menos a la altura del pecho, cuelgan unos cristales

retorcidos deslumbrantes que adornan el techo y las paredes como encaje antiguo. El aire es cálido, gracias a los respiraderos de vapor que discurren bajo la roca, y completamente aislado del sol inclemente. Es el lugar perfecto para que se desarrolle la vida y, aunque esto no sea tan importante, para que nosotros trabajáramos.

Como éramos (al menos, de momento) los únicos seres vivos macroscópicos de Votum, no tuvimos reparos en montar nuestro laboratorio de campo dentro de la cueva. No hay bichos que puedan tirarlo, ni clima que lo deteriore. Por supuesto, esterilizamos todo antes. En este santuario procuramos ir con cuidado. Aunque también he llegado a habitarlo por completo. Por el momento, la cueva es mi hogar. Respondiendo a la pregunta que me planteé en Opera, creo que un hogar solo puede existir en un momento concreto. Es algo tanto encontrado como creado. Siempre temporal, hablando en términos globales, pero vital a la vez.

Un día levanté la mirada de mi mesa de trabajo, donde había estado etiquetando muestras de rocas para llevar a la Merian. Chikondi estaba sentado junto al estanque, como siempre, observando fijamente su tablet mientras canturreaba al ritmo de lo que escuchaba por los auriculares. Estaba haciendo algún tipo de prueba con las muestras de bacterias que había recogido; si intentábamos preguntarle qué tramaba, respondía con un murmullo vago que indicaba que estaba en pleno proceso de resolución de un rompecabezas y que ya nos lo contaría cuando la idea terminara de formarse. Elena y Jack estaban de pie junto a un reluciente tirabuzón de cristal, sumidos en un amable debate sobre algo que tenía que ver con la salinidad. Reconozco que no prestaba atención a los detalles, ya que estaba demasiado ocupada observándolos a los tres y a mí, cada uno en nuestro elemento. La cueva era un reflejo de nosotros, a su manera. Roca, agua y vida; todo ello necesita de herramientas para examinarlo. Y todo ello no significa nada si no hay nadie para observarlo.

—No podemos volver —dije.

Elena y Jack me miraron. Chikondi también, aunque tardó medio segundo más en comprender mi comentario.

Yo sabía que lo que había dicho era absurdo, pero la necesidad de hacerlo llevaba semanas creciendo dentro de mí y el resto brotó de golpe a continuación.

—Lawki 5 regresó a la Tierra, al menos. Lo que significa que hace tiempo que volvieron todos los demás. Y, si han abandonado la Luna y no hay satélites en funcionamiento, significa que nadie está lanzando nada al espacio. No somos los últimos del programa Lawki que están aquí fuera. Somos… somos los últimos. De todos.

Nadie puso cara de estar ante una gran revelación. Todos lo habían estado pensando. Jack suspiró.

—Aquí no tenemos equipo para hacer un estudio a largo plazo. Ni en Mirabilis,

ni en ninguna parte.

Chikondi asintió a regañadientes.

—Y, cuanto más nos quedemos, más interferiremos —dijo en tono comedido—. Por eso nuestras visitas son limitadas. No podemos influir.

Era la ética de ACA palabra por palabra.

—Lo sé —respondí—. No discrepo en nada de lo que dices. Nunca lo he hecho.

Elena me miró a los ojos.

—Entonces, ¿qué es lo que dices?

Respiré hondo.

—El motor interestelar tiene el combustible suficiente para regresar a la Tierra. Catorce años luz, con algo de margen. —Hice una pausa para elegir bien lo que decía, intentando hablar despacio—. El tema es que con ese combustible también podríamos llegar a Tivael.

Mis palabras se quedaron flotando en el aire de la curva. Todos entendieron lo que decía. Tivael fue uno de los primeros candidatos para el programa Lawki, pero, dada su distancia a la Tierra (más de treinta años luz o sesenta años de tránsito), se descartó por los límites de la tecnología y la logística del tiempo.

Sin embargo, desde Zhenyi, Tivael solo estaba a trece años luz de distancia. Y yo sabía, como sabíamos todos, que hay tres planetas habitables en órbita a su alrededor. Según los datos atmosféricos, la existencia de vida en todos ellos es casi una certeza. En concreto, hay uno que, además, tiene gases de efecto invernadero. Podría ser actividad volcánica. Podría ser lo habitual en él.

Podría ser otra cosa.

Jack daba vueltas por la cueva.

—Tenemos que… —Se detuvo y pensó. Como yo, andaba con pies de plomo—. Vale. —Se metió los pulgares detrás del cinturón de herramientas—. Estás diciendo que, si fuéramos los últimos astronautas, los últimos de todos, deberíamos prolongar nuestra misión para que este tipo de trabajo siga adelante mientras la Tierra se recupera.

—Sí.

Asintió una sola vez.

—¿Qué pruebas tienes de que ACA ya no esté y de que no estén pensando en reconstruirla?

Planteó la pregunta de forma objetiva y profesional. Estaba buscando los agujeros de mi teoría, como debe ser.

—Ninguna.

—¿Qué pruebas tienes de que ya no quedan más humanos en el espacio, además de nosotros?

—Ninguna.

—Y ¿por qué Tivael?

—Porque podemos —respondí, y señalé a mi alrededor—. ¿Por qué aquí?

Chikondi asintió con la cabeza, aunque su atención estaba dividida entre nosotros y los datos que compilaba la tablet.

Jack siguió hablando.

—Entonces, estás diciendo que, aunque no tenemos ni idea de lo que ocurre en casa y solo podemos especular sobre el estado de la capacidad astronáutica de la Tierra, para seguir con el… el espíritu de la misión a la que nos enviaron debemos incumplir los parámetros de la misión.

—Sí.

Elena se apoyó en la pared, cruzó los brazos y se unió al debate.

—Aunque no regresemos nunca. No volveríamos a ver la Tierra.

—Sí.

Me miró fijamente.

—Podríamos vivir más de lo que nos permitiría nuestro tiempo en esos mundos.

—Lo sé.

—Y, si viviéramos todo el tiempo que nos corresponde, lo haríamos en la Merian, en el espacio.

—Lo sé.

—El soporte vital no está pensado para durar una segunda misión. Podríamos morir antes de que terminara nuestro trabajo allí.

Le devolví la mirada.

—Así que me estás diciendo que o morimos de viejos dentro de casa o relativamente jóvenes en algún tipo de accidente o desastre. —Dejé que asimilara mis palabras—. En la Tierra tendríamos las mismas opciones.

Esbozó una sonrisa diminuta.

Jack se paseó con más energía.

—Vale, pero nosotros no tomamos la decisión de venir aquí. Miles de personas de todo el mundo lo decidieron. ¿Tenemos el… joder, no sé, el derecho de decidir esto?

—Esas miles de personas querían que hiciéramos el trabajo —respondió Elena.

—Sí, pero esas miles de personas están muertas, en su mayoría —contestó Jack—. No podemos decir que hacemos esto por la Tierra si la Tierra que está ahí fuera no nos ha dado el visto bueno. Lo haríamos por nosotros.

—¿Seguro que lo haríamos por nosotros? —preguntó Elena—. A mí no me importa morir aquí, en teoría, pero sí que me gustaría regresar. No firmé para embarcarme en un viaje solo de ida. Ninguno de nosotros lo hizo. No estoy

diciendo que sí a todo esto, sino explorando las…

—¡Sí! —exclamó Chikondi—. Dios, Dios mío, ¡Dios mío! —Empezó a hacer gestos frenéticos señalando su tablet, con el cuerpo a punto de estallar—. Venid, por favor, venid a ver esto.

—¿Qué es? —pregunté al acercarnos.

Chikondi levantó la pantalla, donde se veía que los resultados de las pruebas estaban completos.

—Mirad, mirad, ¡mirad!

Examiné la densa tabla de números y letras. Al principio, no lo veía.

Elena sí. Se tapó la boca con la mano, sorprendida, aunque su sonrisa era tan enorme que pugnaba por asomarle entre los dedos.

Jack también lo vio.

—La hostia —dijo.

Entonces, todo hizo clic. Yo también lo veía.

—Ah —dije, sin aliento—. Ah, son…

La sonrisa de Chikondi resplandecía en un rostro muy solemne.

—Mirad lo que hemos encontrado.

— oOo —

Durante un breve espacio de tiempo, fui ambidextra. Recuerdo un proyecto de manualidades en preescolar para el que teníamos que recortar formas en un papel grueso de colores. Se me agotó deprisa la mano derecha, me dolían los dedos, cansados dentro de los confines del asa de las tijeras (en retrospectiva, supongo que habría estado unos cinco minutos con ellas). Pero no me supuso ningún problema. Simplemente me cambié las tijeras a la mano izquierda y seguí adelante. Ojalá poder repetir ese truco, pero, ay, una maestra me obligó a elegir un lado cuando empezamos a escribir el alfabeto. Elegí la derecha porque casi todos los niños usan la derecha y parecía lo menos complicado. La izquierda no volvió a servirme igual. No la culpo por guardarme rencor.

Las moléculas también tienen una «mano dominante». Se llama quiralidad y, si no conocéis este concepto, es uno de esos que pueden llevarte a acomodarte en el asiento y dejar la vista perdida durante un buen rato. Os lo explicaré de la manera más sencilla posible.

Tomaos un momento para miraros las manos (suponiendo que tengáis dos; si no, tomad prestadas las de alguien, por la ciencia). Estiradlas y extended los dedos. Como es natural, las dos manos están fabricadas con las mismas piezas: muñeca, palma, dedos, nudillos, uñas. Listas de ingredientes gemelas. Exactamente el mismo equipamiento.

Si os diera un guante para una mano derecha, no podríais ponéroslo en la mano izquierda. Da igual cómo retuerzas o dobles tu apéndice. Puede que consigas meter los dedos dentro, pero encajaría fatal y no podrías usar bien el guante. Aunque tu mano izquierda tenga las mismas partes físicas que tu mano derecha, nunca jamás tendrá la misma forma.

Lo mismo ocurre con las moléculas. Si tomas dos mezclas idénticas de átomos y las dispones de modo que sean configuraciones especulares, las moléculas que has creado ya no son el mismo elemento, y su interacción con el mundo puede diferir como la noche y el día. Usando el ejemplo más famoso (y desastroso) de esto, pensemos en la talidomida, un compuesto que se prescribió a mansalva en los años cincuenta del siglo XX para tratar las náuseas matutinas. Aunque la talidomida de lado derecho sirve para aliviar esos síntomas, su gemela del izquierdo provocaba graves defectos fetales. La quiralidad es un detalle que no puede pasarse por alto.

Como norma general, la vida en la Tierra usa ácidos de lado izquierdo (L) y azúcares de lado derecho (D). Se trata de un milenario puzle de la bioquímica, uno que afecta a varios campos adyacentes. Sin duda alguna, se puede suponer que, cuando empezó la vida, usaba cualquier compuesto orgánico que tuviera delante. Ahora bien, los L-aminoácidos y los D-azúcares se pueden crear sin problema en un laboratorio. Cada vez que se prepara un lote de estas sustancias, cabe esperar un reparto parejo de manos. Entonces, ¿por qué la vida de la Tierra tiene un sesgo? ¿Por qué se alimenta de uno y no de otro, si ambos deberían estar disponibles en la naturaleza? ¿Por qué hay solo L-aminoácidos y D-azúcares en el lugar en el que despertaron nuestros antepasados unicelulares?

La respuesta más probable son los meteoritos. Sabemos que las rocas espaciales transportan gran cantidad de compuestos orgánicos y, si una de ellas se estrellara contra un planeta, sería algo parecido a una bomba de semillas lanzada en un solar. Si dicha roca hubiera caído en la Tierra y si, por el azar o las complejidades de la química, transportara sobre todo L-aminoácidos, resulta evidente que la vida que se desarrollaría en el lugar de su caída se acostumbraría a esa homogeneidad y legaría esa plantilla a su descendencia.

Pero ¿y si, en vez de eso, la preferencia por uno de los lados no es más que una cualidad intrínseca de la vida? ¿Y si la vida simplemente funcionara así, por razones que todavía no hemos discernido? Durante mucho tiempo, tuvimos un único sujeto de estudio con el que trabajar (la Tierra) y cualquier científico os diría que es imposible determinar nada cuando el tamaño de la muestra es uno.

Al repartirnos por otros mundos, las especies que encontramos también exhibían preferencias rígidas en uno u otro sentido. La vida de Aecor es lo contrario a la de la Tierra: la norma es que haya D-aminoácidos y L-azúcares. La vida en Mirabilis prefiere que todo sea del lado izquierdo. Los descubrimientos de Lawki 5 lo corroboran; todo lo que encontraron se inclinaba hacia un lado o el

otro. Esto confirmaba la sospecha de que la vida no tiene por qué surgir con las mismas condiciones exactas que en la Tierra, aunque no responde a la pregunta subyacente: ¿son responsables los meteoritos de las preferencias quirales de la vida o es la preferencia quiral un requisito para la vida?

En el estanque de la cueva abierta por el río Lei, Chikondi tomó una muestra de cien especies de organismos unicelulares. Ninguno de ellos poseía una preferencia quiral. Usaban libremente los ácidos y los azúcares de ambos tipos. Son, en efecto, ambidextros. Y, cuando Elena analizó el agua y Jack analizó la roca, sus hallazgos confirmaron lo que indicaban los de Chikondi: la quiralidad de los aminoácidos de Votum existe en una proporción equilibrada.

Lo que significa que la preferencia quiral no es un requisito para la vida.

Lo que significa que las formas de vida emergentes sí que usan lo que tienen a mano.

Lo que sugiere que es más que probable que la vida en la Tierra surgiera gracias a unos ingredientes que se originaron fuera del planeta.

Esto también sugiere que el inicio de la vida en la galaxia sí que suele depender de liberaciones concentradas de moléculas orgánicas a través de meteoritos, aunque no sea el único método posible.

Ahora bien, para ser justos, hay que decir que basamos esta hipótesis en los datos de Lawki, que solo representan a un puñado de planetas. Necesitaríamos un tamaño de muestra mayor para asegurarnos.

Si sois personas de ciencia (ya sea por carrera, por afición o por interés pasajero), me imagino que este descubrimiento os habrá emocionado tanto como a nosotros. Todavía no hemos respondido al porqué más grande de todos, pero hemos dado un enorme paso adelante.

Sin embargo, ¿qué pasa si la ciencia no es vuestro mundo? Lo reconozco, no sé si a las personas ajenas a mi esfera social les importaría todo esto. Me he pasado toda mi vida adulta rodeada de científicos y de sus seres queridos. Doy por sentado que los demás atesoran y anhelan este tipo de conocimientos. Y soy plenamente consciente de que, para poder contaros lo que hemos descubierto, he tenido que soltaros una explicación de mil palabras antes de llegar al meollo. ¿Es este hallazgo nuestro demasiado esotérico? ¿Os habéis saltado la ciencia para llegar a lo importante? No os juzgaré, de ser así; mi curiosidad es genuina. La información sobre la quiralidad de los aminoácidos no afectará en nada a vuestra vida cotidiana. No os llevará comida a la mesa. No os pondrá un techo sobre la cabeza. No fortalecerá vuestras relaciones ni os mantendrá sanos ni os ayudará con vuestros quehaceres. No cambia nada en el día a día. Sin embargo, cuando estéis tumbados a oscuras dándole vueltas a la cabeza, cuando os preguntéis por ese gran porqué, espero que lo que hemos descubierto os ayude a quedaros dormidos con la tranquilidad de contar con un poquito más de contexto que

antes.

¿Es así? ¿O me equivoco? ¿Estamos aquí fuera persiguiendo objetivos inútiles? No puedo evitar mi sesgo, igual que mis células no pueden usar D-aminoácidos. Quiero saber si os importa nuestro hermético trabajo en el cielo, dados vuestros problemas inmediatos en la tierra. No me voy a enfadar con la respuesta. Solo quiero saberlo. Todos los que estamos a bordo de la Merian queremos saber lo que vosotros queréis de nosotros.

Así que esto es lo que vamos a hacer.

Cuando termine de escribir esto, después de que mis compañeros de tripulación lo aprueben y después de que lo enviemos a la Tierra, vamos a seguir en Votum los tres años y medio que nos quedan. Después de eso, nos pondremos en letargo.

Lo que hagamos a continuación depende de vosotros.

He reconfigurado el sistema de letargo de la Merian para que nos mantenga dormidos hasta que la nave reciba un mensaje de la Tierra. Hemos proporcionado las instrucciones técnicas de la transmisión por separado, pero, básicamente, la Merian esperará un sencillo sí o no.

Si es un sí, nos enviará a Tivael.

Si es un no, nos llevará de vuelta a la Tierra.

Si no recibimos respuesta, seguiremos en letargo hasta que acabe con nosotros la edad o un fallo del equipo.

Cualquiera de estas posibilidades nos parece bien.

Lo que queremos preguntaros es esto: ¿qué es para vosotros el espacio? ¿Es un patio de juego? ¿Una meta? ¿Una bandera? ¿Un aula? ¿Un templo? ¿Quién creéis que debería ir y para qué? O ¿creéis que no debería ir nadie? ¿Es el universo más allá de las nubes algo irrelevante para vosotros, siempre que los satélites envíen mensajes y no os caigan rocas encima? ¿Es el vuelo espacial humano un ejercicio inútil, una fantasía para ricos, una pérdida inaceptable de vida y metal? ¿Os resultan grotescos nuestros métodos e indefendible nuestra ética? ¿Están pasadas de moda nuestras esperanzas? Cuando os hablo de nuestra vida aquí fuera, ¿nos animáis a seguir u os mofáis de nosotros?

¿Siguen siendo relevantes los astronautas en vuestra época?

No hemos encontrado nada que podáis vender. No hemos encontrado nada a lo que podáis darle un uso práctico. No hemos encontrado ningún mundo en el que resulte fácil o ético asentarnos, si ese fuera el objetivo deseado. No hemos hecho nada más que satisfacer la curiosidad, no hemos ganado nada más que conocimiento.

Para mí, son las metas más nobles. Las personas que nos enviaron creían lo mismo. Sin embargo, si compartís esa creencia, ¿entendéis que podríamos fracasar? Es importante que comprendáis el precio, la realidad de lo que hacemos. Porque a veces vamos, lo intentamos, sufrimos y, a pesar de todo, no

aprendemos nada. A veces nos quedamos con más preguntas que al principio. A veces hacemos daño, a pesar de nuestros esfuerzos. Somos humanos. Somos frágiles. ¿Somos los más indicados para este trabajo? ¿Estaríais más cómodos con la limitada predictibilidad de las máquinas? ¿O pensáis que merece la pena arriesgarnos en cuerpo y mente a cambio de la flexibilidad de la inteligencia humana?

Creemos que las posibles respuestas hacen que el reto merezca la pena. No sabemos qué creéis vosotros, qué cree la Tierra. Y, al final, fue la Tierra la que nos envió. Cuatro personas solas no pueden decidir si es correcto que nos aventuremos más en el interior de la galaxia, por mucho que lo deseemos. No me engaño pensando que ACA representaba (representa, si seguís ahí) a toda la humanidad. Sin embargo, el viaje espacial es una empresa lo bastante imponente, lo bastante abrumadora, para exigir la dedicación de muchas personas, no solo el fervor de unas pocas. Somos cuatro. Fue necesario el trabajo de miles para llevarnos hasta aquí, más los recursos de muchos miles más. Nuestro tiempo en el espacio ha sido, en general, autónomo, pero vivimos en un hogar que otras manos construyeron con mucho amor. Todo lo que hacemos, lo hacemos sobre los hombros de otros. Y, por este motivo, un consenso de cuatro resulta insuficiente. Si no hay nadie escuchando, si no le importa a nadie, estaríamos quedándonos aquí solo por nuestro ego. Os habríamos abandonado, y eso nos resulta inaceptable.

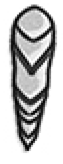
Estamos dispuestos a pasar el resto de nuestra vida sin volver a ver la Tierra. Estamos encantados de hacerlo. Para mí, es el fin más natural imaginable, no se me ocurre una muerte mejor. No obstante, no podemos aceptar ese destino si nadie está dispuesto a seguir por donde nosotros lo dejamos. Si morimos aquí con vuestra bendición, morimos como vuestra familia. Si lo hacemos sin ella, morimos solos. Y, si ese es el caso, preferiríamos regresar a casa. En esa situación, creemos que es mejor pasar en vuestra compañía los años que nos queden, compartiendo nuestras historias con la esperanza de volver a encender la chispa. En cualquier caso, seguiremos portando esta antorcha. Lo único que queremos saber es: ¿dónde arderá con más fuerza?

Os dejamos la respuesta a vosotros.

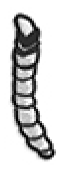
«Como secretario general de las Naciones Unidas, una organización de ciento cuarenta y siete Estados miembro que representan a casi todos los habitantes de la Tierra, os saludo en nombre de las personas de nuestro planeta. Salimos de nuestro sistema solar para viajar por el resto del universo en busca de paz y amistad; para enseñar, si se nos requiere; para aprender, si la suerte nos sonríe. Sabemos bien que nuestro planeta y todos sus habitantes no son más que una pequeña parte de este inmenso universo que nos rodea, así que damos este paso con humildad y esperanza».

—General Kurt Waldhwim,
ex secretario general de las Naciones Unidas, 1977,
en su grabación para el disco de oro de las Voyager.





AGRADECIMIENTOS





Como Ariadne, no soy científica. No tengo experiencia en ese campo de trabajo, ni tampoco formación oficial en él. La ciencia ficción es mi fandom transformador y, como ocurre con toda la ficción sincera, aunque venero el canon, me gusta jugar con los detalles. Aun así, en este libro quería ser lo más precisa que me permitiera la historia y, por eso, recibí ayuda de varias personas que se merecen el agradecimiento oportuno.

A principios de 2018, me invitaron a la conferencia Melon en Hong Kong, y fue allí, en la recepción de bienvenida, con un *jet lag* que me tenía medio atontada, donde conocí a Lisa Nip, candidata al doctorado en el Media Lab del MIT con un objetivo audaz: usar la biología sintética para resolver los retos del viaje espacial humano. Dio una charla sobre el tema al día siguiente y yo me encontraba entre el público, todavía con el *jet lag*, pero al mismo borde del asiento. Su visión de la ingeniería genética como suplementos prácticos, en vez de para la eugenesia distópica o la evolución transhumanista, me pareció tanto radical como bella, y este libro no existiría si ella no me hubiera volado la cabeza para abrirme la mente de par en par. Lisa me concedió parte de su tiempo para hablar por Skype conmigo desde su laboratorio cuando yo estaba empezando a crear la historia, y le agradezco enormemente su generosidad y su paciencia para explicarme su investigación y las posibilidades que planteaba. Si en este relato hay algo que se aleje demasiado de la realidad, es porque soy profana en la materia, no porque ella no sea una profesora excelente.

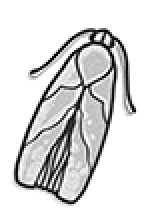
Este libro también es mejor gracias al asesoramiento de la educadora experta en Astrobiología Nicoline Chambers, mi asesora de siempre en temas científicos (y, en fin, mi madre), que nunca parece cansarse de mis correos electrónicos chapuceros a altas horas de la noche preguntándole si debería usar tal o cual término, si mis planetas tienen sentido y demás. Entre mis muchas preguntas estaba la de qué equipo debería llevarse la tripulación Lawki 6 para el viaje. El contenido de los laboratorios de la Merian es cosa de ella y de sus colegas Charles Cockell, profesor de Astrobiología en la Universidad de Edimburgo, y Caroline Williams, profesora adjunta de Biología Integrativa en la sede de Berkeley de la Universidad de California. Mi agradecimiento a los tres por ayudarme a escribir

una lista de la compra.

También debo dar las gracias a varias personas a las que no conozco, pero con las que estaría encantada de tomarme una cerveza. Mi inspiración para ACA procede en parte de unas asociaciones reales, financiadas por los ciudadanos, dedicadas a los vuelos espaciales, cuya creatividad y tenacidad me emocionan. Si os interesa el concepto, os animo a echarle un vistazo al trabajo de Copenhagen Suborbitals, Pacific Spaceflight y el proyecto LightSail de la Planetary Society.

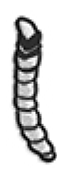
Como siempre, este libro no habría sido posible sin el trabajo de unas cuantas personas cuyo nombre debería aparecer en cubierta: Sam Bradbury, Oliver Johnson, David Pomerico y los asombrosos equipos de Hodder & Stoughton y Harper Voyager.

Y lo más importante, todo mi amor para mi familia, mis amigos y mi mujer, que me han mantenido en pie en este año tan bestial. Estaría perdida sin vosotros.





CIENCIA + FICCIÓN = CHAMBERS^2





Contar con una asesora científica cuando escribes un libro de ciencia ficción es una ayuda tremenda. Es la persona a la que escribes en plena noche cuando no sabes si necesitas una bacteria o un virus (o puede que un hongo), o en esos momentos de pánico en los que, de repente, te preguntas si has puesto mal la gravedad. Es la persona que te explica con paciencia cómo arreglarlo o cómo rehacerlo o cómo (porque se ha dado el caso) puedes disimular las partes que no funcionan. Puede que escribir parezca una actividad solitaria (y, en ciertos aspectos, lo es), pero todavía no he conocido a ningún autor que no respire mejor después de que un segundo par de ojos le eche un vistazo al lío en el que se ha metido.

Tengo la suerte de haber contado con la misma persona para todos los libros que he escrito hasta el momento y, como en esta edición especial me dejan algo más de espacio para hacer lo que me plazca, me gustaría presentaros a esa persona. Es educadora en el campo de la Astrobiología en el Sur de California, docente embajadora del Howard Hughes Medical Institute, el Museo de Paleontología de la Universidad de California y el Laboratorio de Propulsión a Reacción de la NASA, y en la actualidad investiga en el Centro de Astrobiología de la Universidad de Edimburgo y en el Departamento de Biología Integrativa de la Universidad de California en Berkley.

Se llama Nikki Chambers y, sí, también es mi madre.

En 2018, mi madre me acompañó a la Worldcon de San José (¡su primera vez!), y montamos juntas una mesa redonda sobre la relación entre la ciencia real y la ciencia ficción, desde las perspectivas de la autora y la asesora. Como muchos autores de ciencia ficción, escribo historias sobre el espacio y la ciencia porque adoro ambas cosas. Por otro lado, hay muchos científicos que se metieron en su campo porque los inspiraron las historias que adoraban. Es una relación de una simbiosis asombrosa, el ciclo entre lo real y lo imaginario, y es una de las razones principales por las que escribo este género.

Pero eso tiene otro lado más complejo y potencialmente problemático. Las ideas equivocadas sobre cómo funciona el universo pueden absorberse como verdades, gracias a la famosa tendencia de los proveedores de cultura popular a

entender mal las cosas. Estoy bastante segura de que, por cada científico que adora la ciencia ficción, hay otro que ha acabado al borde de la locura por nuestros errores. Así que, para nuestra mesa redonda, nos sumergimos en esa relación tan complicada. ¿Tienen los autores de ciencia ficción la responsabilidad de luchar por la ciencia real? Y ¿cuáles son las razones narrativas por las que los escritores, a veces, se saltan adrede las normas?

Nos lo pasamos muy bien desentrañando estas cuestiones entre las dos (y con nuestro público). Hemos recreado un poco nuestra conversación aquí, como una especie de bis por escrito.

PREGUNTAS DE BECKY PARA NIKKI

Becky: ¿Dirías que, al margen de nuestra familia de cerebritos, la ciencia y la ciencia ficción tienen una relación simbiótica? ¿Has visto algún ejemplo de esto entre tus colegas?

Nikki: Sin duda. Al final, ambas cosas son las historias que nos contamos para descubrir nuestro lugar en el mundo. Me encantan los ejemplos de ciencia ficción que impulsan la exploración, los descubrimientos y la invención en la vida real. Ver puertas correderas en los supermercados me entusiasma. También me encanta lo contrario: cuando lo que sabemos inspira historias sobre lo que quizá lleguemos a saber. Por supuesto, me fastidia cuando se entra en el terreno de la pseudociencia. Seleccionar solo lo que nos conviene del conocimiento científico en el contexto del mundo real es, en el mejor de los casos, exasperante, y, en el peor, peligroso y moralmente erróneo.

Tengo unos cuantos colegas a los que les encanta la ciencia ficción. Uno de mis compañeros profesores va a celebrar su boda con temática de *Star Wars* este verano. Hay un montón de científicos en la Worldcon. Stephen Hawkins hizo un cameo en *Star Trek*. ¡Etcétera!

B: Aunque pasas mucho tiempo en laboratorios y con otros científicos, la mayor parte de tu labor se desarrolla enseñando en institutos. ¿Crees que la ciencia ficción tiene un impacto positivo en tus estudiantes o que fomenta ideas que resultan de poca ayuda? ¿O un poco de ambas cosas? ¿Suelen repetir alguna idea equivocada en concreto que hayan sacado de la cultura popular?

N: Me da la impresión de que, en general, los chavales tienen bastante clara la diferencia entre la ciencia ficción y la ciencia. ¡Aunque no cabe duda de que parece depender del medio! En los libros y las películas, lo pillan. Pero el contenido de internet y de los vídeos de *streaming* puede resultarles más difícil de contextualizar. Con los «documentales» de pseudorrealidad sobre tiburones

gigantes extintos, sirenas y demás… Necesitan ayuda para desarrollar un pensamiento crítico sobre esa basura. Aunque creo que ocurre con la gente de todas las edades, en general. Por desgracia, en demasiadas facetas de nuestra sociedad nos falta educar sobre el increíble valor del pensamiento basado en pruebas.

Por otro lado, aunque suene contradictorio, creo de corazón en la importancia de alimentar la mente infantil. La búsqueda de la comprensión científica tiene un componente imaginativo muy fuerte. A menudo me parece que hay demasiadas personas jóvenes a las que no se les está fomentando lo suficiente la imaginación. En ese sentido, las historias pueden ayudar a ejercitar ese músculo.

B: Evidentemente, el arte es subjetivo y, como escritora, nunca se puede predecir la reacción de un lector a tu trabajo porque cada cual ve la historia a través de un cristal único conformado por su propia experiencia vital. Del mismo modo, el interés de una científica por una historia variará mucho dependiendo del campo del que proceda. Recuerdo con claridad lo mucho que odiaste Matrix desde tu perspectiva como bióloga, pero también recuerdo bastantes películas tontas palomiteras de ciencia ficción que te encantaron. Así que, ¿hasta qué punto deberían preocuparse los escritores por ser precisos, si siempre va a haber alguien que conozca ese campo mejor que nosotros? Tengo mi propia teoría al respecto, pero siento curiosidad por saber cómo se ven las cosas desde el otro lado.

N: Es imposible contentar a todo el mundo. Creo que es una decisión muy personal para cada persona que se dedica a la escritura. ¿Qué clase de historia quieres contar? Al final, los conceptos científicos no son más que una de las cosas en las que tienen que fijarse los escritores de ciencia ficción. Puedes escribir una historia absolutamente precisa, hasta el más insignificante detalle científico, y que sea malísima. Lo que tú y yo tenemos en común en el trabajo es que a las dos se nos presentan los mismos retos cotidianos y constantes: ¿qué historia queremos contar? ¿A quién se la estamos contando y por qué debería importarle? ¿Cómo queremos contarla? Son preguntas de una complejidad increíble y muchos matices para las que siempre estamos buscando respuesta. No sé tú, pero yo, cada vez que creo que lo he clavado, algo o alguien me toma por sorpresa y vuelta a empezar con la esperanza de contar la escurridiza «historia perfecta». Nunca lo conseguiremos. Eso forma parte del reto, ¡pero también de la diversión!

PREGUNTAS DE NIKKI PARA BECKY

Nikki: Hay una diferencia entre la ciencia establecida («Esto es así y contamos con los conocimientos para demostrarlo»), la ciencia posible («Esto podría ser así,

pero necesitamos encontrar las pruebas/desarrollar la tecnología para demostrar la idea o refutarla») y la ciencia inverosímil («Esto no puede ser porque viola una ley de la naturaleza»). Como narradora, ¿puedes hablarnos un poco de cómo y por qué es importante para ti distinguirlas? ¿Cómo decides cuándo cruzar la raya y qué determina hasta qué punto eres capaz de sobrepasarla?

Becky: Es justo como has dicho: todo depende del tipo de historia que quieras contar. La ciencia ficción es un espectro muy amplio. En un extremo, tienes la ciencia ficción dura como una piedra, donde se menciona cada circuito y perno, y se siguen al pie de la letra las leyes de la naturaleza. En el otro, la fantaciencia, como *Dune*, *Guardianes de la Galaxia* o la franquicia de *Star Wars*, donde el objetivo de narrar una aventura cósmica pesa mucho más que adherirse a las reglas del universo en el que vivimos. Saber qué clase de ciencia ficción quieres escribir es una de las decisiones más importantes que se te presentan cuando empiezas a trabajar con un libro, porque los pequeños detalles que la afectarán surgirán una y otra vez durante el proceso.

Tomemos como ejemplo el viaje por encima de la velocidad de la luz. ¿Vas a permitirlo en tu historia o no? Si es que sí, ¿vas a incluir las dificultades de la dilatación del tiempo o vas a descartarlas porque necesitas que tus personajes mantengan la misma edad durante sus viajes? Ambas respuestas son perfectamente aceptables en el contexto de la ciencia ficción, pero tienes que pensar en cómo van a influir en la historia. Si tu objetivo es contar algo que parezca posible, hacer caso omiso de la relatividad no va a ayudarte. Sin embargo, si en tu historia va a haber una tripulación dando vueltas por la galaxia, lo correcto es lo que encaje en la historia, en vez de lo que satisfaga a la ciencia.

La única constante es que, una vez tomadas las decisiones, te atengas a ellas. Si alguien se muere un par de minutos después de lanzarlo a través de una cámara estanca, no puedes permitir que otra persona sobreviva al exterior. Sería hacer trampas.

N: ¿Cómo trazas la línea entre la ciencia ficción y la pseudociencia?

B: Viene ya dada por el nombre. La ciencia ficción es ficción. Si coges un libro de ciencia ficción no te haces ilusiones (¡o eso espero!) sobre su realidad, aunque entre en el extremo superpreciso del espectro del género. Esa historia puede cambiar la forma en la que piensas, e incluso alentar un cambio social real o un desarrollo tecnológico, pero las leyes de ese universo no modifican las del nuestro. Amar una historia es una experiencia poderosa, pero el amor, por sí solo, no basta para hacer realidad ese mundo. Sé que, si intento aplicar el método científico a las cosas que me he inventado, fracasará porque… me lo he inventado.

Por otro lado, la pseudociencia se hace pasar por algo real, aunque también sea ficción. Afirma que el mundo es distinto de lo que es, en vez de sugerir que el

mundo podría ser distinto de lo que es. Y eso es infinitamente peor que contar una mala historia porque, en muchos casos, estás jugando con la vida de la gente.

En general, creo que los escritores de ciencia ficción somos bastante claros (a veces, hasta entusiastas) sobre qué parte de nuestros libros no es posible. A la inversa, te quedas hecha polvo cuando descubres que has metido la pata con algo que de verdad querías poner bien. Reconocemos nuestras invenciones y cedemos ante la realidad.

N: A medida que avanzan los conocimientos científicos, ¿sientes más o menos esperanza sobre la dirección que tomamos en este punto azul pálido?

B: Para mí, la pregunta sobre la esperanza depende no del conocimiento en sí, sino de lo que hacemos con él. El cambio climático es el ejemplo más evidente y amenazador. Saber lo que le estamos haciendo al planeta es desalentador en grado sumo, pero no es más que lo que explica la situación en la que nos vemos inmersos. Reconozco que tengo mis dudas sobre si seremos capaces de responder con la rapidez y el alcance que exige el problema, así que, en ese aspecto, me cuesta albergar esperanzas.

Sin embargo, la otra cara de la moneda es que, cuanto más aprendemos, mejor equipados e informados estamos, lo que mejora la probabilidad de tomar las decisiones correctas. Podría decir lo mismo sobre todos los campos científicos, ya sea la medicina, la tecnología o nuestra comprensión sobre otras especies. No voy a predecir lo que haremos con ese conocimiento. No sé bien a qué caballo apostar. Lo que pienso varía de un día para otro. Pero, por supuesto, la esperanza no va de predecir el futuro, sino de cómo afrontarlo.

Así que, aunque no me hago ilusiones sobre los retos que se nos presentan, ni sobre la tenacidad del pensamiento cortoplacista, ni sobre el precio de hacerlo mal, me quedo con la esperanza porque aún tenemos tiempo de elegir. El final todavía no está escrito.

Este libro terminó de imprimirse 112 años después de que naciera Ruby Violet Payne-Scott, activista y pionera en radioastronomía, cuya contribución fue fundamental para estudiar el Sol. Consiguió ocultar su matrimonio durante 6 años para permanecer en su puesto de investigadora en el CSIRO, perteneciente al gobierno australiano, ya que las mujeres casadas no podían acceder a ese tipo de trabajos. Finalmente perdió su puesto permanente poco antes de dar a luz a su hijo.

En 2008 el CSIRO inauguró el Premio Payne-Scott en su honor para ayudar a investigadoras que habían sido madres a retomar su carrera científica.